HARLEQUIN

Deseo

FELICES PARA SIEMPRE, S.A.

# Emparejada con un príncipe

Kat Cantrell

Deseo

# Emparejada con un príncipe

Kat Cantrell



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Emparejada con un príncipe, n.º 129 - mayo 2016
Título original: Matched to a Prince
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.



I.S.B.N.: 978-84-687-8121-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

# Capítulo Uno

Cuando el sol estaba a punto de ocultarse sobre el cielo de Occidente, Finn dirigió el helicóptero a la costa. Su turno había terminado y, como siempre, no se pudo resistir a bajar lo suficiente hasta el mar y provocar que el poderoso chorro de aire rizara la azulada superficie del Mediterráneo.

Una garza se alejó de la turbulencia tan rápido como se lo permitieron sus alas, deslizándose por las corrientes de aire con poética belleza. Finn jamás se cansaría de la vista que se dominaba desde la cabina. Jamás se cansaría de proteger la costa del pequeño país que era su hogar.

Cuando aterrizó sobre la equis, apagó el rotor y salió de la cabina antes de que las aspas del Dauphin se detuvieran por completo. El rostro solemne del chófer de su padre lo observaba desde la distancia. Finn no necesitó saber más para comprender que su padre requería su presencia.

–¿Has venido a criticar mi modo de aterrizar, James? –le preguntó Finn con una sonrisa. Sabía que no. Nadie volaba un helicóptero con más precisión y control que él.

–Príncipe Alain –dijo James inclinando la cabeza con deferencia–. Su padre desea hablar con usted. He venido para llevarle.

Finn asintió.

–¿Tengo tiempo de cambiarme?

No sería la primera vez que Finn se presentaba ante el rey con su uniforme de guardacostas de Delamer, pero lo llevaba puesto desde hacía diez horas y tenía las piernas mojadas por un encontronazo con el Mediterráneo mientras rescataban a un nadador que había calculado mal la distancia a la costa.

Todos los días, Finn protegía a la gente mientras sobrevolaba un magnífico panorama de reluciente mar, montañas en la lejanía y pedregosos islotes a poca distancia de la costa.

James le indicó el coche.

–Creo que sería mejor que fuéramos inmediatamente.

El hecho de que su padre quisiera verlo seguramente tenía que ver con una cierta fotografía en la que Finn se tomaba chupitos de Jägermeister en el vientre de una bella rubia o con las acusaciones de corrupción a las que se enfrentaban dos de sus compañeros de correrías.

Un *blogger* había bromeado con que el título oficial de Finn debería ser príncipe Alain Phineas de Montagne y de Escándalo. Al rey no le resultaba tan divertido. El monarca había tratado de combatir la mala prensa con el anuncio oficial del inminente compromiso de Finn, una medida desesperada para conseguir que su hijo sentara la cabeza.

Hasta aquel momento, no había funcionado. Tal vez si su padre pudiera

anunciar el nombre de la afortunada novia, la medida podría surtir efecto.

Finn se detuvo en seco ¿Y si su padre había elegido a alguien? Esperaba que no. Cuanto más pudiera posponer lo inevitable, mucho mejor.

Sin embargo, era consciente de que su vida no le pertenecía y de que debería plegarse a la voluntad de su padre, fuera esta cual fuera. No obstante, Finn, como siempre, encontraría el modo de salirse con la suya.

Se metió en el coche y se acomodó en el asiento trasero. Trató de contener el miedo mientras el edificio administrativo de los guardacostas de Delamer desaparecía a sus espaldas y el paisaje del hermoso país se desplegaba a través de las ventanas.

La estación más turística había comenzado oficialmente. Unos llamativos puestos se alineaban en el paseo marítimo, por el que paseaban parejas de la mano y jóvenes madres empujando sillas de bebes. Para Finn, no había un lugar más hermoso en toda la Tierra. Le daba a Dios las gracias todos los días por el privilegio de vivir allí y por tener la oportunidad de servir a su pueblo. Era su deber y lo hacía de buen grado.

El coche se aproximó a las majestuosas verjas del palacio en el que Finn había pasado toda su vida hasta que su madre le permitió mudarse. No había tardado mucho en darse cuenta de que estorbaba. El palacio era el hogar del rey y de la reina y, después, de Alexander y Portia, el príncipe heredero y de su esposa. Finn estaba tan abajo en la línea de sucesión que no existía posibilidad alguna de que pudiera ser rey. No le preocupaba.

Una cuadrilla de trabajadores se afanaba en los jardines que rodeaban el palacio para mantener el famoso diseño de cuatro pisos que rodeaba la fuente principal, que sostenía una estatua del rey Etienne I, que consiguió la independencia de Delamer de Francia hacía ya dos siglos.

Otro empleado, también de aspecto muy solemne, condujo a Finn al despacho que su padre utilizaba para asuntos informales. Un alivio. Eso significaba que Finn podría prescindir del protocolo en aquella ocasión.

Cuando Finn entró, el rey levantó la mirada de los papeles que tenía sobre el antiguo escritorio, que había sido un regalo del presidente de los Estados Unidos. Finn prefería los regalos que se podían beber, en especial si venían con un corcho.

Con una ligera sonrisa, su padre se levantó y señaló el sofá.

–Gracias por venir, hijo. Me disculpo por no haberte avisado con más tiempo.

–No hay problema. No tenía ningún plan. ¿Qué ha sucedido? –preguntó Finn mientras se sentaba en el sofá.

El rey Laurent se cruzó de brazos y se apoyó en el escritorio.

–Tenemos que progresar en lo de encontrarte una esposa –dijo.

Finn se rebulló en el incómodo sofá.

–Ya te dije que me contentaría con quien tú eligieras.

Mentira. Él simplemente toleraría a quien su padre eligiera. Si su esposa y él terminaban siendo amigos, tal y como había ocurrido con sus padres, genial. Sin embargo, aquello era pedirle mucho a un matrimonio concertado. No era que Finn no hubiera conocido el amor. Lo había vivido con la única mujer por la que se había permitido sentir algo.

El rostro de Juliet, enmarcado por un sedoso cabello castaño, inundó su

pensamiento. Tragó saliva. Cien rubias con chupitos no eran capaces de borrar el recuerdo de la mujer que lo había traicionado de la manera más pública y humillante posible.

–Sea como fuere, se me ha sugerido una opción que no había considerado. Una casamentera.

–¿Una qué?

–Una casamentera de los Estados Unidos se ha puesto en contacto conmigo a través de mi secretaria. Ha pedido una oportunidad para trabajar para nosotros haciendo una unión de prueba. Si no te gustan los resultados, no nos cobrará.

A Finn le olía mal aquel asunto.

–¿Y por qué te has parado a considerar algo así?

¿Se trataba de otro plan para someterlo a su padre? ¿Había pagado el rey a aquella casamentera para preparar una unión con una mujer que fuera leal a la corona y que, por lo tanto, él pudiera controlar fácilmente?

–Esa mujer le presentó su esposa a Stafford Walker. He hecho suficientes negocios con él para saber que sus recomendaciones son sólidas. Si esa mujer no hubiera mencionado su nombre, jamás habría considerado la idea –suspiró el rey mientras se frotaba el entrecejo con gesto cansado–. Hijo, quiero que seas feliz. Me gustó lo que esa mujer me dijo sobre un proceso de selección. Tú necesitas a alguien muy concreto, que no tenga mala prensa. Esa mujer me prometió emparejarte con la esposa perfecta para ti. Me pareció un buen trato.

Un fuerte sentimiento de culpa se apoderó de Finn.

–Lo siento. Has sido muy paciente conmigo. Ojalá…

Había estado a punto de decir que ojalá supiera por qué había causado tantos problemas, pero conocía perfectamente la razón. Unos ojos del color de la hierba fresca, una piel resplandeciente y una obstinación más fuerte que las verjas de palacio.

Tal vez aquella casamentera pudiera encontrar a alguien que pudiera sustituir a Juliet en el corazón de Finn. Podría ocurrir.

–He hecho que investiguen minuciosamente a esta casamentera, Elise Arundel, pero te recomiendo que lo hagas tú por tu cuenta. Si no te gusta la idea, no lo hagas, pero yo he tenido tan poca suerte para encontrarte una candidata… En realidad, candidatas no faltan –añadió el rey sonriendo por primera vez desde que Finn entró en el despacho–. El problema es que no existe la que pueda contigo.

Finn sonrió también.

–Al menos en eso estamos de acuerdo.

Finn se parecía mucho a su padre. Los dos tenían grandes corazones y unas personalidades más grandes aún, todo ello con un gran sentido del deber que formaba parte innata de ellos como miembros de la realeza. Amaban profundamente a Delamer y al pueblo al que servían.

El padre conseguía hacerlo con gracia y propiedad. Finn, por otro lado, tendía a tener fallos que a los fotógrafos les encantaba inmortalizar. Por supuesto, una fotografía jamás podría reflejar el corazón roto que lo empujaba a buscar la manera, fuera la que fuera, de borrar el dolor.

Lo comprendía todo y no le importaba la idea de casarse, en especial

para salvarse de la vorágine de los medios. Encontrar a una mujer a la que pudiera amar al mismo tiempo sería una bendición añadida. Sentar la cabeza y tener hijos le atraía si pudiera hacerlo con alguien que le diera lo que tan desesperadamente necesitaba: un refugio en el que pudiera ser un hombre en vez de un príncipe.

Las probabilidades de que una casamentera encontrara a la candidata ideal… Bueno, tenía más posibilidades de apostar mil al rojo y ganar.

–Hablaré con la señora Arundel.

Finn se lo debía a su padre. Debía tratar de encontrar el modo de detener lo que le causaba sufrimiento. También se lo debía a su país. Debía reflejar una imagen positiva de los Couronne en la prensa internacional. Si eso significaba aceptar a la candidata que eligiera la casamentera y procurar que todo saliera bien, así lo haría.

Los ojos del rey reflejaron alivio. Su padre lo quería mucho y deseaba lo mejor para él. ¿Por qué no podía él hacer lo que debía, como hacían siempre sus hermanos? Alexander sería el rey algún día, y tenía siempre presente lo que era su deber. El comportamiento del heredero estaba por encima de todo reproche. Alexander jamás les había causado a sus padres un momento de preocupación.

Finn, por el contrario, era el hermano juerguista. Por suerte, no se le necesitaba. Un matrimonio ventajoso sería su oportunidad para hacer algo bien, algo que fuera de valor para la corona.

–A ella le gustaría que volaras a Dallas, Texas, para conocerte en persona –dijo el rey–. Tan pronto como sea posible.

Dallas. Finn nunca había estado allí. Por lo menos se podría comprar un sombrero vaquero.

–Tengo turno mañana, pero puedo ir pasado.

El rey le colocó una mano en el hombro a Finn.

–Me parece bien.

Finn bajó la cabeza y se encogió de hombros.

–Ya veremos. ¿Qué es lo peor que me puede ocurrir?

Finn se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado aquellas palabras. El escándalo lo perseguía sin que pudiera librarse de él. La traición de Juliet había sido el primero, pero ciertamente no el último. Simplemente había sido el que más le había dolido.

Ese había sido el desencadenante de todo. Ella le había hecho tanto daño… Finn la amaba desesperadamente y descubrió que ella no sentía lo mismo. Si ella le hubiera amado, jamás habría participado en una protesta contra todo lo que era importante para él: su padre, el ejército y las bases de la estructura de gobierno a las que había jurado lealtad eterna.

Menuda ironía… Las dos cosas que más le gustaban de Juliet eran la pasión y el compromiso que ella tenía por su familia. Sin esos sentimientos, ella sería un ser sin interés ni brillo. Sin esos sentimientos, la protesta no habría tenido lugar.

No importaba. Juliet se había encargado de aplastar todos los sentimientos que tenía hacia ella. A excepción de la ira. De la ira aún disponía a montones.

Con cierta tristeza, dejó que James lo llevara de vuelta a la base de

guardacostas donde tenía aparcado su Aventador. Toda su vida se podía resumir en una única frase: una espada de doble filo. Fuera como fuera como la blandiera, terminaba cortándole. Sería hombre y príncipe hasta el día en el que muriera. Parecía que el destino le impedía satisfacer ambas facetas al mismo tiempo.

Sin embargo, un pequeño hilo de esperanza le empujaba a creer que aquella casamentera podría ayudarle a cambiar las cosas.

Juliet Villere no comprendía la fascinación de los estadounidenses por la conversación sobre temas triviales. Resultaba muy aburrido.

El salón de baile estaba a rebosar. No era el lugar en el que le apetecía estar, lo que, unido además al deseo de evitar seguir hablando sobre el ridículo juego que los confusos estadounidenses denominaban fútbol, la empujó a terminar en un rincón. La pared le protegía la espalda y le proporcionaba un estupendo escudo para evitar las miradas que le hacían arder la piel.

¿Por qué no le había dicho nadie que una transformación exterior no la transformaba también mágicamente en su interior? Ni el maquillaje ni el elegante vestido podían convertir a Juliet en alguien a quien le gustara el lápiz de labios. Ni las fiestas.

Sin embargo, estaba en deuda con Elise Arundel por haberla aceptado cuando salió huyendo de Delamer para buscar algo que pudiera curar por arte de magia el dolor continuo que le había producido la traición de Finn. Aquella era la única razón por la que había accedido a asistir a aquel evento de tanto postín, que contaba con muchos de los clientes de Elise. Tal vez ella no se diera cuenta si Juliet se marchaba de la fiesta y regresaba a la casa de Elise, donde Juliet residía hasta que la casamentera le encontrara un esposo en los Estados Unidos. Solo estaba a un par de kilómetros de allí y había practicado a andar con tacones lo suficiente como para que no le dolieran los pies.

Entonces, se percató de que Elise la estaba observando.

–¿Te estás divirtiendo? –le preguntó Elise al llegar a su lado.

–Sí, mucho.

Elise se percató inmediatamente de la ironía de aquellas palabras y sonrió.

–Te invité a esta fiesta para que puedas practicar a relacionarte socialmente. Esconderte en un rincón no te va a ayudar a conseguirlo.

–No tengo nada que decir sobre fútbol… –dijo ella mientras se colocaba la cinturilla del vestido verde que Dannie Reynolds, su nueva amiga, le había ayudado a elegir–. Por eso, me estoy relacionando con los beneficios de la soledad.

Elise se echó a reír.

–En ese caso, baila con alguien. Así no tendrás que hablar.

Juliet sacudió la cabeza. Ella tan solo había bailado con Finn y no quería que aquello cambiara.

Un dolor agudo y fuerte le atenazó el estómago. Cruzar el Atlántico no le había ayudado a olvidarse de él. Finn le hizo pedazos el alma hacía más

de un año. ¿No debería haberse olvidado ya de él?

Sin embargo, el anuncio de su inminente compromiso le había hecho el daño suficiente para hacerla huir de Delamer a Dallas.

–No veo por qué tengo que bailar con uno de esos hombres.

Como no veía motivo para tener uñas postizas ni para pintarse los labios. Sin embargo, no le correspondía a ella cuestionar la fórmula que Elise utilizaba en su empresa.

–Ninguno de ellos será mi pareja –añadió–. Y, además, solo piensan en el deporte.

Juliet hizo ademán de poner mala cara, pero recordó que no podía hacerlo. En realidad, se suponía que tampoco debía ser tan franca a la hora de hablar. Su futuro esposo querría una esposa refinada que tuviera habilidad para mezclarse con la alta sociedad, no una mujer que resultara descarada.

¿Cómo iba a poder fingir de ese modo durante el resto de su vida? Seguramente, del mismo modo que fingía que el corazón no se le había roto cuando perdió al hombre que amaba, a su hermano pequeño y la vida que llevaba en Delamer.

Podía soportar cualquier cosa si eso conseguía emparejarla con un esposo que pudiera ayudarla a quedarse en los Estados Unidos y así no tener que ser testigo de cómo Finn se casaba con otra mujer.

Elise sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

–No, no. No te contengas. Dime lo que sientes realmente. ¿Qué te parece si te ahorro más suspense y te digo que tengo pareja para ti?

Juliet sintió que el corazón se le paraba. Ya estaba. La razón por la que había ido a Estados Unidos.

¿Cómo sería su futuro esposo? ¿Le gustaría nadar y navegar? ¿Podría ella pedirle que la llevara de vacaciones a la playa? ¿Le importaría que su familia viniera a visitarla ocasionalmente? ¿Tendría una bonita sonrisa y se reiría mucho?

Lo más importante, ¿sería ella capaz de sentir algo por él para poder llenar el vacío que había dejado Finn en su interior?

Aunque Elise le garantizara una unión por amor, seguramente sería demasiado esperar que ese hombre pudiera reemplazar a Finn.

Tendría que conformarse. No le quedaba otra.

Tragó saliva para aplacar la quemazón que de repente sintió en la garganta.

–No te ha llevado mucho tiempo. Terminé el cuestionario ayer mismo.

Elise se encogió de hombros y se volvió a mirar hacia la pista de baile. Al hacerlo, le dio a Juliet un suave golpecito con el hombro.

–A veces, en cuanto cargo el perfil, no se me relaciona con alguien que ya esté en el sistema y tenemos que esperar hasta que entren nuevos clientes. En tu caso, saltó inmediatamente.

Juliet quería preguntar el nombre y, al mismo tiempo, quería esconderse debajo de la mesa.

Aquel hombre seguramente esperaría una cierta clase de mujer, una que pudiera servir de anfitriona en sus fiestas, relacionarse con sus amigos y sonreír constantemente mientras charlaban sobre fusiones de negocios y

pagos de impuestos. Y de fútbol. Esa mujer no era ella.

Quería marcharse a su casa. Entonces, pensó de nuevo en la vida que tendría en Delamer. Allí, vería todos los días el helicóptero de Finn volando por el cielo azul. O se encontraría con fotografías de él cortando la cinta en una nueva escuela… Jamás olvidaría aquella fotografía…

Una niña que asistía a la escuela primaria que él había acudido a inaugurar se le acercó y le rodeó el muslo con los brazos justo en el momento en el que Finn cortaba la cinta. Al terminar, Finn se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla. El momento quedó inmortalizado por medio de las cientos de cámaras y de teléfonos móviles que estaban presentes.

Juliet no podía olvidar aquella muestra de la naturaleza cercana y encantadora del príncipe. Era un hombre tan agradable, con un sentido del humor que a ella le encantaba… hasta que se dio cuenta de la testarudez y la obstinación con la que Finn se negaba a ver el daño que él le había hecho al ponerse del lado de su padre. No había manera de razonar con Finn, y eso mancillaba el resto de sus buenas cualidades.

En Delamer, había también recordatorios constantes del vacío que la muerte de su hermano Bernard había dejado.

Cualquier esposo era mejor que todo eso.

–¿Qué ocurre si no me gusta el hombre que tu ordenador haya elegido? –le preguntó Juliet.

–No hay verdades absolutas. Si no te gusta, encontraremos a otra persona, aunque me podría llevar un tiempo. Sin embargo… Me gustaría que mantuvieras la mente abierta sobre las posibilidades. Este hombre es perfecto para ti. Jamás he visto dos personas que fueran más compatibles. Ni siquiera Leo y Dannie estaban tan bien alineados y mira lo bien que ha salido esa unión.

Juliet asintió. Dannie y Leo Reynolds eran ciertamente una de las parejas más enamoradas de todos los tiempos, y ni siquiera se habían visto antes del día en el que se casaron. Si Elise decía que ese hombre era la pareja perfecta para Juliet, ¿por qué dudarlo?

–Esta noche tenía un motivo adicional para invitarte a esta fiesta –confesó Elise–. Tu pareja estará aquí también. Vendrá muy pronto. Pensé que si os conocíais en un acto social te quitaría a ti presión.

Su pareja.

Juliet había esperado poder tener tiempo para conocer detalles sobre él antes de conocerlo. Se tocó el cabello. Al menos, conocería a su futuro esposo mientras estaba absolutamente impecable. Una pequeña victoria.

Respiró profundamente. Su hermano Bernard querría que fuera feliz, que siguiera con su vida. El recuerdo de la sonrisa de su hermano le dio ánimos.

De repente, un revuelo entre todos los presentes captó la atención de Juliet. Los invitados estiraban el cuello para tratar de ver y susurraban entre ellos mientras señalaban hacia la puerta principal.

–¿Qué es lo que pasa? –preguntó.

Elise susurró una palabra muy poco femenina.

–Esperaba poder tener algo más de tiempo para explicarme. Es tu pareja

–dijo tras aclararse la garganta–. Ha llegado temprano. Creo que eso es una buena cualidad en un hombre. Es decir, además de todas las otras que tiene, claro está. ¿No te parece?

Su futuro esposo, asumiendo que todo fuera según el plan, acababa de entrar en el salón de baile. El pulso de Juliet se desató.

–Claro. ¿Pero por qué me parece que estás tratando de convencerme de algo? ¿Es que tiene dos cabezas o algo así?

–Para encontrar tu pareja, he hecho algo muy poco ortodoxo –confesó Elise mientras se mordía el labio. Entonces, agarró a Juliet del brazo–. Algo que espero que comprendas. Ha sido una prueba. Decidí que si el ordenador no os emparejaba, no te diría nada. No te contaría nada y os encontraría otra pareja a cada uno de los dos.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué has hecho?

Elise sonrió débilmente.

–Has hablado tanto de él… Comprendí que aún lo tenías en tu corazón. No me podía considerar una casamentera si no os daba la oportunidad de redescubrir por qué os enamorasteis en un principio.

Juliet comenzó a sentir un sudor frío.

–¿De quién te he hablado yo?

–Del príncipe Alain. De Finn –respondió Elise. Entonces, señaló la entrada–. Él es tu pareja.

–¡Dios mío, Elise! –exclamó Juliet con incredulidad e ira a la vez–. Dios mío…

Efectivamente, allí estaba Finn. En el salón de baile. Él era su pareja. No el apacible estadounidense que se conformaba con ver el fútbol y que la salvaría del sufrimiento que Finn le había causado.

–Abre la mente –le recordó Elise. Entonces, le agarró la mano para obligarla a dar un paso al frente y tiró de ella hacia la puerta del salón–. Ven a saludarle. Dame diez minutos. Deja que os explique a los dos y luego me puedes regañar todo lo que quieras por lo que he hecho. O podéis pasar ese tiempo recuperando vuestra relación. Tal vez incluso dándoos una oportunidad. Vosotros elegís.

Juliet observó con avidez la multitud, buscando un rostro familiar. De repente, se encontró con un fuerte cuerpo vestido de traje oscuro y flanqueado por un discreto equipo de seguridad que se dirigía hacia ella.

Finn. Exactamente como lo recordaba su corazón.

Alto, guapo, seguro de sí mismo. Con toda seguridad el hombre que podría soportar el peso de una corona a pesar de que era improbable que así fuera. Músculos duros y definidos ocultos bajo un esmoquin que no conseguía disimular la belleza de su cuerpo. El cabello oscuro tenía, a pesar de que siempre lo llevaba muy corto, cierta tendencia a rizarse cuando lo dejaba crecer un poco. Y aquella maravillosa sonrisa…

Hasta que se detuvo delante de Elise y vio a Juliet. La sonrisa se heló un poco al mirar alternativamente a las dos mujeres.

–Señora Arundel, me alegro de volver a verla.

Finn extendió la mano y asió la de Elise antes de darle un suave beso en la mejilla como si fueran viejos amigos. Entonces, se dirigió a Juliet.

–Señorita Villere. Qué sorpresa tan agradable. No sabía que estaba usted

en este lado del mundo.

A pesar del hielo de su voz, Juliet sintió que el estómago le daba un vuelco, como le ocurría siempre que estaba junto a Finn.

–La sorpresa es mutua –le aseguró ella, casi sin poder respirar. Las paredes del salón parecían cerrarse sobre ella y arrebatarle así el aire que flotaba en la sala–. Sin embargo, me reservo todavía la opinión sobre si es agradable o no.

Su lengua la había vuelto a traicionar. De repente, fue consciente del modo en el que la miraban muchos de los presentes y comprendió que muchas personas eran testigos de la reunión pública entre el príncipe Alain y una mujer que sin duda conocía. No se tardaría mucho en buscar fotos y vídeos, además de noticias sobre el escándalo.

La expresión de él se ensombreció.

–Asegúrese de informarme cuando lo decida. Si me perdona, tengo un asunto que tratar con la señora Arundel que no es de su interés.

# Capítulo Dos

No dejaba de mirar a Juliet, atravesándola con unos ojos azules y duros como el acero.

Tras la muerte de su hermano, Finn la abandonó cuando ella más lo necesitaba. Juliet jamás se lo perdonaría.

–¡Yo no he tenido nada que ver con esto! –dijo ella con las manos en las caderas–. Pensaba que te ibas a casar. ¿Qué le ha pasado a tu princesa? ¿Por qué le has pedido ayuda a una casamentera?

Un músculo se tensó en la frente de Finn.

–Mi padre quiere que me case en cuanto encuentre una candidata. Eso es lo que estoy haciendo aquí. Me prometieron la candidata perfecta. Ya lo veo.

¿Finn no estaba prometido? ¿Ni siquiera tenía candidata alguna en perspectiva? Juliet se había marchado de Delamer basándose en algo que ni siquiera era cierto.

–Sí, lo mismo digo yo. Eso fue lo que me prometieron a mí.

Se volvieron a mirar a Elise los dos a la vez. Ella sonrió y los acompañó a los dos a un lugar más reservado. Los guardaespaldas de Finn se quedaron cerca, tratando de pasar desapercibidos.

–¿Recordáis la pregunta sobre el amor que había en el perfil? –les preguntó–. Os pregunté a los dos a qué estaríais dispuestos a renunciar para conseguirlo. ¿Cuál fue tu respuesta, Juliet?

Ella se cruzó de brazos y miró a Elise con desaprobación. Entonces, repitió su respuesta.

–No se debería renunciar a nada por amor. Debería ser algo que no requiriera esfuerzo alguno. Si no, no es amor verdadero.

Nada de compromiso. ¿Por qué tendría ella que reorganizar todas sus creencias para acomodarse a un hombre demasiado testarudo? El hombre adecuado para ella debería reconocer que había tratado de desbaratar el estado de cosas solo porque se había visto obligada a hacerlo.

El hombre adecuado para ella debería saber que él lo había sido todo para ella.

–¿Y tú, Finn? –le preguntó Elise.

La mirada de él se suavizó. Suspiró. Habló mirando directamente a Juliet.

–No se debería tener que renunciar a nada. El amor debería ser fácil y natural, como respirar. Nadie te pide que dejes de respirar para que el corazón pueda latir.

Él lo había hecho. Quería que olvidara que Bernard había muerto sirviendo al ego del rey, llevando puesto el mismo uniforme que Finn se podía todos los días. Juliet cerró los ojos y apretó con fuerza los párpados.

Entonces, apartó aquel pensamiento. Era demasiado.

–Fácil y natural. Esa parte no ha sido difícil.

Con esas palabras, los aspectos buenos y más especiales de su relación con Finn iluminaron la oscuridad que se había apoderado de ella por dentro.

Todo había sido fácil entre ellos. No había requerido ningún esfuerzo. Si Bernard no hubiera tenido aquel accidente, probablemente Finn y ella estarían felizmente casados.

–No, no lo ha sido –dijo Finn sin apartar los ojos de Juliet. Parecía estar buscando algo que se parecía mucho a lo que Juliet deseaba constantemente: el modo de poder regresar atrás en el tiempo.

Desgraciadamente, eso era imposible. Pensó de nuevo en la razón por la que ella había salido huyendo a los Estados Unidos. Se marchó de Delamer porque pensaba que Finn se iba a casar con otra mujer. Si aquello no era cierto, ¿qué más cosas tendría que revaluar?

Elise extendió las manos y las colocó suavemente sobre el brazo de cada uno de ellos, uniéndolos.

–¿Recordáis lo que dijisteis sobre lo que estáis buscando en una relación?

–La tranquilidad en la tormenta –contestó Juliet. Su ira fue desapareciendo para verse reemplazado por un pequeño hilo de esperanza.

–Un lugar en el que yo pudiera simplemente estar, sin el resto de las presiones de la vida –dijo Finn con la voz algo ronca–. Así fue como respondí a esa pregunta.

–¿Y qué? Respondimos un par de preguntas de la misma manera. No es de extrañar.

Finn asintió.

–A mí me habría sorprendido si no hubiéramos respondido de un modo similar.

Siempre habían pensado igual. Eran dos corazones latiendo como si fueran uno. Cuando salían juntos a navegar, las palabras sobraban. Se coordinaban perfectamente. Se conocieron mientras salían a navegar con amigos mutuos. Luego se enamoraron cuando los dos salieron a la mar una y otra vez en el barco de Finn.

–En ese caso –dijo Elise alegremente–, tal vez sería mejor preguntar si los dos os podéis olvidar del pasado y ver cómo podríais haber cambiado. Estáis en Estados Unidos. Lo que os separaba en Delamer aquí no importa. Estáis a salvo. Tomaos tiempo en terreno neutral para averiguar si ese amor sin esfuerzo sigue existiendo.

Aquello era completamente innecesario. Juliet nunca había dejado de amar a Finn y estar allí, en su presencia, un largo y frío año después parecía remarcar el hecho de que jamás dejaría de hacerlo. Sin embargo, eso no significaba que pudieran estar juntos.

–¿Eres consejera de pareja o casamentera? –le preguntó a Elise sin poder contenerse.

–Las dos cosas. Hago lo que sea necesario para que una pareja encuentre la felicidad.

Felicidad. Aquello no había formado parte de su lista de requerimientos

cuando fue a ver a Elise, desesperada por encontrar una solución que terminara con su dolor. Sin embargo, en vez de un esposo estadounidense, se le había dado la posibilidad de tener una segunda oportunidad con Finn.

En realidad, él era el único hombre al que se le pudiera considerar su media naranja. El único hombre al que ella había querido dar acceso a su corazón. Esa era la verdad y, de algún modo, Elise se había dado cuenta.

Menudo programa de ordenador el de Elise… Juliet había esperado un poco de magia. Y tal vez había conseguido su deseo.

–Elise tiene razón –susurró Finn–. Estamos en terreno neutral. Aquí la política no importa y es una fiesta. Baila conmigo.

Juliet asintió, esperando de corazón que aquella rendición no fuera la mayor tontería que hubiera hecho nunca.

Elise se apartó de ellos. Ni siquiera trataba de ocultar el alivio que llevaba reflejado en el rostro.

Los ojos de Juliet se llenaron de lágrimas al sentir que algo parecido al optimismo se apoderaba de su alma. Disfrutaría de aquellas horas con Finn y tal vez estas les conducirían a algo más. Tal vez el tiempo y la distancia habían diluido sus diferencias.

Tal vez él había comprendido por fin que lo que su apoyo y fuerza significaban para Juliet. Hacía un año, ella había perdido mucho más que un hermano. También había perdido el amor de su vida.

Finn condujo a Juliet hasta la pista de baile. Aquello fue un pequeño milagro en sí mismo, dado que las rodillas no le respondían.

Todo aquel asunto era ridículo. Desde el momento en el que una casamentera se había dirigido a su padre, Finn había sospechado algo. Sin embargo, jamás se habría imaginado el resultado de aquel viaje a Dallas.

¿Qué diría el rey cuando se diera cuenta de lo que había hecho sin querer? Finn había sido emparejado con una mujer que le había causado a su familia mucho sufrimiento y que había provocado un escándalo cuyos efectos eran imposibles de limitar.

Sin embargo, Juliet y él habían vuelto a reunirse, emparejados por el que se suponía que era un programa de ordenador infalible. Todos a los que había consultado hablaban maravillas del proceso de EA International, de Elise y de lo mucho que se involucraba con las personas a las que ayudaba. Por eso, Finn se había sometido a las pruebas de Elise, había realizado el perfil y había respondido a todas las preguntas.

Ver que Juliet volvía a estar en su vida sin advertencia alguna… Lo más sensato habría sido darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás. Quedarse allí era la manera más sencilla de asegurarse haber perdido por completo la cabeza al final de la velada.

Le había pedido a Juliet que bailara con él tan solo porque los buenos modales se le habían inculcado desde el nacimiento. Elise había organizado aquella fiesta y eran socios en los negocios. Tal solo era una cortesía hacia ella.

Sin embargo, en aquellos momentos ya no estaba tan seguro de que

fuera la única razón. Al ver a Juliet de nuevo, se había despertado en él una oleada de sentimientos que había creído enterrados hasta entonces. Entre esos sentimientos, destacaba el deseo de recibir la cabeza de Juliet en una bandeja… después de haber disfrutado de su cuerpo en una cama.

Tomó a Juliet entre sus brazos y los dos empezaron a bailar. Tardaron instantes en encontrar el ritmo que siempre habían compartido. Miró su rostro, aquellos ojos verdes que jamás había olvidado y sintió que algo se aflojaba en su interior.

Era Juliet… Y se había transformado.

Los cambios eran externos. A él le gustaba exactamente el aspecto que ella tenía la última vez que la vio, pero, ¿y si había cambiado en ella algo más que su cabello?

La tenía entre sus brazos. Resultaba difícil seguir aferrándose a la ira que llevaba arrastrando un año entero.

–Pareces diferente –comentó–. Sorprendente. Y muy hermosa. Te has maquillado.

Ella parpadeó y sonrió. Incluso su altura era diferente. Finn le miró los pies y vio que llevaba unas sensuales sandalias en los delicados pies. Las hebillas le rodeaban los tobillos destacando aún más lo bien torneadas que tenía las piernas. De repente, se imaginó desabrochando aquellas hebillas con los dientes.

Dios. Bailar se había convertido oficialmente en una forma de tortura.

Ella seguía siendo la misma chica que le había dado una puñalada por la espalda y, al mismo tiempo… No lo era. La tensión se apoderó de él.

–Gracias. Elise me dio unos consejos para resultar más femenina –respondió ella. Entonces, extendió la mano y le mostró unas uñas pintadas de color coral–. No esperes que ice ninguna vela con estas manos.

Finn sonrió sin poder evitarlo. Si ella se iba a comportar como si no hubiera ocurrido nada, él también podría hacerlo.

–Yo haré todo el trabajo duro. Mirarte es suficiente recompensa para todos mis esfuerzos.

Ella alzó las cejas muy sorprendida. Apretó con fuerza la mano que tenía en la cintura de él.

–¿Te gusta mi nueva imagen?

Finn era capaz de sentir aquellas uñas a través de la chaqueta. ¿Cómo era eso posible?

–Me gustaba la Juliet de antes. Sin embargo, la nueva también está muy bien. Estás muy guapa. ¿Qué te ha animado a hacer esto?

Uñas largas, cabello recogido, un sugerente vestido con la espalda al descubierto. En aquellos momentos, merecía la pena volverse a mirar a Juliet varias veces.

–Es parte del acuerdo con Elise. Ella tiene muchos clientes masculinos muy influyentes y con un perfil muy alto, y esas personas esperan un cierto refinamiento en sus posibles parejas. Se pasa un par de meses mejorándonos, aunque tengo que admitir que se pasó mucho más tiempo conmigo que con las demás. Soy una mujer nueva. Cenicienta a tu servicio. ¿Acaso no te dijo cómo funcionaba esto?

–No en esos términos. Era más bien una garantía general que la mujer

con la que me emparejara sería capaz de enfrentarse a todo lo que supone ser una princesa.

En el caso de Juliet, aquel jamás había sido un factor. A Finn no le podría haber importado menos si ella no respetaba el protocolo de la familia real o si jamás se había maquillado. No le había importado porque, érase una vez, entonces estaba enamorado de ella.

–¿Te desilusiona haberte encontrado conmigo?

–Sinceramente no sé lo que siento –respondió él con una carcajada–, pero desilusión no es.

Juliet podría haber sido una gran princesa. Siempre había comprendido la necesidad que Finn tenía de escapar de su posición social en ciertas ocasiones. Finn se entregaba al cien por cien a su trabajo protegiendo a los ciudadanos de Delamer, participaba de buen grado en eventos benéficos y no se sentía culpable en absoluto por tener sus momentos alejado del ojo público. Muchas mujeres no lo comprenderían. Insistirían en disfrutar de lo mejor.

A Juliet le había bastado con una cita en la playa o con salir a navegar. E incluso quedarse en casa, que era una de las cosas que más le gustaban a Finn. No. En realidad no era una sorpresa que el ordenador los hubiera emparejado.

Ver lo mucho que seguía aún deseándola a pesar de la llama presente de la traición le sorprendió mucho.

–¿Y tú? –le preguntó él–. ¿Ha decidido ya el jurado si volver a verme es una sorpresa agradable?

–El jurado está ocupado tratando de no tropezarse con tus pies con estos tacones.

Aquella respuesta hizo que él sonriera y se relajara. Mientras los dos mantuvieran el sentido del humor, se encontraban en terreno neutral. La noche era joven.

–Vayamos a tomar una copa de champán. Me muero por saber cómo terminaste en la base de datos de una casamentera de Dallas.

Cuando se dieron la vuelta para salir de la pista de baile, un flash comenzó una rápida sucesión de disparos.

Finn suspiró. Con la diferencia horaria, la llamada de teléfono de su padre llegaría a medianoche, a menos que la secretaria del rey no se percatara de la historia, lo que era poco probable.

Finn le pediría a Elise que lo emparejara con otra persona. Más tarde.

Juliet esperó hasta que él la condujo al bar y le entregó una copa de champán Veuve Clicquot antes de responder.

–Es culpa tuya que yo buscara a Elise.

–¿Mía? –le preguntó él mientras brindaba chocando su copa contra la de Juliet antes de tomar un buen trago del espumoso–. Ni siquiera sabía que Elise existiera hasta hace unos días.

–Fue el anuncio del compromiso. Si tú ibas a seguir con tu vida, yo también tenía que hacerlo y no podía hacerlo en Delamer. Por eso estoy aquí –añadió.

Juliet extendió las manos. Al verle de nuevo las uñas, Finn no pudo evitar imaginar lo que sería sentirlas en la cintura cuando se hubiera

despojado de la chaqueta y la camisa.

De repente, la temperatura del salón de baile pareció subir rápidamente.

–Como ya te he dicho, no hay compromiso. Todavía no. Mi padre y yo hemos acordado que ya era hora de que yo pensara en sentar la cabeza y comenzara a buscar esposa. Y aquí estoy.

Aquello ponía las cosas en perspectiva. Los dos habían tratado de superar el escándalo y la ruptura buscando alguien nuevo.

–Por mucho que he tratado de evitarlo, he visto las pruebas fotográficas de por qué tu padre pensaba que necesitabas sentar la cabeza. Te has convertido en el príncipe juerguista. No me parece propio de ti. Por supuesto, nos divertimos mucho bailando en las discotecas, pero normalmente nos marchábamos después de una hora o así. ¿Acaso no íbamos a las fiestas en las que te gustaba quedarte?

–Yo no quería quedarme en ninguna. Tan solo pensaba en conseguir que nos quedáramos a solas.

–Algunas de las fotografías resultan difíciles de asimilar –admitió ella. Finn no necesitó que se explicara más.

Siempre había sabido que, seguramente, ella vería todas las fotografías que le hacían con otras mujeres y oiría hablar de sus hazañas. Sin embargo, jamás había considerado que llegarían a hablar al respecto. En realidad, no había mucho del año anterior que le enorgulleciera.

–Dado que estamos repartiendo la culpa, eso fue tuya.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿Cómo?

–Bueno, culpa tuya del todo no, pero yo estaba tratando de ahogar los recuerdos. Centrarme en el futuro. Seguir con mi vida, como tú dijiste.

–¿Y funcionó?

–En absoluto.

Sus miradas se cruzaron. Finn sintió un hormigueo en los labios. Quería estrecharla entre los brazos y besarla hasta que ninguno de los dos pudiera recordar nada más que lo bien que estaban juntos.

Juliet se tomó el resto del champán como si no se hubiera dado cuenta de lo que había pasado en cada instante. Finn deseó poder decir lo mismo al sentir cómo la sangre le abandonaba la cabeza para dirigirse al sur y formar una espectacular erección.

–¿Y ahora qué hacemos? –le preguntó ella.

–Ven a cenar conmigo. Mañana por la noche –replicó él con voz ronca–. Por los viejos tiempos.

Ninguno de los dos pensaba que aquel emparejamiento fuera buena idea. Finn lo sabía, pero no se podía resistir a disfrutar de una horas prohibidas con Juliet. Fuera lo que fuera lo que ella había hecho en el pasado, no podía marcharse de aquel salón sin volver a verla nunca más.

–Debería dejar que me examinaran la cabeza, pero está bien.

Por suerte, la aceptación de Juliet llegó en el momento adecuado. Una esbelta mujer y su amiga estuvieron a punto de empujar a Juliet por el entusiasmo que mostraron al intentar hacerse una foto con él.

Juliet siempre sería la mujer que había quemado una bandera de Delamer frente a las verjas de palacio. Sus compatriotas no olvidaban

fácilmente los actos de deslealtad a la corona.

Ni él tampoco.

El hecho de cruzar un océano no creaba una dinámica diferente entre dos personas. Juliet no vería nunca que él no podía ir contra su padre ni comprendería nunca que, como segundo hijo suyo, Finn no tenía mucho que ofrecer a la corona aparte de un apoyo incondicional.

Si Juliet lo comprendía algún día, se le perdonarían todos sus pecados. Le perdonaría todo el mundo y él también.

Eso ocurriría el día que nevara en Delamer durante el mes de julio. Hasta entonces, disfrutaría de Juliet, ignoraría el resto y, después, le pediría a Elise que le buscara otra pareja.

# Capítulo Tres

Juliet miró fijamente al espejo y trató de concentrarse para aplicarse la sombra de ojos del modo en el que Dannie y Elise le habían enseñado. Desgraciadamente, era incapaz de centrarse.

El mejor modo de describir el estado en el que Finn la dejó la noche anterior era asombrada y sin aliento. Ese estado no había logrado despejarse en las veinticuatro horas subsiguientes. El aroma limpio de Finn flotaba alrededor de ella, evocando recuerdos compartidos con él para llegar dolorosamente a la conclusión de que no sentía nada por ella. No le había importado su dolor al perder a su hermano. Lo único que le importaba a Finn era ponerse el uniforme de guardacostas de Delamer y lucirlo con orgullo nacionalista.

Era una locura. ¿Por qué había accedido a aquella cita?

Elise asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de Juliet.

–¿Ya estás casi lista? Oh. ¡Pero si aún no te has vestido! ¿Qué te vas a poner?

–Quiero ponerme algo que le demuestre a Finn lo que he tenido que soportar en esta transformación por él. Cuanto más sexy, mejor.

–En ese caso, ponte el vestido amarillo. Y te he traído algo –añadió Elise mostrándole un estuche de terciopelo.

Perpleja, Juliet lo abrió. Se trataba de un colgante de corazón realizado en plata que pendía de una cadena a juego. Otro corazón colgaba del primero, como si estuvieran aferrándose el uno al otro para no caer.

–Es muy bonito. Gracias.

Elise se lo puso alrededor del cuello.

–Les regalo siempre a todas mis clientas un collar. Me alegro de que te guste.

Cuando el coche aparcó frente a la casa de Elise, Juliet se avergonzó ligeramente al darse cuenta de que llevaba asomada a la ventana quince minutos esperando a que llegase.

Abrió la puerta principal de la casa. La mirada de apreciación que Finn le dedicó borró todo lo demás.

–Hola.

–Vaya… –dijo él simplemente.

Un ligero hormigueo por todo el cuerpo acompañó el rubor que cubrió las mejillas de Juliet.

–¿Sí? ¿Estoy bien? Elise ha elegido el vestido.

Y todo lo que llevaba debajo, aunque las posibilidades de que aquella cita fuera lo suficientemente bien como para dejar al descubierto la lencería de seda eran escasas.

Como respuesta, él le agarró la mano y la ayudó a salir de la casa.

–Hasta ahora, me gusta lo que veo. Ven conmigo para que pueda evaluar adecuadamente el resto.

Juliet se echó a temblar al sentir el tacto de la mano de Finn en el brazo. Aquel contacto le llegaba hasta lugares que él siempre había sido capaz de estimular con bastante pericia.

Dejó que él le diera la mano durante el breve trayecto, en parte porque quería fingir que todo era normal. Que aquello era tan solo una cita con un hombre muy interesante que podría transportarla a una noche llena de posibilidades.

La había ayudado a acomodarse en el asiento trasero del lujoso vehículo para luego sentarse junto a ella. Su potente presencia masculina resultaba abrumadora en un espacio tan reducido. Juliet estuvo a punto de sobresaltarse cuando él se inclinó hacia delante y le rozó el brazo. Tan solo iba a apretar el botón que levantaba la pantalla que los separaba del chófer, pero, para haber sido una gesto de tan poca importancia, el contacto permaneció en ella más tiempo del que le hubiera gustado.

El coche se apartó con suavidad de la acera y avanzó lentamente.

–¿Adónde me llevas? –le preguntó ella tras aclararse la garganta–. ¿A algún lugar de moda?

–De ninguna manera. No voy a compartirte con hordas de curiosos y de paparazzi.

–¿Están tus guardaespaldas en otro coche? Nunca se separan mucho de ti a menos que estés trabajando.

Finn le apretó la mano que no le había soltado.

–¿Acaso estás preocupada? Yo te mantendré a salvo.

Sin duda. Aquel era su trabajo. Disfrutaba protegiendo a la gente. Siempre había sido así.

Charlaron sobre asuntos sin importancia, como el tiempo en Dallas, pero por suerte Finn no mencionó el fútbol. El único deporte que seguía era la Fórmula 1, pero respetaba que a ella le aburriera, por lo que casi nunca hablaba al respecto.

–Ya hemos llegado –dijo él cuando el coche se detuvo bajo un árbol.

Juliet miró por la ventana. Al otro lado de la carretera había un recoleto parque privado, en el que se habían colocado una mesa y dos sillas desde las que se dominaba una perfecta vista de la puesta de sol. Un hombre con gorro de chef parecía estar preparando algo de comida en una improvisada superficie de trabajo.

–Muy bonito –admitió ella. Entonces, miró a Finn–. Solo por curiosidad, ¿qué habrías hecho si hubiera estado lloviendo?

–Nos habríamos mojado. O nos habríamos marchado en el coche hasta encontrar un local de comida para llevar decente y habríamos cenado en el coche.

Juliet sonrió ante su pragmatismo.

–En ese caso, me alegro de que sea una noche despejada.

Finn respondió con una sonrisa que caldeó partes de su cuerpo que llevaban descuidadas más de lo aceptable.

–Después de la obscena cantidad de dinero que he tenido que pagar para alquilar el parque para esta noche, además de un quince por ciento más

para conseguir comprar la reserva ya existente, no se podía atrever a llover.

Finn salió del coche y la ayudó a bajarse. El chófer se marchó rápidamente después de que él le dijera que regresara al cabo de dos horas.

Juliet comenzó a avanzar por el sendero que llevaba al centro del parque, pero Finn le tiró de la mano para que tuviera que darse la vuelta y mirarlo.

–Tal vez deberíamos quitarnos algo de en medio.

–¿De qué se trata?

Estaba pronunciando aquellas palabras cuando sintió un repentino calor entre ellos. El brillo de anticipación que vio en los ojos azules de Finn respondió su pregunta.

–De esto.

Juliet se quedó inmóvil al ver que la boca de Finn comenzaba a descender. Una parte de su ser deseaba echar a correr antes de que fuera demasiado tarde, pero las piernas no le obedecían.

Entonces, los labios de Finn reclamaron los de ella, apoderándose de su boca poderosamente, exigiendo una respuesta. Así era Finn. Familiar y apasionado. Todo lo que ella llevaba echando de menos mucho tiempo. Juliet lanzó un gemido y se dejó llevar, desesperada por saborear lo divino, por fundirse con él.

La euforia le recorrió el cuerpo, inundándole los sentidos de agudo y húmedo deseo. Los dedos se abrieron paso ansiosos entre su cabello para que Juliet pudiera sujetarle la cabeza y conseguir que el beso explotase entre ellos con incandescente energía.

Sus cuerpos se fundieron, alineándose perfectamente, como siempre. Sí. Le había echado tanto de menos…

Había echado de menos cómo él nunca se contenía, su embriagadora presencia y cómo su fuerza capacitaba la de ella.

Finn deslizó los dedos bajo el finísimo tirante del vestido y le acarició suavemente la espalda. Si seguía así, la lencería terminaría después de todo haciendo acto de presencia. Sin embargo, Finn se apartó antes de que ella hubiera empezado a saciarse de la excitación que le producían sus caricias. Con la respiración acelerada, apoyó la frente sobre la de ella.

–Eso no ha hecho lo que esperaba…

–¿Y qué era lo que esperabas? –preguntó Juliet. A ella sí que le había hecho mucho.

–Que me permitiera cenar en paz en vez de distraerme pensando si seguirías sabiendo igual. Ahora, estoy bastante seguro de que lo único en lo que voy a pensar es en repetirlo.

Juliet ocultó una sonrisa.

–Si la cena va bien, podríamos repetirlo después del postre.

Finn entrecerró los ojos con un gesto seductor y muy sensual.

–Lo tendré en cuenta. ¿Cenamos entonces?

–Si insistes… –dijo ella, a pesar de que estaba segura de que no iba a poder comer. Los nervios que tenía en el estómago no le indicaban que fuera a ser posible.

Seguía existiendo la chispa entre ellos. El beso además había conseguido responder a una pregunta que seguía latente. ¿Podrían retomar la relación donde la habían dejado?

La respuesta era absolutamente afirmativa. Mientras pudieran solucionar el pasado. El escándalo. El profundo sentimiento de traición con el que Finn la había dejado.

De repente, Juliet no quiso seguir pensando en ello. No quería recordar lo abandonada que se había sentido.

Finn la condujo hacia la mesa y la ayudó a tomar asiento antes de sentarse él. Mientras el chef les servía unos deliciosos tomates aliñados con vinagre balsámico como primer plato, empezaron a charlar sobre temas sin importancia. La conversación estaba resultando muy agradable. Por suerte, Juliet parecía haber aprendido al menos algunas de las habilidades sociales que Elise se había esforzado tanto por inculcarle.

Desgraciadamente, no lograba sacarse de la cabeza el beso que habían compartido. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se besaron… Desde el escándalo.

Finn no se había contenido a la hora de buscar compañía femenina, pero Juliet había hecho todo lo contrario. Había adoptado la estrategia del avestruz. Si metía la cabeza en la arena el tiempo suficiente, sus impulsos femeninos terminaban desapareciendo.

Hasta aquel momento, su estrategia había tenido bastante éxito. Sin embargo, en dos segundos, Finn le había recordado que ni su fuerza de voluntad podría evitar que siguiera deseando los afectos de un príncipe muy habilidoso.

–¿Has dejado tu trabajo en Delamer? –le preguntó Finn cuando el chef terminó de servirles el segundo plato, una lubina con espárragos y quinoa.

–Sí.

Aquel monosílabo no comunicó la pena que ella había experimentado al dimitir de su puesto de profesora de inglés. Adoraba a los niños a los que daba clase y había esperado poder seguir ejerciendo su profesión en los Estados Unidos.

Entonces, cayó en la cuenta.

Elise no la había emparejado con un estadounidense. Si las cosas salían bien con Finn, ella podría regresar a casa, a su trabajo, al mar… A los brazos de Finn. ¿Sería posible un cuento de hadas así?

Con renovado interés, miró al hombre que estaba sentado frente a ella.

–¿Y tú, sigues volando helicópteros?

–Por supuesto. Lo haré hasta el día en el que muera. O hasta que me retiren. Lo que venga primero.

Aquel comentario no sorprendió a Juliet. A Finn siempre le había encantado volar, al igual que la parte de salvamento y ayuda de su trabajo. En realidad, su satisfacción era más que lo que hacía, para quién lo hacía.

–Hmm… –dijo ella mientras masticaba un trozo de pescado–. No iba a abordar este tema, pero no sé qué terreno piso en estos momentos. ¿Qué esperabas de la pareja que te proporcionara Elise? ¿Estás buscando esposa?

Finn dejó la copa en la mesa y la miró fijamente.

–No puedo seguir siendo el príncipe juerguista. Lo mejor que puedo hacer es un matrimonio concertado, como lo hicieron mis padres. Un medio para alcanzar un fin. Con eso me contento. ¿Y tú?

Aquella pregunta desató un escalofrío que no pudo controlar.

–Estaba dispuesta a casarme con quien escogiera Elise para mí. No me podía quedar en Delamer después de lo que ocurrió entre nosotros. El matrimonio era para mí también un medio para alcanzar un fin.

A Juliet le gustaría no seguir hablando más y simplemente disfrutar de la cita. Sin embargo, quedaban demasiadas preguntas sin respuesta.

–¿A qué viene esta cena? No se trata de una primera cita, tal y como habría ocurrido con las parejas que habíamos imaginado. Se trata de otra cosa. Tenemos una historia juntos que estamos evitando. Una historia importante y que debe resolverse.

Finn la miró con interés.

–¿Acaso quieres buscar pelea? Adelante.

–No, no quiero buscar pelea –replicó ella–. Ya nos hemos peleado bastante en nuestra relación. Quiero solucionar las cosas como adultos que somos. ¿Será posible?

Finn sonrió y le tomó una mano. Comenzó a frotarle suavemente los nudillos con el pulgar.

–Quedémonos tan solo con la Historia así con mayúsculas. Esta cena tiene que ver con el hecho de que tú y yo volvamos a conectar. Esa es la parte de nuestra historia que prefiero recordar.

–Está bien.

Juliet había esperado mucho tiempo. ¿Qué importaba unas horas más? Aprovecharía el tiempo pensando en lo que sabía que había hecho mal hacía un año. En vez de esforzarse para convencer a Finn de que hablara con su padre, tendría que haber afrontado aquel asunto de manera diferente.

Si Finn estaba de verdad buscando una esposa, ¿qué le impedía casarse con él para conseguir provocar los cambios desde el interior de las puertas del palacio? La princesa Juliet tendría mucho más poder para conseguir que el rey revocara el servicio militar obligatorio que la simple ciudadana Juliet Villere.

Tal vez entonces podría librarse de la abrumadora culpabilidad que sentía por la muerte de Bernard.

Cuando terminó la cena, Finn estuvo a punto de atragantarse al ver que Juliet se levantaba y se acercaba a su lado de la mesa con una sensual sonrisa y un brillo muy seductor en los ojos. Ella extendió la mano, que Finn aceptó en silencio, y le ayudó a ponerse de pie. Entonces, los dos se dirigieron a una sección del parque en el que la vegetación era mucho más espesa.

–¿Acaso te interesan ahora la fauna y la flora? –le preguntó él cuando el silencio se extendió demasiado tiempo.

–Estoy más interesada en cómo nos esconde la flora.

Juliet lo empujó contra un árbol y se pegó a él deliberadamente, haciendo que sus firmes senos se rozaran contra el torso de él.

Así que aquello era lo que Juliet tenía en mente… Evidentemente, recordaba lo bueno que había sido para ambos tan bien como él. Aparentemente, no tenía ningún problema en volver a hacer prender aquella parte de su relación.

–El beso de antes estuvo muy bien. A ver si consigues que este sea mejor –le ordenó.

Finn obedeció inmediatamente. La tomó entre sus brazos y comenzó a acariciarle suavemente la espalda. Las bocas se unieron y se alinearon perfectamente. El fuego no tardó en prender entre ellos.

Juliet.

El deseo se apoderó de él, empapándolo con un aluvión de necesidad. La tenía entre sus brazos, apoderándose de sus sentidos como si hubiera saltado de su helicóptero sin paracaídas.

Afortunadamente, Elise había hecho que se volvieran a encontrar, aunque solo fuera por una noche. Al día siguiente, los dos estarían emparejados con personas más adecuadas.

El beso se profundizó y Juliet se acurrucó contra él como si nunca se hubieran separado. El calor le envolvió la piel a Finn al sentir la perfección del hermoso cuerpo de Juliet contra el suyo. Lanzó un gruñido y le colocó una rodilla entre las piernas. Con el muslo, le tocó a ella inmediatamente el punto más sensible. El vestido ayudada. Los zapatos de tacón alto también.

Finn levantó los labios para murmurar:

–Te he echado de menos. ¿Podemos seguir con esto en algún lugar más privado?

Ella sonrió y asintió. Finn le agarró la mano y vieron que el coche acababa de regresar. Él la ayudó a acomodarse en su interior y prácticamente se lanzó dentro del coche.

Nunca se había podido resistir a Juliet. Por fin ya no tenía que hacerlo.

Además, parecía disfrutar de un respiro. El rey no le había llamado para exigir una explicación por las fotografías de la noche anterior. Aquella era su única oportunidad de saborear un trocito de cielo antes de rendirse a un matrimonio de conveniencia.

Contra toda lógica, había esperado que la mujer con la que Elise lo emparejara pudiera recomponerle el corazón roto. Las posibilidades que tenía de que eso ocurriera con la mujer que se lo había roto en primer lugar eran muy escasas, sobre todo porque él no volvería a entregárselo ni en un millón de años.

Por lo tanto, le daría a EA International otra oportunidad. Cuando tuviera una esposa a su lado, el público se olvidaría del príncipe juerguista y a él se le empezaría a conocer por algo de más valía.

El príncipe del pueblo. Le gustaba cómo sonaba.

Mientras tanto, podría disfrutar de Juliet y de todo lo bueno que había entre ellos sin tener que entrar en el doloroso pasado.

–Entonces, ¿deduzco que has pensado que la cena ha ido bien? –le preguntó él con una sonrisa–. Dado que has accedido a repetir el beso,

quiero decir.

Juliet tenía el cabello algo revuelto por los dedos de Finn. Él se moría de ganas por retirarle las horquillas y dejar que aquellos sedosos mechones le cayeran por los hombros.

–Voy a permanecer abierta a lo que la noche me pueda traer, pero hasta ahora no ha estado mal –comentó ella mientras le observaba atentamente–. No nos estamos peleando. Como tú dijiste, estamos estableciendo vínculos.

No se estaban peleando porque, hasta aquel momento, habían evitado el problema. Finn estaba completamente dispuesto a seguir haciéndolo mientras fuera posible.

–Y si el chófer se diera un poco más de prisa, lo estaríamos haciendo aún más rápido.

Juliet se echó a reír.

–Tenemos toda la noche, pero mientras estamos en el tema, ¿lo de establecer vínculos significa que, esta vez, estás dispuesto a estar de mi lado?

Aparentemente, ella no tenía el mismo deseo de seguir evitando el pasado.

–Yo siempre he estado de tu lado.

–Si eso fuera cierto, jamás habrías adoptado la posición que tomaste –repuso ella–. Me habrías apoyado a mí y a mi familia cuando tratamos de hablar con tu padre.

Aquella era la Juliet que había visto la última vez en Delamer. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Parecía que no les iba a ser posible seguir estableciendo vínculos.

–Lo dices como si no tuviera opción, como si tuviera que estar de acuerdo contigo para que no se considerara falta de apoyo –dijo él. Sin embargo, así era también como se sentía él. Como si Juliet no pudiera ver su lado de la historia. Inmediatamente, el pasado regresó con fuerza. El dolor y la ira con los que él había estado viviendo durante un largo año–. Tú tampoco me apoyaste a mí. Y yo nunca te pedí que fueras en contra de todo en lo que creías.

Juliet retiró con fuerza la mano.

–Eso es exactamente lo que querías que hiciera yo –susurró Juliet. Una lágrima le cayó por la mejilla. Finn sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Le dolía ver a alguien tan fuerte como Juliet llorando–. Que me olvidara de Bernard y que te apoyara todos los días mientras te ponías tu uniforme del ejército de Delamer. Todos los días, me recordaría que Bernard murió con el mismo uniforme y que yo no hice nada para vengarle. Todos los días, se me recordaría que tú elegiste ponerte al lado de la corona en vez de del mío.

El coche se detuvo frente a la entrada privada del hotel de Finn, que estaba situada muy discretamente en la parte trasera del edificio, dentro del aparcamiento subterráneo. Sin embargo, Finn no descendió del coche. Aún no habían terminado aquella conversación.

–La venganza lo describe todo muy bien. Tú me humillaste. Esa protesta llamó la atención por todo el mundo. Juliet… –se interrumpió–. Soy un

Couronne. Tú quemaste la bandera del país en el que reina mi familia mientras estábamos saliendo. ¿No te das cuenta de lo que eso supuso para mí?

Por no mencionar que el hombre al que había afrentado era su padre. Finn quería mucho a su padre y a su país. Juliet había querido que él la eligiera a ella por encima de su honor.

–Mi familia ha cambiado para siempre por la política de tu padre. Bernard ya no está y… –susurró Juliet antes de que se le quebrara la voz–. Un hombre que me hubiera amado de verdad lo habría comprendido. Hubiera hecho lo que fuera para enmendar lo ocurrido.

Sin embargo, Finn no era un hombre cualquiera ni nunca lo sería. No se podía quitar la sangre real de las venas.

–Y la mujer que afirmaba amarme se habría dado cuenta de que yo tenía una obligación con la corona. No puedo ser nadie más que el príncipe Alain Phineas de Montagne, duque de Marechal, de la casa de los Couronne.

Pertenecía a una de las últimas casas reales de Europa y debía proteger el país que sus antepasados habían dejado en sus manos, por muy anticuada que esa noción pudiera sonar en el mundo moderno.

Aquello no había cambiado. Juliet era capaz de provocar que se sintiera loco por pasar de estar arriba a estar abajo en cuestión de segundos. Ella bajó también del coche. Parecía completamente decidida a seguir retorciendo aquella lanza en su corazón.

–Yo no quería que fueras otra persona. Te amaba.

Había hablado en pasado. Aquello no se le pasó por alto a Finn.

–Tú lo significabas todo para mí, Finn, pero estamos en tiempos de paz. La ley del Servicio Militar Obligatorio es algo ridículo. ¿Por qué no ves que tu obligación como miembro de la familia real es dejar de ser tan testarudo y pensar en la vida de las personas?

–Por la misma razón que tú no ves que el ejército forma parte de mí.

La ira se apoderó de él. A pesar del sensual vestido y del acertado maquillaje, Juliet seguía siendo la misma activista de siempre. Seguía decidida a alterar el corazón mismo de la institución a la que él le había jurado lealtad.

De repente, le resultó muy fácil resistirse a ella. No tenía el más mínimo interés en seguir a su lado durante el resto de la noche. Nunca se había plegado ante nadie.

Juliet lo observaba de brazos cruzados.

–Creo que podemos decir sin equivocarnos que la cita no ha sido un éxito.

–Haré que el chófer te lleve a casa de Elise.

En aquel momento, se escuchó un chirrido de neumáticos. Una furgoneta bajó a toda velocidad por la rampa y se detuvo a pocos centímetros del parachoques trasero del coche. En su interior, había cuatro hombres muy corpulentos, con la cabeza rapada y ropa oscura.

–Juliet, métete en el coche –le dijo mientras la protegía con su cuerpo. Los cuatro hombres se dirigían hacia ellos con talante amenazador. No debería haberles dado la noche libre a sus guardaespaldas. Aquel fue su

último pensamiento antes de que el mundo quedara a oscuras ante sus ojos.

# Capítulo Cuatro

Los ojos le escocían. Juliet trató de llevarse una mano a ellos para frotárselos, pero no pudo. Una pesada niebla le ensombrecía el cerebro. Algo iba mal. No podía ver ni mover las manos ni los brazos.

Parpadeó rápidamente para tratar de aclararse la vista. Estaba tan oscuro…

–Juliet, ¿me oyes?

Era la voz de Finn. Se apoderó de ella, despertando un montón de recuerdos, la mayoría de los cuales no eran aptos para todos los públicos. La voz de Finn en la oscuridad significaba tan solo una actividad. Placer. Roces de la piel de él contra la suya. Urgencia para llegar a lo más alto del cielo con él…

Un momento. ¿Qué estaba haciendo Finn allí?

–Sí –murmuró ella–. Te oigo.

El dolor se apodero de ella en el momento en el que movió la mandíbula. Respiró profundamente y se giró para cambiar de postura… o lo intentó. Los músculos se negaban a cooperar.

–¿Qué–qué es lo que está pasando?

–Es un tranquilizante –le explicó Finn muy serio antes de lanzar una maldición en francés.

Los hombres de aspecto siniestro. La furgoneta. La prometedora cita que tan mal había terminado, para empeorar aún más después.

–¿Por qué nos han dado tranquilizantes?

–Para poder secuestrarnos sin resistencia –gruñó Finn–. Deberían estar dando gracias de que así lo hayan hecho. Si no, no les habría resultado tan fácil.

–¿Que nos han secuestrado dices? Eso solo ocurre en las películas.

–Bienvenida a la realidad.

El sarcasmo con el que él había hablado denotaba la frustración y la preocupación que sentía. Aquello no tenía buen pronóstico. Finn siempre sabía lo que había que hacer.

Juliet se movió hacia la derecha, que parecía ser donde estaba él.

–¿Te puedes mover? ¿Estamos atados?

A Juliet le resultaba difícil decirlo. No sentía nada. Por eso no se podía mover. La habían drogado. Y era incapaz de ver, tal vez para siempre.

Una fuerte mano masculina le apartó el cabello del rostro.

–No –dijo Finn–. Nos han inyectado suficiente narcótico como para que no hayan necesitado atarnos. Yo estoy bien. El cóctel no me afectó a mí del mismo modo que a ti.

Poco a poco, Juliet comenzó a vislumbrar sombras. Gracias a Dios.

–¿Dónde estamos?

–No estoy seguro. En una casa. Yo tenía miedo de dejarte sola por si necesitabas reanimación o volvían a presentarse esos tipos, así que lo único que he hecho ha sido mirar por la ventana.

Poco a poco, Juliet comenzó a distinguir la silueta de Finn, junto con unos detalles adicionales. Paredes blancas. Una cama.

Finn le agarró la mano. Ella se la apretó con fuerza, agradecida de que los dedos le respondieran por fin.

–¿Hay guardias?

–Por lo que yo veo, no. No he visto a nadie desde que recuperé el conocimiento –dijo él. Entonces, indicó una puerta–. En cuanto puedas caminar, investigaremos un poco más.

–Ayúdame a sentarme –le imploró ella.

Finn le rodeó la cintura con un brazo y ella se apoyó contra él. Tras un par de intentos, consiguió por fin levantar las piernas y apoyarlas en el suelo.

Estaba descalza. ¿Le habían quitado los zapatos? No hacía más que acordarse lo mucho que costaban aquellas sandalias de cocodrilo. Además, le gustaban mucho.

–Ahora, ayúdame a ponerme de pie –le dijo ella. Los secuestradores podrían regresar en cualquier momento y los dos tenían que estar preparados. Finn era más fuerte y estaba mejor preparado, pero ella estaba lo suficientemente loca como para enfrentarse a ellos.

Finn negó con la cabeza.

–Tómate tu tiempo.

–Quiero salir de aquí. Cuanto antes averigüemos lo que hay que hacer para conseguirlo, mejor –afirmó. Le dolía mucho la cabeza, pero hizo lo que pudo por contenerse–. ¿A qué distancia crees que estamos del hotel?

Elise estaría preocupada. Tal vez ya había llamado a la policía. Podría ser que las fuerzas especiales de la policía estuvieran poniendo Dallas patas arriba para buscar al príncipe Alain.

O… Podría ser también que Elise estuviera tan segura y encantada de haber realizado el emparejamiento de siglo que hubiera dado por sentado que Juliet y Finn estaban tan a gusto el uno con el otro que su pupila se hubiera olvidado de llamar. Probablemente Elise aún no se había dado cuenta de que habían desaparecido.

–Solo hay un modo de averiguar dónde estamos. Vamos.

Finn dio un paso al frente, pero las rodillas de Juliet cedieron. Sin perder el aplomo, él la tomó entre sus fuertes brazos. Juliet estuvo a punto de suspirar ante aquel gesto tan caballeroso.

Desgraciadamente, él seguía siendo el mismo de antes. Testarudo y obstinado. ¿Cómo había podido pensar que podría casarse con él, aun con la excusa de querer cambiar la política de Delamer desde el interior?

Finn la depositó con facilidad sobre el cobertor azul de la cama y le colocó con firmeza una mano en el hombro para que no se pudiera levantar.

–Son las primeras horas de la tarde, si nos podemos guiar por la luz que entra por la ventana. Probablemente llevamos cautivos unas dieciocho horas. Seguramente las fuerzas armadas de Delamer vienen de camino ya

para ayudar a las autoridades locales. Quédate aquí. Yo iré a ver qué puedo averiguar.

–No eres el jefe por ser hombre.

–No estoy tratando de ser el jefe –replicó él frunciendo el ceño–. Estoy tratando de impedir que te rompas la cabeza. Si crees que puedes andar, vente conmigo.

Con un exagerado ademán, señaló la puerta.

Juliet decidió que no le quedaba más remedio que hacerlo, aunque solo fuera para demostrar que su alteza estaba equivocado. Lentamente, se puso de pie y fue dando pequeños pasos muy hacia la puerta.

Esta se abrió con facilidad, a pesar de que Juliet hubiera jurado que estaría cerrada con llave. Al otro lado, había un pasillo completamente vacío.

–Vamos.

Ella había dado un paso para atravesar el umbral cuando Finn se colocó delante de ella como si fuera su propio chaleco antibalas. Juliet hizo un gesto de desaprobación con los ojos. Por supuesto.

–¿Es que no tienes ni pizca de sentido común? –le espetó él–. Estamos en una situación muy peligrosa.

Si los secuestradores hubieran querido hacerles daño, ya lo habrían hecho. Finn era mucho más valioso para ellos vivo que muerto.

–Si hay algo peligroso acechando por estos pasillos, te va a dar a ti primero. Entonces, ¿quién me protegerá a mí?

–¿Qué te hace estar tan segura de que yo perdería? –susurró él mientras salía del dormitorio sin hacer ruido.

Siempre se movía con gestos muy elegantes, pero aquel modo de actuar, como si fuera un agente secreto, le resultaba más atractivo de lo que Juliet quería admitir. Echó a andar tras de él. Le costaba apartar la mirada del trasero.

–Una cosa. Si los secuestradores tenían tranquilizantes, seguramente tendrán pistolas. A menos que creas que están en esto tan solo por tener la oportunidad de tomar el té con un miembro de la realeza.

–Shh… –musitó él. Se detuvo donde el pasillo terminaba en una gran habitación. Asomó la cabeza para examinar el espacio–. Nadie a la vista.

Se trataba de un acogedor salón, con una chimenea y unos elegantes muebles.

–Esto no es lo que me hubiera imaginado que los secuestradores preparaban para mantener a sus cautivos.

Una espectacular vista del mar se divisaba más allá de unos amplios ventanales. La casa estaba sobre un acantilado desde el que se veía una particular tonalidad de azul que Juliet llevaba grabada en el corazón. Contuvo la respiración.

–Ya no estamos en Dallas –anunció Finn, a pesar de que era evidente–. Si nos han traído hasta el otro lado del Atlántico sin que yo me diera cuenta, esos narcóticos que utilizaron eran cosa seria.

–Estamos en una isla.

Juliet estaba en casa. En el Mediterráneo, cerca de todo lo que amaba. Había navegado lo suficiente por aquellas aguas para reconocer las colinas

que se erguían tras la ciudad y el paisaje costero.

En casa. Nunca habría imaginado que volvería a verla. Las suaves olas del agua. Los ávidos pájaros. El cielo adornado de blancas nubes. Todos los matices poéticos del mar le inundaron el pecho y se lo apretaron con fuerza. Estuvieron a punto de arrancarle un sollozo.

–Sí –afirmó Finn mientras se acercaba a la ventana para mirar la línea costera que se veía en la distancia.

–A unas dos millas de la costa de Delamer hay, no sé, al menos cuatro o cinco islas en este cuadrante. Desde el suelo resulta difícil saber en la que estamos.

–No puede haber más de un puñado de personas que tengan casa en estas islas. Debería ser bastante fácil averiguar quién nos ha secuestrado –comentó ella sacudiendo la cabeza–. Desde luego, nos han secuestrado los más ineptos de todos. Nos han traído a nuestra propia casa.

–Ineptos… o muy listos. ¿Quién pensaría en buscarnos aquí? Se supone que los dos estamos en Dallas.

–Sí… en eso tienes razón.

–Además, como nos han dejado en una isla no tienen por qué quedarse aquí –dijo Juliet–. Es muy difícil que nos podamos escapar si nos han dejado sin teléfono móvil.

–Sí. Estoy seguro de que los secuestradores se han asegurado bien de llevarse todos los aparatos con acceso al mundo exterior.

Finn abrió la puerta corredera. Inmediatamente, la brisa del Mediterráneo inundó la estancia y embriagó a Juliet con su aroma marino. Lo había echado tanto de menos…

Salió con Finn al patio, que contaba con muebles de bambú y una chimenea exterior. Los gritos de las gaviotas eran para ella como escuchar su canción favorita por primera vez en mucho tiempo. Había lugares mucho peores para estar cautiva que una casa sobre un acantilado con vistas al Mediterráneo durante los primeros meses de verano.

Sin embargo, estaban cautivos de todos modos.

Finn agarró con fuerza la barandilla de hierro forjado que rodeaba el patio y se asomó.

–El embarcadero está vacío –anunció, tal y como era de esperar.

–Tal vez haya una canoa o algo en el almacén de la que se hayan podido olvidar los secuestradores.

–Deberíamos echar un vistazo. Sigo sin estar convencido de que estemos solos –comentó él–. ¿Por qué nos iban a dejar sin supervisión en lo que es esencialmente un lugar de vacaciones? Nada de esto tiene sentido.

–Lo del secuestro no tiene mucho sentido. ¿Acaso esperan con secuestrarte a ti, y a mí por añadidura, poder provocar cambios en las políticas del rey?

Ni siquiera cuando estaba más hundida por la muerte de Bernard se le habría ocurrido a ella poner en riesgo la vida de otro ser humano para conseguir cambios políticos.

–Lo normal es que nos hubieran secuestrado para pedir un rescate –dijo Finn–. No todo el mundo busca provocar cambios políticos, ¿sabes? No obstante, me resulta simpático que inmediatamente hayas sacado la

conclusión de que el motivo que nos ha traído hasta aquí es político.

Ella se tensó. ¿Por qué no le había dicho también ingenua ya que se había puesto a hablar de ella?

–No tienes que burlarte de mí. Veo que no estás de acuerdo conmigo.

–No me estoy burlando de ti. Hablaba muy en serio. La pasión que tienes por tus principios es una de las cosas que más me gustan de ti.

Finn le colocó un dedo debajo de la barbilla para obligarla a mirarlo. Ella se lo permitió, aunque echó la culpa a su cerebro aún narcotizado. Sin embargo, ningún tipo de tranquilizantes le impediría sentir el aleteo que sintió en el corazón cuando él le dedicó una mirada líquida, insoldable, hermosa. Lo peor era que parecía que Finn le estaba diciendo la verdad.

Juliet apartó la mirada sin realizar comentario alguno. ¿Qué podía decir al respecto? Era el resumen perfecto de su relación. Finn apreciaba su pasión, pero no sobre lo que ella la experimentaba. Juliet amaba el sentido de la lealtad de él, pero no a lo que se lo había jurado.

Finn apartó la mano y se puso a mirar de nuevo el mar.

Parecía que el círculo vicioso en el que se encontraban no se podría romper nunca. La tristeza volvió a apoderarse de Juliet. Tal vez debería seguir el ejemplo de los secuestradores. Ellos habían mostrado una cruel determinación por alcanzar sus objetivos, fueran estos cuales fueran. Ella debería hacer lo mismo. Por Bernard.

Si eliminaba sus sentimientos de la ecuación, tal vez podría averiguar el modo de conseguir la reforma que quería. Sin embargo, primero debía descubrir la manera de marcharse de aquella isla.

* * *

Finn se entrelazó los dedos en la nuca para no tener que volver a tocar a Juliet. Evidentemente, a ella no le gustaba el contacto. Comprendía por qué: la tormenta de la discusión de la noche anterior aún flotaba entre ambos.

Se había visto obligado a verla dormida, rezando para que se despertara pronto, para que sus captores no regresaran con malas intenciones. No tenía ningún problema en hacerle daño a otros para proteger a Juliet, pero prefería mil veces no tener que hacerlo.

Por suerte, ya estaba despierta, pero sentía un incontrolable deseo de tomarla entre sus brazos para asegurarse de que ella estaba bien.

Juliet se aclaró la garganta.

–Deberíamos separarnos para registrar la casa.

–¿Estás loca? ¿Por qué diablos crees que te perdería yo de vista?

Juliet frunció el ceño y se recogió el cabello con su propio pelo.

–Porque tenemos que marcharnos de aquí lo más rápido posible y registraremos todo esto antes si lo hacemos separadamente.

–De eso ni hablar –le espetó él–. Si vamos rápido conseguiremos el mismo fin.

Con una mirada de desolación, ella comenzó a bajar las escaleras que llevaban hacia el mar. Lo hacía con velocidad, como si estuviera desafiándole a que la siguiera. Finn la siguió con facilidad hasta que los

dos llegaron por fin a la playa. Sin decir nada, recorrieron la costa rocosa. Finn no dijo nada sobre el hecho de que Juliet fuera descalza. Si ella se hubiera mostrado más cooperadora, se habría ofrecido a buscarle los zapatos, que seguramente estaban en el armario de la habitación donde se habían despertado. No obstante, dudaba que las sensuales sandalias fueran la mejor opción para caminar por la playa.

–Aquí no hay nada –dijo ella mientras se ponía las manos en las caderas.

La brisa le sacaba mechones de cabello del improvisado recogido y hacía que estos le golpearan suavemente el rostro y el cuello.

Al verla, la sangre se le aceleró.

Seguía deseando tomarla entre sus brazos y entregarse al placer olvidándose de todo. Apartó la mirada.

–Nos queda mucho terreno por recorrer. No te rindas todavía.

–No me estaba rindiendo. Estaba evaluando la situación. Deberíamos encontrar algún modo de encender un fuego. Seguramente habrá personas navegando. Además, alguien te habrá sustituido, ¿no? Las señales de humo son una opción más segura que buscar un bote.

–Es una buena idea –mintió él.

Jamás funcionaría. Todo el mundo sabía que las islas que estaban frente a la costa de Delamer eran propiedad de gente muy rica e influyente. ¿Quién se entrometería en el dominio privado de otra persona para investigar lo que supondrían que era una fogata en la playa?

Sin embargo, aquello sin dudas era mejor que no hacer nada.

Regresaron al patio y entraron en la casa. Se dirigieron a la cocina para buscar cerillas o un encendedor.

Juliet asomó la cabeza desde la alacena.

–Bueno, si no nos rescatan pronto, al menos no nos moriremos de hambre. Ven a ver esto. Aquí hay suficientes provisiones para alimentar a todos tus compañeros guardacostas durante un mes.

Finn se reunió con ella y comprobó que ciertamente las estanterías de la alacena estaban muy bien surtidas. De repente, la curiosidad se apoderó de él. Salió de la alacena y se dirigió al frigorífico.

–Aquí lo mismo. Nuestros secuestradores se han asegurado de que comeremos muy bien.

En el frigorífico había carne, pollo, verduras, leche, mantequilla… Todo estaba muy fresco y los envases sin abrir.

Juliet se acercó a él y examinó el interior.

–Esto me intranquiliza. ¿Cuánto tiempo esperan tenernos aquí?

–Ojalá lo supiera…

La frustración se apoderó de él. Empezó a pensar en las cosas que le gustaría que fueran diferentes. «Ojalá no les hubiera dado la noche libre a Gómez y a LaSalle. Ojalá hubiera invitado a Juliet a cenar en la habitación de mi hotel. Ojalá tuviera tenido cinco segundos más para reaccionar cuando la furgoneta se detuvo…».

Sabía que aquello solo conseguiría ponerle más nervioso.

–¿Por qué no vas a ver si hay cerillas en la chimenea?

Cuanto más lejos estuviera ella, menos podría afectar sus sentidos.

Juliet se marchó y él se metió las dos manos en los bolsillos. Un papel

crujió bajo sus nudillos. Sacó un sobre con el sello del rey en el centro. Un sobre que no tenía en el bolsillo la noche anterior.

Una extraña sensación se apoderó de él.

Deslizó un dedo bajo el sello y sacó una página doblada. Tal y como sospechaba, el papel llevaba una nota escrita del puño y letra de su padre.

Siento las molestias que os estoy causando, pero un suceso inesperado me ha llevado a revaluar la situación. La familia Villere está consiguiendo volver la opinión pública en mi contra. Por eso, espero que utilices bien el tiempo que te estoy dando con Juliet. Arregla las cosas con ella y utiliza tu relación para influirle a ella y a su familia para que dejen de inflamar a la gente con su campaña política. Cásate con ella y asegúrate de que queda claro que la familia Villere está al lado de la corona. Es la unión más beneficiosa para todo el mundo.

Por fin, Finn sabía por qué no había tenido noticias de su padre sobre las fotografías que se tomaron en la fiesta de Elise. El rey había preparado el secuestro.

Finn sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Así se explicaba que sus captores los hubieran dejado en un paraíso sin supervisión alguna. Era una reclusión forzada para que Finn tuviera la oportunidad de seducir a Juliet y conseguir que ella se alineara con él en vez de con su familia. El secuestro le permitía reclamar su inocencia en lo ocurrido y, además, les daba la posibilidad de unirse más para soportar las circunstancias.

Era una picardía muy ingeniosa. Y una locura.

Finn arrugó el papel en la mano. Su padre había ido demasiado lejos. Habían drogado a Juliet y le habían hecho sentir miedo. ¿Para qué? Para que Finn pudiera realizar un milagro y convertirla en una defensora de la corona. Si eso fuera posible, Finn lo habría hecho hacía un año.

–He encontrado las cerillas –dijo ella alegremente desde el salón.

Las cerillas eran ya innecesarias dado aquel nuevo desarrollo de la situación. Nadie los estaba buscando. Nadie se fijaría en un poco de humo que proviniera de aquella isla. Finn estaba seguro de que se trataba de la Île de Etienne, en la que Alexander y Portia eran dueños de la única vivienda que ocupaba el pequeño trozo de tierra. Aquella jaula de oro era el nido de amor del heredero y de su esposa. Por eso Finn no había ido nunca hasta allí.

¿Significaba eso que su hermano formaba también parte de aquel complot? ¿Estaban esperando todos los miembros de la familia real a ver cómo Finn se ocupaba de aquella situación?

El mejor modo de combatir la táctica del rey era decirle a Juliet qué era exactamente lo que estaba pasando.

–Un fuego no nos va a ayudar, Lisa. Tienes que…

–No. Escúchame tú a mí –replicó ella–. No lo sabes todo porque estés en el ejército. Puedes sentarte si quieres y esperar a que se presenten esos tipos, pero yo no voy a hacerlo. Quiero irme a mi casa.

Con eso, ella se dio la vuelta y salió de la cocina. Su hermoso trasero hacía menear muy sensualmente el vestido amarillo. La fuerza con la que

cerró la puerta corredera para salir al exterior resonó por toda la casa.

Finn se sentó en un taburete y se agarró la cabeza entre las manos. ¡Qué mujer más obstinada y testaruda! Esas cualidades le habían causado un inconmensurable dolor hacía un año y sería un idiota si volvía a repetir.

Lo último que quería hacer era salir tras ella. Lo único bueno de aquella situación era que no tenía que hacerlo. Al menos, la nota del rey le aseguraba que no había peligrosos delincuentes que pudieran regresar en cualquier momento para hacerles daño.

Se levantó. Decidió que no formaría parte activa en aquel engaño y que no se casaría con Juliet para influir en ella y hacer que se volviera contra su familia. Sus diferencias solo se resolverían de verdad si ella lo escogía de buen grado.

Y eso no estaba ocurriendo. Era demasiado testaruda y seguía poseyendo la capacidad de enfurecer a Finn.

Salió al exterior decidido a decirle a Juliet lo que había hecho el rey. Después, podrían trabajar juntos para escapar de aquel ridículo plan.

El humo surgía de entre las rocas. Se asomó y vio que Juliet estaba quemando una de las sillas del patio. Al futuro rey le faltarían algunos muebles cuando estuviera en la isla, algo que se merecía por haber accedido a prestar la casa para el descabellado plan de su padre.

–¿Has conseguido algo? –le preguntó Finn.

–Sí. ¿Acaso no ves que las fuerzas armadas de Delamer ya están desembarcando en la playa? –replicó con sorna–. No debes de ser tan importante como crees, dado que nadie ha venido aún a rescatarnos.

En realidad, Finn era más importante de lo que había pensado, razón por la cual los dos estaban en aquella situación.

–Traté de decirte que encender un fuego no serviría de nada.

–Pues a ver si se te ocurre a ti un plan que funcione, listo.

Finn abrió la boca para contarle la verdad. Sin embargo, algo, no supo bien qué, le hizo cambiar de opinión.

Él era importante. Más de lo que había pensado. Tenía en sus manos el futuro de Delamer. Su hermano no podía hacerlo. Y tampoco su padre. Solo Finn tenía la capacidad de conseguir que Juliet y su familia dejaran de atacar al rey y al ejército de Delamer.

Finn, el segundón, no era después de todo tan inútil.

El rey era más inteligente de lo que Finn había pensado. Si le decía a Juliet que el rey estaba implicado en el secuestro, echaría más leña al fuego. ¿Quién sabía lo que sería ella capaz de hacer entonces? El objetivo era conseguir que ella dejara de hablar mal de su familia, no empeorar la situación.

Además, si Finn no hacía lo que su padre le había pedido, el rey podría encontrar otro modo de ocuparse del problema de Juliet y de su familia, un modo que podría terminar destruyendo sus vidas.

Finn tenía todos los ases en la manga. Si hacía lo que su padre le había pedido, salvaría a su país y volvería a tener a Juliet en su vida y en su cama. Sin embargo, nunca en su corazón. Esa parte de la relación había terminado.

Juliet miró hacia el mar con el rostro preocupado.

–Estoy elaborando un plan –le dijo él.

Era cierto, pero no se trataba de un plan de rescate. Se trataba más bien de un plan de seducción. ¿Podría de verdad sacarlo adelante?

Miró a Juliet y se sacó la nota del bolsillo del pantalón para arrojarla al fuego. El papel se arrugo, ennegreció y empezó a arder.

Ojalá sus recelos sobre la tarea que tenía entre manos pudieran destruirse tan fácilmente.

# Capítulo Cinco

Finn tosió por culpa de un poco de humo.

–Bueno, propongo que regresemos a la casa y comamos algo. Hablaremos de lo que vamos a hacer a continuación cuando nos hayamos recargado las pilas.

Juliet se cruzó de brazos y le miró a los ojos.

–Deberíamos quedarnos aquí, junto al fuego. Si viene alguien, podrían apagarlo y marcharse sin darse cuenta de que hay cautivos en la casa.

Finn contuvo un gruñido. Por supuesto, ella seguía preocupada por el rescate y, a menos que él le diera alguna pista de lo que ocurría en realidad, continuaría haciéndolo. Sin embargo, aún no se lo podía decir, al menos hasta que averiguara lo que él quería hacer.

–Está bien. En ese caso, iré a preparar algo y lo traeré aquí. Tomaremos un picnic en la playa.

Ella lo miró con sospecha.

–No sabes cocinar.

–No estoy hablando de una comida completa. ¿Bastará un bocadillo para tu delicado paladar?

–Claro –respondió ella con una ligera sonrisa. Entonces, se dejó caer sobre una roca–. Aquí te espero.

Furioso, aunque no sabía muy bien con quién, Finn untó de mantequilla de cacahuete y mermelada unas rebanadas de pan y envolvió los bocadillos en servilletas. Aquella situación le molestaba. La comida no iba a conseguir suavizarla.

Tras colocar la comida en una bandeja, junto con un par de vasos de agua, regresó junto al fuego. Desgraciadamente, no había conseguido encontrar una solución que apaciguara su conciencia.

–Cómete el bocadillo. Después, comenzaremos a hacer fuegos alrededor de todo el perímetro de la isla –le dijo él–. Estoy bastante seguro de que esta es la Île de Etienne. Si conseguimos que alguien se fije, ver varios fuegos le hará venir a investigar.

Juliet levantó las cejas y, tras tomar un sorbo de agua, dijo:

–Es una idea genial. Gracias por el bocadillo.

Finn asintió y se metió el bocadillo en la boca. Cuando antes terminara, antes podrían marcharse de allí. Nadie le había dicho que tenía que esperar a que su padre fuera a recogerlos. Podría buscar su propio rescate. Así, no estaría a expensas del alocado plan del rey ni le tendría que contar a Juliet lo ocurrido y dañar más aún de ese modo las relaciones con la familia de ella.

Mientras tanto, si podían encontrar la manera de estar juntos sin pelearse continuamente, algo que dudaba, el matrimonio no sería una

posibilidad tan lejana.

Los dos subieron la escalera hasta llegar al patio y arrojaron a la playa todos los objetos de madera que pudieron encontrar. Por lo que a Finn se refería, Alexander le podría pasar la factura a su padre.

El acantilado rodeaba la mitad del perímetro de la isla y luego bajaba gradualmente hasta el nivel del mar en el lado sur, que miraba hacia África. Sin embargo, los dos estuvieron de acuerdo en que tendrían más posibilidades si colocaban los fuegos en la costa más cercana a Delamer. Los barcos de pesca y de mercancías pasarían por la mañana. Si los fuegos no generaban ningún interés por ese lado, centrarían los esfuerzos en el sur a la mañana siguiente.

El primer fuego estaba situado cerca de la escalera, por lo que empezaron a extender los montones de madera a lo largo de la costa norte. Se coordinaban perfectamente, sin necesidad de hablar. Juliet parecía leerle el pensamiento a Finn a la hora de amontonar la madera para que él pudiera encenderla después.

Finn tenía una extraña sensación de *déjà vu,* de que el año anterior había sido una horrible pesadilla de la que se había despertado suspirando de alivio porque Juliet y él estaban juntos y seguían enamorados. Seguían siendo felices.

Al mismo tiempo, el dolor de la traición de ella le oprimía el pecho, justo en el lugar donde se suponía que tenía que estar el corazón. La protesta había ocurrido y ellos ya no estaban juntos.

Finn no disfrutaba nada de aquella paradoja.

El improvisado recogido que Juliet había hecho con su cabello se había soltado hacía tiempo. Las mejillas se le habían ruborizado bajo el sol de la tarde. Ella no se quejaba, pero Finn se apostaba algo a que tenía cortes en los pies.

Así era el modo en el que ella lo desafiaba: con una fuerza silenciosa que Finn tan solo podía admirar y esforzarse por emular.

–Deja que termine de colocar estos fuegos. ¿Por qué no regresas a la casa? –le sugirió él después de un rato.

–¿Para qué? –le preguntó ella mirándole por encima del hombro mientras se dirigía hacia el siguiente fuego, que harían de una mesa auxiliar.

–Para que puedas descansar. Date un largo baño caliente. Estoy seguro de que podrás encontrar algo de música que poner en el cuarto de baño. Te estás quemando con el sol y no hacen falta dos personas para preparar estos fuegos. No te preocupes. Si viene alguien, me aseguraré de que no nos marchemos sin ti.

Ella se detuvo en seco y los dos estuvieron a punto de chocarse. Finn extendió las manos para sujetarla, pero ella se dio la vuelta. Le interrogó con una mirada brillante y curiosa.

–¿Te acuerdas de que me gusta escuchar música mientras me estoy dando un baño?

La esperanza que había en el tono de su voz despertó algo en el pecho de Finn.

–Lo recuerdo todo de ti.

A Finn no le había importado nada más que estar con ella: ni las obligaciones de su puesto, ni su trabajo, ni su familia… Todo había quedado en un segundo plano.

Quería recuperar aquellos momentos. Quería olvidarse del escándalo y disfrutar del paraíso que los rodeaba.

Tal vez el matrimonio no estaba sobre la mesa, pero el romance sí.

La respiración de ella había cambiado ligeramente. El deseo nublaba su expresión. Como si Juliet hubiera leído sus pensamientos. El deseo se apoderó también de él.

De repente, Juliet ocupó el espacio de Finn. Sus labios se encontraron, dudando, rozándose. Entonces, cerraron con firmeza el espacio que los separaba.

Juliet se apoderó de él, inundándolo de necesidad. Finn le colocó las manos en la mandíbula para agarrarle la cabeza, poder profundizar el beso y saciarse del fuego que ardía en la boca de Juliet. Ella gemía contra sus labios, acrecentando la presión del deseo que él tenía en su cuerpo.

Le deslizó una mano por la espalda para cubrir el dulce trasero, moldeándolo a su cuerpo. Entonces, le levantó el vestido para poder sentir su piel. Era como la seda… Gruñó y ciegamente hizo ademán de agarrarle el bajo para quitárselo por completo. Cuando estuvo preparado, se detuvo unos segundos para darle a ella la oportunidad de detenerle, buscando la respuesta a la pregunta que flotaba en el aire.

Con el aroma del mar, del fuego y de Juliet engulléndole los sentidos, Finn rezó para que la respuesta fuera afirmativa.

El peso y la presión de los maravillosos labios de Finn sobre los suyos debilitó profundamente a Juliet. Finn pareció notarlo y la estrechó con fuerza, sujetándola contra su cuerpo.

Toda la ansiedad y el miedo que había sentido desde que se despertó en una cama extraña desaparecieron. Finn estaba allí, con ella. No importaba nada, tan solo perderse en las sensaciones de la brisa del mar y de él. Todo era muy fácil. Sin esfuerzo, como siempre había sido entre ellos.

Ningún otro hombre la había hecho nunca sentirse como él. Era como si una poderosa marea le recorriera el cuerpo y lo electrificara al insuflarle energía en la sangre.

Tenía ya el vestido subido hasta la cintura. Los dedos de él le acariciaban la carne, rozándole los muslos y el vientre. Sí… Ansiaba sentir las manos de Finn por todas partes.

A medida que el beso fue alargándose, su corazón subió hasta lo más alto.

Para luego caer en picado.

No podía dejar que Finn la afectara de aquel modo. No se trataba de una segunda oportunidad. Ya lo había intentado en la cena de la noche anterior y no había funcionado.

Se apartó de él con un esfuerzo increíble, sacudió la cabeza y se volvió a colocar el vestido.

–Mmm, tenemos que…

Finn la soltó y señaló la casa con la cabeza. Su rostro carecía por completo de expresión.

–Ve dentro. Yo terminaré aquí.

–No. No me voy a dar un baño cuando puedo colaborar en el rescate.

–En ese caso, regresa a la casa y mira a ver si puedes acceder a Internet a través de la televisión. Estoy seguro de que he visto también una consola de juegos. Prueba con las dos cosas.

–A sus órdenes, teniente –le dijo ella saludándole al estilo militar para ocultar el alivio que le producía tener la excusa perfecta para alejarse de él. Y no volver a besarlo.

Tenía que mantener la cabeza fría y centrarse en la huida, no en el hormigueo que sentía en sus partes más femeninas y su alma femenina tan solitaria.

Lo dejó en la playa y subió las escaleras cojeando para llegar a la casa. No podía dejar de pensar en el beso. Después de la cena, los dos habían estado de acuerdo en que no podían ser pareja. De algún modo, ella le había enviado las señales equivocadas o los dos se habían visto presa de la pasión del momento, como dos supervivientes en una película de desastres, atraídos inexplicablemente el uno al otro a pesar de las duras circunstancias.

Sin embargo, cuando él la besaba, se olvidaba de todo.

Tenía que marcharse de aquella isla, lejos de él. Sería lo mejor para los dos.

La televisión no tenía conexión a Internet, pero sí tenía un servicio de cable que ofrecía más de trescientos canales. Buscó uno de noticias para ver cuánta importancia se le estaba dando a su desaparición.

Después de comprobar durante quince minutos que no se mencionaba la desaparición del príncipe de Delamer, Juliet se rindió. Todavía no se había dado cuenta nadie de que había sido secuestrado. ¿Qué clase de secuestradores esperaban tanto tiempo para dar publicidad a sus exigencias?

Tal y como había dicho Finn, había también una Wii en la estantería, pero quedaba algo oculta en la parte posterior. Solo la aguda visión de él como piloto de helicóptero podría haberla visto allí. La encendió, pero, a pesar de intentarlo muchas veces, no pudo conectarla a Internet. Los secuestradores habían sido bastante concienzudos. No obstante, la consola tenía tantos juegos que no sufrirían aburrimiento alguno en aquella jaula de oro.

Tras lanzar un suspiro, apagó la consola y se pasó varios minutos abriendo puertas y cajones para buscar un portátil o un móvil, algo que pudiera utilizar para contactar con el exterior y pedir ayuda.

La puerta de acceso al patio se abrió y se cerró, anunciando el regreso de Finn.

–¿No debería quedarse uno de nosotros en la playa por si viene alguien? –le preguntó ella–. Si no quieres volver tú, lo haré yo.

No quería estar en la misma habitación que él, sobre todo cuando tenía un aspecto tan delicioso y salvaje por haber estado a merced de los elementos.

–Se está haciendo tarde –dijo él mientras se remangaba–. Dudo que haya nadie navegando. Si nos ve uno de mis compañeros, aterrizará en el lado sur para investigar. Te aseguro que no podríamos pasar por alto el ruido de las aspas de un helicóptero. Creo que nos podemos quedar en la casa.

Torpemente, se dirigió hacia el sofá y se dejó caer sobre él.

–Creo que deberíamos pensar en la cena.

–Una ducha tampoco estaría mal.

–¿Me estás sugiriendo que necesito una? –bromeó ella.

Le resultaba tan natural bromear con Finn cuando, en realidad, ser víctima de un secuestro no tenía nada de gracioso.

La sonrisa que él le dedicó no consiguió aliviar la consternación de Juliet.

–Yo necesito la ducha, si me quieres acompañar, no tengo ningún problema.

Juliet no puedo evitar pensar en el cuerpo desnudo de Finn, con el agua cayéndole por los fuertes músculos mientras se enjabonaba.

–Ah… –susurró. Cerró los ojos para parpadear, pero no le ayudó. Las imágenes eran cada vez más eróticas–. Gracias. Me encuentro bien.

Finn soltó una carcajada como si hubiera adivinado la dirección de los pensamientos de ella.

–Yo me voy a quedar con el dormitorio que hay al final del pasillo. Tú puedes quedarte con el que viste cuando te despertaste. Hasta dentro de un rato.

Instantes después de que Finn se marchara, se escuchó el agua corriendo por las tuberías. «No voy a pensar en Finn desnudo. No voy a pensar en Finn desnudo», se repetía ella mentalmente mientras se levantaba del sofá para ir a ocuparse de la cena.

Sin mucha energía, examinó el frigorífico y luego la alacena. No encontraba inspiración. Se había pasado dos meses de horas de entrenamiento para ser la perfecta esposa con Elise y Dannie, tiempo que incluía muchas sesiones en la cocina. Elise le había explicado que las esposas perfectas sabían mucho más que cocinar. Conocían los ingredientes, cómo emparejar la comida y el vino…

Ciertamente, algo había aprendido, pero no parecía capaz de sacar información alguna de su cerebro. En vez de tratar de pensar, se decantó por una pechuga de pollo. Parecía fácil meterla en el horno y cocinarla a… cierta temperatura. Siempre le había confundido la conversión que tenía que hacer en los Estados Unidos entre grados Celsius y grados Fahrenheit. Y allí estaba en Europa, utilizando de nuevo los Celsius. Aquello era suficiente como para empujarla a tomar una copa.

Le pareció un buen plan. Fue a buscar en la bodega, que estaba junto a la cocina. Comprobó que estaba plenamente equipada con vinos que ni siquiera ella conocía, pero que imaginaba que eran especiales y muy caros. Eligió un burdeos y esperó que a los secuestradores les diera un ataque al corazón cuando se dieran cuenta de que faltaba la botella del reserva de treinta años.

Regresó a la cocina y se sirvió una copa del tinto. Comenzó a canturrear mientras colocaba el pollo en la bandeja con una mano y bebía con la otra.

–Eso sí que es bonito de ver. Estás canturreando una cancioncilla muy alegre.

Juliet miró por encima del hombro. Finn estaba en la puerta de la cocina, con un hombro apoyado contra la pared. Aún tenía el cabello húmedo de la ducha. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta azul marino, que le sentaban a la perfección.

–¿Los secuestradores han traído tu equipaje? –preguntó ella extrañada–. ¿Han traído también mis cosas?

El vestido amarillo había adquirido la tonalidad de un linóleo de diez años. Una larga mancha marrón de algo que no era capaz de identificar le ensuciaba la falda.

–Me temo que no –respondió él con una resplandeciente sonrisa–. Encontré esta ropa en el armario que hay en mi dormitorio. También hay ropa de chica, así que te he dejado algo sobre la cama. ¿Qué estás preparando?

–Pollo.

–¿Y qué más? –preguntó él tras una pequeña pausa.

–¿Es que tiene que haber más?

–Es que me muero de hambre… ¿Qué tal un poco de pan o…? –sugirió él mientras rebuscaba en el frigorífico y sacaba una lechuga–. ¿Una ensalada?

–Puedes contribuir con lo que quieras a la cena. Toma un poco de vino –le ofreció ella magnánimamente–. Es un burdeos. Hay que aprovecharse de la hospitalidad de nuestros secuestradores.

–Perfecto. Alexander siempre está hablando de los méritos de esa bodega. Veamos si tiene razón.

Se sirvió una copa de vino y comenzó a trabajar en la cocina junto a Juliet. Sirvió ensalada en boles y cortó trozos de pan de la barra que había sacado de la despensa.

Ella fingía no observarle, pero… ¿Por qué un hombre resultaba tan sexy en la cocina? Tal vez solo era Finn, con su fluida elegancia y su hermoso y musculado trasero que aquellos pantalones prestados hacían resaltar como si se hubieran diseñado para hacer soñar a las mujeres.

El temporizador del horno sonó y la ayudó a salir de una fantasía solo apta para adultos que tenía como protagonistas la encima, el vestido amarillo subido hasta las caderas y los vaqueros de Finn en el suelo.

¿No se suponía que no debía pensar en él desnudo?

Emplató todo rápidamente para que Finn no se diera cuenta de la pícara sonrisa que tenía en el rostro y se sentaron a cenar. La espectacular puesta de sol encendía el cielo de Occidente y casi consiguió que la cena con su antiguo amante fuera soportable.

Finn charlaba sobre nada en particular y ganó puntos por no mencionar el pollo seco e insípido que tenía en el plato. Además, a Juliet le daba la sensación de que le habían explicado que el pollo y el vino tinto no van bien juntos, algo que alguien que asistía con regularidad a cenas formales con jefes de estado seguramente conocía. Finn no se le insinuó ni flirteó con ella.

Tal vez no era tan malo verse encerrada allí con él.

–Es la segunda noche seguida que cenamos juntos –comentó ella. Inmediatamente, deseó no haber pronunciado aquellas palabras. No quería que él pensara que le gustaba la idea.

–Sí –respondió él tras dedicarle una larga mirada que, sin duda, significaba que había interpretado la observación que ella acababa de hacer del modo equivocado–. Solíamos comer juntos siempre…

–Bueno, esperemos que sea la última vez –dijo ella–. No lo digo porque seas un compañero de mesa terrible, sino porque espero que nos rescaten pronto.

–Sabía a lo que te referías –comentó él mientras tomaba un bocado–. Cuando estés en tu casa, ¿piensas quedarte?

–En realidad no lo he pensado…

–Le podrías pedir a Elise que te buscara una pareja diferente –sugirió. Dejó el tenedor y comenzó a beber un poco de vino–. Es decir, si aún quieres encontrar un esposo en los Estados Unidos.

–No.

Resultaba sorprendente, pero cierto, a pesar de no haber tomado ninguna decisión consciente al respecto. El hecho de que huyera de Delamer había sido provocado por el falso anuncio de compromiso de Finn. Había optado por una huida cobarde, y eso ya no iba con ella.

Se apresuró a seguir hablado para que Finn no pensara que aquella decisión tenía que ver con él.

–Estar de nuevo aquí… No puedo volver a marcharme de Delamer, pero no tengo trabajo ni un lugar en el que vivir.

–Eso se resuelve fácilmente –dijo él encogiéndose de hombros–. A la nueva escuela le falta profesorado cualificado. Y estoy seguro de que podría recurrir a algunas personas para encontrarte un apartamento.

–¿Y por qué ibas a hacer algo así?

¿Porque tal vez pensaba que ella iba a darle una segunda oportunidad?

–No seas tan suspicaz. Vi tu cara en la playa. Sé lo que el agua significa para ti. Francamente, me sorprendió que te marcharas –observó él mientras miraba la puesta de sol durante un largo instante–. Convencí a mi padre para que construyera esa nueva escuela. Por ti.

Juliet estuvo muy cerca de derramar la copa de vino.

–¿Cómo has dicho? Eso no es verdad. La antigua escuela estaba saturada. Todo el mundo lo sabe.

–Sí, pero llevaba saturada mucho tiempo y nunca se había hecho nada al respecto. ¿Cómo crees que se convencieron los poderes públicos de que una nueva escuela era vital para el futuro de Delamer?

Juliet recordó la foto en la que él cortaba la cinta y el beso de la niña. El príncipe Alain había cortado la cinta porque fue él quien hizo posible la escuela.

–Nunca dijiste nada. Yo me había estado quejando del tamaño de las clases desde que nos conocimos.

La mirada azul de Finn capturó la de ella. Juliet no pudo apartar el corazón de aquellas profundidades.

–Era una sorpresa. Quería asegurarme de que el proyecto iba a salir adelante antes de mencionarlo. Ocurrió cuando nos separamos.

–Yo no… pero eso significa… –murmuró ella. El cerebro y la lengua parecían estar funcionándole independientemente–. ¿El rey se oponía y tú lo convenciste?

–No se oponía. Ya sabes lo caro que resulta construir en Delamer, dado que se tienen que importar todos los materiales de construcción. Una escuela no estaba a la cabeza de la lista de prioridades. Yo le ayudé a darse cuenta con toda la munición que tú me diste durante las veces que hablamos al respecto. Me resultó fácil.

–¿Y lo hiciste por mí? –susurró ella.

–Por ti y por mi pueblo. Si no hubiera pensado que era necesario, no habría apoyado la idea. Sin embargo, Delamer necesita niños preparados que crezcan y se conviertan en miembros productivos de la sociedad. Que nos ayuden a competir en un mercado global en el que habrá cada vez más oportunidades. Tenemos que empezar ahora si queremos que Delamer siga siendo relevante.

Juliet jamás había dicho nada de todo aquello. Su principal consideración había sido hacer bien su trabajo y asegurarse de que los niños tenían el mejor ambiente posible para aprender. Finn había sacado sus propias conclusiones, creando una imagen más amplia que ella no se había parado a considerar.

Juntos habían conseguido algo que merecía la pena. Por supuesto, ella no había participado activamente, pero… ¿Y si había hecho más de lo que esperaba? ¿Cuánto más podrían conseguir los dos juntos?

Resultaba evidente que Finn la había escuchado y que no le importaba defender una causa cuando creía en ella. Por algún motivo, no había creído en las súplicas que ella le había manifestado sobre la reforma del ejército. ¿Por qué no?

Sin embargo, preguntar podría proporcionarle respuestas que no le gustaban. Ninguna razón que él pudiera darle tendría más sentido que la anulación de la ley del servicio militar obligatorio. Creer en las razones que él pudiera darle sería una traición para la memoria de Bernard, algo que ella no aceptaría nunca.

En lo más profundo de su ser, ella se preguntó en secreto si la muerte de su hermano había sido culpa suya. En una familia de seis, era responsabilidad de Juliet como la mayor de todos ayudar a los demás. Se había pasado mucho tiempo con su hermano, pero, evidentemente, no le había enseñado lo suficientemente bien como para permanecer vivo.

Sus padres lloraban la pérdida de su único hijo seguramente más de lo que ella podría nunca imaginar. Se habían apoyado en ella para asegurarse de que ningún otro miembro de la familia sufriera el mismo final. La mirada de sus ojos cuando les dijo que Finn se negaba a cambiar de opinión la había destrozado para siempre. Después de perder a Bernard y a Finn, se había jurado que no le quedaba nada por lo que sufrir.

Nada podría arreglar lo ocurrido excepto la segunda oportunidad de la que disponía para cumplir el deseo de sus padres y llevar a cabo lo que esperaban de ella. De algún modo, tendría que persuadir a Finn para que eliminara el servicio militar obligatorio en honor de Bernard. Las razones que Finn hubiera podido tener para no hacerlo en un principio eran

completamente irrelevantes.

Aunque esas razones la condujeran de nuevo a los brazos de Finn.

# Capítulo Seis

El día siguiente amaneció sin progreso alguno ni en el rescate ni en el romance. No es que Finn hubiera esperado mucho en ninguno de los dos sentidos, pero resultaba difícil que su cuerpo asimilara que Juliet estaba durmiendo bajo el mismo techo sabiendo que las posibilidades de que ella visitara su dormitorio en medio de la noche eran nulas.

Lanzó un gruñido y se dio la vuelta sobre la enorme y solitaria cama.

Desgraciadamente, el beso no dejaba de turbar sus sueños. El tacto de la carne, los movimientos de la lengua…

La cena de la noche anterior había sido una tortura, especialmente después de que le confesara que había construido la escuela por ella. El gesto que se reflejó en el rostro de Juliet lo afectó más de lo que hubiera podido imaginar y mucho más de lo que estaba preparado para aceptar.

Había estado a punto de sugerirle que salieran a tomarse el resto del vino al patio con la esperanza de que la velada pudiera dar un giro más apasionado, pero ella se cerró en banda y se excusó para lo que quedaba de noche.

–Buenos días –le dijo Finn alegremente desde su puerta cuando Juliet salió de su dormitorio. Ella tenía profundas ojeras y parecía haber dormido tan mal como él.

¿Porque había estado despierta añorándolo como él a ella, pero había sido demasiado testaruda para admitir que lo deseaba? Finn sabía que le deseaba, a pesar de lo que fuera lo que le había hecho apartarse. Nadie podía besar a un hombre como ella lo había hecho sin que significara algo.

–Es de día. Es lo único que puedo decir al respecto –gruñó antes de alegrar el rostro un poco–. Al menos, me he dado una ducha caliente. Gracias por la ropa.

El jersey y los pantalones eran un poco grandes para ella, pero los llevaba con estilo. El gusto de Portia era bastante conservador, pero era la futura reina y se veía sometida a un escrutinio constante.

–Vamos a desayunar –dijo él–. Luego iré a comprobar la costa sur de la isla. Se me ha ocurrido otra idea para tratar de llamar la atención, pero tengo que ver si funciona.

–Parece prometedor. Y misterioso. Me muero de ganas.

Juliet sacó un par de barritas de la alacena y las untó de mermelada mientras Finn preparaba café. Sacaron todo al patio, junto con unas rodajas de melón. Allí, soplaba una suave brisa que le revolvía el cabello a Juliet. Finn sonrió. El sol de la mañana cubría Delamer con una capa plateada. La vista era maravillosa.

Finn quería tener su propia isla. Cuando regresaran a casa, haría todo lo posible por comprar una. Su futura esposa, fuera quien fuera, estaría

encantada de tener un nido de amor. Desgraciadamente, no se podía sacar de la cabeza la imagen de Juliet en el embarcadero el día anterior, cuando se le soltó el cabello del improvisado recogido. Era como una hermosa criatura marina, demasiado etérea para poder ser capturada.

Se le formó un nudo en la garganta que le impidió tragarse el trozo de pan.

Cuando por fin logró tragárselo, se puso de pie.

–¿Has terminado?

–Sí, si me puedo llevar el café. No me había dado cuenta de lo flojo que es el café en los Estados Unidos –dijo mientras aspiraba con fruición el aroma del café que tenía entre las manos–. ¿Qué es lo que has pensado? ¿Más fuegos?

–No. Piedras. Si podemos encontrar las suficientes, podemos escribir SOCORRO para que se pueda ver desde el aire. Si alguien de la patrulla pasa por aquí, lo verá seguro. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

–Genial.

Ella desapareció en la casa y volvió a salir con una taza tipo termo. También se había puesto un par de botas Timberland de Portia.

–Por cierto, todavía no hemos salido en las noticias. Eso de escribir sobre la arena me parece buena idea, dado que nadie sabe ni siquiera que estamos secuestrados.

Finn debería decirle la verdad, pero, ¿cómo podía hacerlo sin ponerlo todo en peligro? Si los rescataban pronto, se habría soltado del anzuelo.

Se marcharon y pronto tuvieron un buen montón de piedras. Al igual que con los fuegos, trabajaron entendiéndose perfectamente, pero en esta ocasión, Finn prefirió no guardar silencio.

–¿Y si no volvieras a la enseñanza? –le preguntó retomando el hilo de la conversación de la noche anterior–. ¿Crees que podrías ser feliz con otro trabajo?

–Estoy segura de que podría encontrar algo que se me diera bien también.

–¿Por qué no piensas en algo que te gustaría hacer en vez de algo que se te diera bien?

Habían completado de hacer la S, por lo que Finn comenzó a trazar la O. Juliet colocó las dos piedras que tenía en las manos. Entonces, soltó un gemido de protesta,

–¡Ay! –exclamó mientras se examinaba una mano.

–¿Te encuentras bien?

–¡Qué tontería de uñas postizas! –exclamó frunciendo el ceño al ver el hilillo de sangre que le separaba la uña del dedo índice en dos partes–. Se me ha enganchado una entre las piernas y se me ha partido hasta la carne. Ni siquiera sabía que eso podía ocurrir.

–¿Y por qué te las has puesto?

Juliet se encogió de hombros. Pareció olvidarse, de la uña aunque le tenía que doler.

–Me ha dicho que eso es lo que hacen las mujeres. Se supone que tenemos que tenerlas pulidas y bien arregladas.

–No tienes que ponerte uñas postizas para resultar atractiva, ya lo sabes.

–Lo sé. Jamás te importó que yo no fuera muy femenina, algo que siempre agradecí mucho. Supongo que por eso nos emparejó el ordenador de Elise.

En realidad, los había emparejado porque compartían creencias y maneras de ser muy similares. Por eso comprendía que ella se hubiera mostrado tan disgustada e irracional cuando su hermano murió. Si hubiera sido a la inversa y Alexander hubiera sido el que entró en un campo electrificado, Finn habría reaccionado del mismo modo que ella.

Los modales importaban poco comparados con otras cosas, pero si pudiera convencerla de lo equivocada que había estado al adoptar la postura que tomó, la situación de ambos sería muy diferente.

El romance y el matrimonio podrían estar encima de la mesa.

El tiempo curaba las heridas y permitía tener perspectivas diferentes. Tal vez ella podría ver por fin las cosas más racionalmente. ¿Podría Finn dejar de pasar la oportunidad de tantearla? Podría decirle a su padre que lo había intentado.

–Tú nunca has salido en la cubierta del *Aurélien* –comentó él.

–No –respondió ella. Se arrodilló para colocar la siguiente piedra con sumo cuidado.

Esa fue la reacción que ella tuvo al repentino cambio de tema. La tensión de la espalda y los abruptos movimientos le dijeron a Finn que ella había reconocido el nombre del barco donde su hermano murió.

Estuvo a punto de echarse atrás, pero aquello era demasiado importante como para no afrontarlo.

Se sentó junto a ella y colocó las piedras un poco más, a pesar de que ya estaban perfectas.

–Es una fragata de defensa aérea. Estoy seguro de que la has visto desde la costa. Tiene muchos cañones y lanzamisiles sobre la cubierta. Un equipamiento extremadamente complicado y muchos niveles que pueden resultar muy confusos.

–Sí, la he visto.

Juliet no se lo iba a poner fácil. En parte por eso Finn no le había hablado nunca al respecto.

–Repasan el protocolo de seguridad constantemente –dijo. Eligió las palabras adecuadamente, pero sin censurarlas–. Cada soldado tiene la responsabilidad de comprender las reglas y cumplirlas.

–¿Estás a punto de decirme que Bernard no lo hizo? –le interrumpió ella.

–Yo no estaba presente, pero los informes son concluyentes. Entrevistaron a todos los marinos que estaban a bordo en aquellos momentos. No se puede entrar en las salas electrificadas sin la protección adecuada.

–Mi hermano no debería haber estado en ese barco –replicó ella mirándole a los ojos con una expresión desolada en el rostro–. Quería estar en la guardia costera, como tú. Te adoraba. No se cansaba de alabar tus habilidades como piloto ni lo heroicamente que rescataste a un nadador.

Aquello era un golpe bajo. Finn no era un héroe ni nadie que se mereciera adoración.

–El modo de entrar en la guardia costera es cumplir los tres años de servicio militar obligatorio –le recordó él–. Yo también lo hice. Odié cada segundo que pasé como marino, pero te recuerdo, Juliet, que la mitad de Delamer hacer frontera con el mar. Nuestra presencia naval es muy importante, y ahí es donde se necesitan hombres. Nuestra población es muy pequeña. ¿Cómo si no podríamos conseguir los marinos que necesitamos?

–¿Crees que la palabra SOCORRO es suficiente? ¿Deberíamos poner algo más? –preguntó ella mientras se ponía de pie para ir a recoger más piedras.

Finn no sabía si seguir con el tema. Sinceramente, el tema era algo delicado también para él. Había sentido mucha simpatía hacia Bernard. Se había imaginado convirtiéndose en su mentor si el muchacho hubiera llegado a los guardacostas después de cumplir sus tres años.

El sollozo de Juliet le hizo decidirse. La tomó entre sus brazos y la acurrucó contra su cuerpo. Ella se resistió durante unos instantes, pero luego se abrazó también a él. Las lágrimas le caían a Finn sobre el hombro, pero no le importaba.

–Bernard era un tío estupendo. Yo también lo echo de menos.

–Me gustaría dar marcha atrás en el tiempo, ¿sabes? –susurró ella–. Hacer que nunca hubiera ocurrido.

–Lo sé… Fue una tragedia, pero tenemos que seguir adelante con nuestras vidas, cielo.

Juliet se separó de él inmediatamente. Evidentemente, las palabras de Finn no habían sido las adecuadas.

–Seguir con nuestras vidas. Buena idea. Esto ya está –dijo mientras se secaba las pestañas con un dedo–. Tú espera aquí a que pase uno de tus compañeros en sus rondas. Yo iré al norte de la isla para ver si pasa algún barco. Tal vez pueda llamar la atención de alguno.

En aquella ocasión, Finn decidió dejar pasar el tema. Observó cómo ella se marchaba y lanzó una maldición. De algún modo, la dinámica entre ellos se había hecho más complicada. Le daba la sensación de que cuanto más tiempo se quedaran juntos en aquella isla, peor se haría.

Juliet se marchó deseando poder dejar de llorar, pero le estaba resultando imposible.

Al principio, mientras colocaban las piedras, se había sentido en paz con Finn, como si el hecho de trabajar juntos les ayudara a creer que no había pasado nada.

Entonces, él lo había estropeado todo.

¿Por qué había tenido que hurgar en su herida de aquel modo para luego mostrarse comprensivo y ofrecerle un hombro en el que llorar? No fue así después de la muerte de Bernard.

El dolor que sentía en el pecho no se aliviaba, a pesar de que trataba de respirar profundamente mientras contaba hasta cien. Normalmente, eso siempre le funcionaba. Aquel día no.

Tenía que alejarse de Finn permanentemente. Él estaba alterando su

sentimiento de bienestar.
–Vamos, un barco… –musitó.
¿Cuánto tiempo tendría que esperar a que se acercara un barco lo suficiente a la isla como para ver a una mujer solitaria sobre la playa?
–Te he traído un paraguas de la casa.
Ella se dio la vuelta. Finn estaba allí, ofreciéndole un paraguas abierto. El verano era una estación seca en el Mediterráneo. Solo a Finn podría habérsele ocurrido buscar un paraguas. Solo a Finn podría habérsele ocurrido resguardarla del sol mientras Juliet esperaba allí a que se produjera un milagro.
–No te he oído bajar por la escalera –dijo ella.
–Parecías estar muy centrada en tu tarea. Siento haberte asustado.
Juliet sacudió la cabeza y aceptó el paraguas que él le ofrecía.
–Gracias.
–Hace una mañana preciosa, ¿verd…?
–Pensaba que ibas a esperar al otro lado.
–Se puede escuchar un helicóptero desde aquí lo mismo que desde allí. Pensé venir a asegurarme que estabas bien.
–Bueno, como si no pudiera cuidarme yo sola.
–No. Porque estabas llorando –le corrigió él–. No quería disgustarte.
–Estoy bien. Solo estoy cansada –mintió para excusarse–. Estar secuestrada me está pasando factura.
–Sí. Y también la conversación. ¿Acaso era mejor no hablar al respecto?
–No lo sé…
En ocasiones, Juliet quería hablar sobre ello y nadie mejor para comprender la angustia que había soportado que Finn. Él conocía a su familia, sabía que ella había ayudado a criar a Bernard, sabía que ella era la mayor de los seis hijos de los Villere. Su sentido de la responsabilidad por sus hermanos había marcado su vida.
Finn la conocía muy bien. Por eso dolía tanto estar separados.
–¿Qué resolvería hablar de ello?
Finn se encogió de hombros.
–Ayudaría a aliviar la pena. Es algo que no tuve la oportunidad de hacer la primera vez. Quiero estar a tu lado. Permítemelo.
La idea fue creciendo dentro de ella hasta que no pudo reprimir el sí. Aquella había sido la parte más dura del año anterior. No poder recurrir a Finn en la que había sido una de las peores rachas de su vida. Se había pasado mucho tiempo con sus padres, pero ellos se tenían el uno al otro. Sus hermanas estaban sumidas en su propio proceso de duelo y ninguna de ellas había ayudado a criar a Bernard. Habían perdido a un hermano que amaban, pero no era lo mismo que perder a un muchacho al que se había ayudado a moldear y a educar.
No era lo mismo que culparse por no haberle enseñado lo suficiente, que culparse por haber expuesto a un muchacho dulce e impresionable a un hombre como Finn, al que Bernard idolatraba y que le inspiró a seguir sus pasos.
Sin embargo, nadie podía entenderlo. Ni siquiera Finn.
El vacío que Finn había dejado ansiaba aceptar la promesa que él le

había hecho de estar a su lado. Siempre habían estado juntos los dos. Juntos para siempre.

Dos corazones latiendo como uno.

Ella dio un paso atrás y agarró el paraguas con las dos manos. Finn no podía darle la absolución. Ni siquiera podía darle el apoyo incondicional que ella necesitaba desesperadamente. Y entonces, Finn se había tratado de comportar como si Bernard tuviera la culpa por no seguir las reglas.

Se aferró a eso para no volver a caer en brazos de Fin en aquella ocasión.

–Es demasiado tarde para estar a mi lado. De igual modo, es demasiado tarde para nosotros. Hemos terminado, igual que esta conversación.

Finn apretó los labios.

Por fin le había hecho comprender. Ojalá pudiera hacerle entender también que la testarudez de él era lo que se interponía entre ambos. Lo único que tenía que hacer era dejarla a un lado y ponerse a su lado contra su padre, contra el rey.

Si él lo hiciera, Juliet estaba convencida de que eso sería la clave para su mejoría. Le permitiría dejar de culparse.

Desgraciadamente, aquello no iba a ocurrir nunca.

Sorbió por la nariz y se aclaró la garganta.

–No viene por aquí ningún helicóptero y, evidentemente, estamos demasiado lejos para que nos vea ningún barco que salga del puerto de Delamer. La única manera de escapar de esta isla es nadando. Y eso es lo que voy a hacer.

–¿Vas a ir nadando?

–Sí. A la costa. No puede haber más de dos millas si me dirijo directamente al lado francés, a Saint Tropez.

–Nunca en tu vida has nadado una distancia como esa. ¿Qué te hace pensar que lo puedes hacer ahora?

–Claro que soy capaz de nadar dos millas. Lo he hecho muchas veces –replicó ella.

–Hay una gran diferencia entre hacerlo en aguas poco profundas que entre esta isla y Saint Tropez –afirmó él. Entonces, le agarró con fuerza los hombros–. Juliet, estamos en una zona rocosa. Crees que no hay obstáculos, pero estás muy equivocada. Estás hablando de nadar en línea recta en mar abierto.

–Tendré cuidado –insistió ella. Estaba convencida de que era la única opción que tenían.

–No se trata de tener cuidado –replicó él mientras se mesaba el cabello–. Rescato personas en esta agua todos los días. ¿Sabes la razón fundamental por la que no pueden llegar a la costa solos? Porque han sobrevalorado su fuerza contra la corriente.

–Entonces, no crees que pueda hacerlo.

Juliet quería escuchar cómo Finn lo admitía. Quería que él le dijera que no confiaba en sus habilidades y que no se trataba del agua.

–No tiene nada que ver contigo. Se trata de estar a salvo y no correr riesgos innecesarios. Incluso te podría golpear un barco.

–¿Pero qué estás diciendo? Si precisamente la falta de barcos es uno de

nuestros problemas. Al menos si me choco con uno, el barco me vería.

–Te estás tomando este asunto con mucha ligereza, y no deberías. Así muere mucha gente.

Juliet de repente comprendió el verdadero motivo de la preocupación de Finn. Le preocupaba que ella muriera. Y entonces, verdaderamente sería demasiado tarde.

Sintió que se le hacía un nudo en el corazón y estuvo a punto de extender la mano para tranquilizarle.

No quería que fuera demasiado tarde.

Quería encontrar el modo de volver a estar con Finn, reconquistar de nuevo la felicidad de estar enamorada, de compartir sonrisas, de las tardes perezosas… Olvidarse de todo lo ocurrido y seguir hacia delante.

Sin embargo, ella no podía olvidar. Finn y ella eran como dos fuerzas enfrentadas, que se empujaban la una a la otra con toda su fuerza y, al mismo tiempo, sin ceder un ápice de terreno.

Incluso pensar en estar con Finn significaba que tenía que alejarse de él antes de que hiciera algo que no pudiera borrar. Algo de lo que ella se lamentaría.

El paraguas se le cayó de las manos.

–Quedarnos aquí no es una opción. Hemos probado con los fuegos, con las piedras sobre la arena… Todavía no ha venido nadie y los barcos se quedan demasiado lejos. Tenemos que probar otra cosa.

Se recogió el cabello y se quitó las botas, pero Finn le agarró la mano antes de que pudiera meterse en el agua.

–Espera. Estamos a salvo aquí. No hay peligro de los secuestradores. Si fueran a regresar, ya lo habrían hecho. Tenemos mucha comida. ¿Por qué no fingimos que estamos de vacaciones y nos relajamos unos días?

–Estás loco. Somos prisioneros –le espetó ella–. El lujo de la jaula no lo cambia. No me puedo quedar aquí y fingir que todo va bien aunque estemos secuestrados. Enviaré a alguien a por ti en cuanto pueda.

–Juliet, hay algo que necesitas saber –le dijo Finn mientras le apretaba la mano con fuerza para que no se soltara–. No tienes que ir nadando a ninguna parte porque… mi padre está detrás de todo esto.

–¿Detrás de qué? –le preguntó ella con incredulidad. De repente, Juliet lo comprendió todo y se soltó de él–. ¿Del secuestro? ¿Tu padre nos ha secuestrado?

Finn suspiró y se entrelazó los dedos en la nuca, como si necesitara ayuda para mantener la cabeza erguida.

–Sí.

–Espera un momento… ¿Y tú sabías que tu padre era el que nos había secuestrado? ¿Desde cuándo?

–Desde el primer día –admitió él–. Tenía una nota en el bolsillo.

Finn lo había sabido desde el principio y no se había molestado en decírselo. Juliet lanzó una maldición.

–Hemos estado tratando de conseguir que nos rescaten, encendiendo fuegos… Y tu padre sabe que estamos aquí… Nos dejó tirados en esta isla a propósito… ¿Por qué le ha hecho algo tan horrible a su propio hijo? ¿A mí?

–Es complicado… Vio la fotografía que nos hicieron en la fiesta de Elise. Todo ha surgido de ahí.

–¿Está tratando de mantenernos alejados de la prensa? ¿Es que no puede soportar ver fotos de su precioso hijo junto a una extremista como Juliet Villere?

–No se trata de eso, Juliet. Guarda silencio durante cinco segundos y escúchame.

Aquellas palabras terminaron con la paciencia de Juliet.

–¡Deja de darme órdenes! Tú lo has sabido desde el principio. Has tenido oportunidad de hablar. Ahora me toca a mí –rugió ella. Por una vez, Finn cerró la boca y se cruzó de brazos para permitir que ella aireara su frustración–. No entiendo cómo puedes ser hijo de un hombre con la sangre tan fría como el rey. Jamás lo comprenderé. Nos ha puesto en peligro, igual que puso en peligro a Bernard. Estoy cansada de que ni tu padre ni tú veáis el problema. No voy a quedarme sentada esperando a que él realice su siguiente movimiento.

Con esas palabras, se lanzó al agua.

La fría temperatura del agua le cortó la respiración. No importaba. Podría hacerlo. Tenía que hacerlo, aunque no fuera nada más que para demostrarle al rey Laurent que no era capaz de controlarla.

Comenzó a nadar y se fue alejando lentamente de la isla. Brazada, respiración. Brazada, respiración.

Hacía tanto frío…

Se atrevió a mirar atrás y vio que apenas había recorrido unos trescientos metros. Decidió que era mejor no ir comprobando el progreso. Era mejor no saber lo que había recorrido y limitarse únicamente a nadar. Llegaría a la costa opuesta en algún momento.

Notó un pequeño hormigueo que se le extendía desde los dedos hacia las manos. No… Se le estaban durmiendo. Los estiró con cada brazada, esperando así incrementar el flujo de sangre.

Entonces, le dio un calambre en un costado y tragó agua. Comenzó a toser mientras se sujetaba la cintura y trataba a duras penas de avanzar en el agua, con la esperanza de que el dolor desapareciera tan rápidamente como había llegado. No fue así. El calambre volvió a azotarla con fuerza y estuvo a punto de hacer que se hundiera.

El mar que tanto amaba se había vuelto contra ella.

No. El mar era el mismo que siempre. Su estancia en Estados Unidos le había pasado factura y estaba en muy baja forma para nadar en aquellas condiciones.

Las piernas le ardían con el esfuerzo de mantener la cabeza por encima del agua. Apretó los dientes y nadó un par de metros más, pero una ola la hundió bajo el agua y le hizo tragar otra bocanada de agua marina. La tos volvió a impedirle que avanzara, pero insistió.

Cuando consiguió empezar a nadar de nuevo, otro fuerte calambre le sacudió el abdomen. Se dobló por la cintura involuntariamente.

Tenía que regresar.

Se dio la vuelta y comenzó a nadar de nuevo, en aquella ocasión en dirección a la Île de Etienne.

No iba a conseguir llegar. Moriría en el intento, tal y como Finn había predicho.

Comenzó a llorar de arrepentimiento. Tenía tantas cosas de qué arrepentirse. Hacía un semana que no llamaba a su madre. Jamás volvería a ver cómo otro niño formaba sus primeras palabras en inglés. Jamás tendría un hijo propio…

Lo peor de todo era que jamás tendría la oportunidad de decirle a Finn que aún seguía enamorada de él. ¿Por qué se había aferrado a la ira durante tanto tiempo?

Justo cuando pensaba que iba a perder el conocimiento, Finn apareció en el agua, tiró de ella y tras colocársela en la postura adecuada, comenzó a llevarla hacia la costa.

Juliet se quedó inmóvil y se dejó flotar, respirando desesperadamente y tratando al mismo tiempo de expulsar todo el agua posible. No iba a morir. No era demasiado tarde.

# Capítulo Siete

Finn metió a Juliet en la cama en la que él había dormido la noche anterior porque era más grande. Le colocó dos mantas encima, maldiciendo la incapacidad de Alexander para tener un mísero termómetro en toda la casa.

La piel de Juliet ardía. No había duda de que tenía fiebre, pero a Finn le habría gustado saber cuánta y si le estaba subiendo o bajando.

Qué mujer tan testaruda. ¿Por qué había tenido que tratar de llegar nadando a Saint Tropez?

Sabía por qué. Juliet se negaba a creer que él pudiera tener razón, incluso en algo tan importante como si ella sería capaz de derrotar al mar que él conocía tan bien como la palma de su mano.

Había sido su repentina confesión la que la había empujado a hacerlo.

No había tiempo para dejarse llevar por las lamentaciones. Se quitó la ropa mojada en tiempo récord y se vistió con otra seca. Se metió entre las sábanas y observó cómo ella respiraba . Se dijo que tan solo quería estar cerca de ella por si le necesitaba.

Era una mentira.

Después de haber estado a punto de perder a Juliet en el mar, no podía separarse de ella. Le agarró con fuerza la mano bajo las sábanas. Estaba tan débil… El cabello húmedo se le extendía sobre la almohada y Finn deseó haber pensado en secárselo antes de meterla en la cama.

Tenía un aspecto tan frágil y hermoso… Finn no podía soportar pensar en que podía perderla.

El tiempo fue pasando. Una hora. Dos. Juliet se movía ocasionalmente, para luego quedarse completamente inmóvil, hasta el punto de que en un par de veces él se asustó tanto que tuvo que tomarle el pulso para asegurarse de que estaba bien.

Ciertamente, el rey no habría imaginado que su plan saldría de aquel modo en ningún momento, pero Finn estaba furioso con su padre.

Juliet estaba enferma y no tenían modo alguno de comunicar con el mundo exterior para conseguir medicinas o llevar a Juliet al hospital. La incapacidad de poder hacer algo le pesaba más que la fatiga y la preocupación. No había resultado fácil nadar contracorriente y luego además llevar a otra persona a la costa, todo ello mientras se sentía aterrado ante la idea de que Juliet hubiera sucumbido ya a los peligros ocultos del mar.

Cuando el sol empezó a ponerse, el hambre lo obligó a levantarse de la cama. Fue corriendo a la cocina y se comió dos galletas, se bebió dos vasos de agua y regresó a la cama para seguir con su vigilia.

Un tirón de la mano le sobresaltó. Abrió los ojos y, automáticamente,

miró el reloj digital que tenía en la mesilla de noche. Las tres de la mañana. ¿Se había quedado dormido?

Miró a Juliet con la ayuda de la luz del cuarto de baño, que había dejado encendida. Ella parpadeó.

–Hola –susurró él mientras le acariciaba suavemente el rostro. Aún estaba muy caliente, pero tal vez no tanto como antes–. ¿Cómo te sientes?

Juliet se acurrucó sobre la mano de Fin deliberadamente, como si quisiera estrechar más el contacto. Entonces, se lamió los labios y tragó saliva un par de veces.

–Como si alguien me hubiera dejado caer en un volcán.

–Has tenido fiebre. Probablemente se trate de algo de lo que te contagiaste en Estados Unidos y que ha tardado tanto tiempo en dar la cara –dijo él.

Le acarició suavemente la mandíbula. La mitad inferior de su cuerpo de repente necesitó un buen sermón que le recordara la enfermedad de Juliet y lo inapropiado que resultaba sentirse excitado por una mujer que estaba demasiado débil como para poder responder adecuadamente.

Demasiado tarde. Su cuerpo había cobrado vida. El agotamiento y el estrés le habían bajado las defensas de tal manera que ninguna reprimenda surtía efecto. Sufriría de frustración sexual además de todo lo demás. Fantástico.

Esperaba que ella no se diera cuenta.

–Me has salvado –murmuró ella agradecida.

–Sí. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

–Dejar que me ahogara. Me lo merecía.

–Pues estuviste a punto…

–¿Cómo… cómo pudiste llegar tan rápido? Estaba bastante lejos de la costa.

–Te estaba siguiendo. En el agua. Cuando tú te lanzaste al mar, me lancé yo también.

–Oh… –susurró ella. Entonces, cerró los ojos un instante. Volvió a abrirlos con considerable esfuerzo–. No creíste que pudiera conseguirlo.

–No.

–Entonces, ¿por qué me dejaste ir?

–Porque no tengo por costumbre obligar a las mujeres a hacer nada. Y también porque tenías que intentarlo.

–Eso es… interesante –dijo ella. La voz se le quebró y ese hecho preocupó enormemente a Finn.

–Aún es de madrugada. Deberías descansar y no preocuparte por nada. Duerme. Yo estoy aquí.

–No tienes que cuidar de mí –musitó Juliet–. Yo debería cuidar de ti.

–Yo no estoy enfermo. La próxima vez que tenga fiebre, dejaré que seas tú la que me meta en la cama. ¿De acuerdo?

Juliet le apretó la mano a Finn. Entonces, se relajó y comenzó a quedarse dormida. Desgraciadamente, el sueño eludía a Finn. Al alba, Juliet parecía tranquila, por lo que se arriesgó a dejarla sola como para darse una merecida ducha.

El agua caliente le caía por los músculos, tranquilizándoselos. No se

había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un descanso de la incómoda postura en la que había estado tumbado en la cama, medio tumbado contra el cabecero. Era la postura mejor para vigilar a Juliet.

Allí, en la ducha, por fin solo, el terror que había mantenido dominado se soltó por fin. Comenzó a salirle del pecho y estuvo a punto de hacerle caer de rodillas.

Podría haber perdido a Juliet. En aquel momento, se dio cuenta de lo mucho que quería aquella segunda oportunidad que su padre le había dado. De algún modo, tenía que encontrar el modo de derribar el muro que los separaba, no porque el matrimonio fuera a ser ventajoso, sino porque, verdaderamente, no creía que pudiera funcionar el resto de su vida sin ella.

Aquel era el as que el rey tenía bajo la manga. Finn seguía enamorado de Juliet. El secuestro había llevado a la superficie todos aquellos sentimientos.

¿Y si pudiera encontrar el modo de hacer que Juliet cambiara de opinión? No había momento ni lugar mejor en la Tierra para intentarlo que estando atrapados en aquel paraíso.

Su corazón tembló ante la posibilidad de un futuro con la mujer que amaba a su lado con todas las diferencias que los separaban resueltas. Matrimonio. Familia. Un lugar en el que pudiera alcanzar una cierta normalidad, lejos de la opinión pública.

Desgraciadamente, aquel empeño parecía harto difícil. Juliet se había mostrado dispuesta a salir nadando de una cómoda isla que compartía con él. Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicar el resto del plan de su padre. Eso indicaba claramente que Juliet no quería nada con él. La reconciliación parecía imposible por mucho que él la deseara.

Cuando regresó al dormitorio, Juliet se había incorporado sobre las almohadas y estaba viendo la televisión. El color le había vuelto al rostro, aunque no todo lo que a él le habría gustado.

–Buenos días –dijo ella con voz ronca–. Me duele la garganta.

–Te traeré algo de beber. ¿Te parece?

Ella asintió y Finn le llevó un vaso de agua del cuarto de baño.

–Mejor –afirmó Juliet tras tomárselo de dos tragos.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó Finn mientras le tocaba la frente con el reverso de la mano. Seguía caliente.

–Vamos a dejarnos de andar por las ramas, ¿de acuerdo? No me voy a levantar de la cama en un futuro cercano. ¿Va a conseguir eso que dejes de revolotear por aquí?

–No estoy revoloteando.

Ella le miró y le indicó su lado de la cama con un movimiento de cabeza.

–Siéntate.

Finn lo hizo.

–Simplemente estoy preocupado por ti.

–Y te lo agradezco, pero no me voy a escapar. En mi estado actual, no me puedo marchar nadando a Saint Tropez, pero no estoy tan débil como para que tengas que estar pendiente de todos mis deseos.

Juliet estaba tratando de demostrar que podía hacer todo lo que se decidiera a hacer. Admirable. Sin embargo, aquella era también la razón de que, en aquellos momentos, no estuvieran casados ya y con dos hijos.

Juliet era incapaz de admitir que se había equivocado. Finn podría tener la capacidad de amarla, pero no necesariamente la fortaleza.

Ella apretó el botón del mando en varias ocasiones y luego lo dejó y se acurrucó en la cama, inclinada hacia el lado de Finn.

–¿Te he dado las gracias?

–Puedes mostrar tu gratitud poniéndote bien y haciéndome una buena cena.

–Lo intento… Estoy tan cansada…

Juliet deslizó las piernas por entre las sábanas hasta que estuvieron pegadas a las de él. Pareció no darse cuenta. A pesar de que los separaban varias capas de tela, la piel de Finn ardía como si no se interpusiera entre ellos obstáculo alguno.

Desesperado por salir de la cama antes de que hiciera alguna locura, le dijo:

–¿Te sientes lo suficientemente bien como para darte un baño?

–Me gustaría –respondió ella abriendo los ojos–. ¿Me ayudarías?

–Pensaba que no me querías revoloteando –replicó él.

–Si te lo pido, no estás revoloteando, tonto –susurró ella con una delicada sonrisa que produjo un efecto devastador en Finn–. Tengo la piel muy reseca. No creo que pueda llegar a todas partes.

–Te ayudaré a llegar al cuarto de baño, nada más.

Juliet se llevó una mano a la frente con gesto frágil.

–Te necesito… por favor.

Aquella súplica le impidió a Finn decirle que no. Fue corriendo al cuarto de baño y abrió el grifo para llenar la bañera de agua templada. Echó medio frasco de un gel oriental que tenía Portia esperando que la espuma cubriera a Juliet lo suficiente para que él pudiera marcharse del cuarto de baño con la dignidad intacta.

El exótico aroma del sándalo y del jazmín transformaron el cuarto de baño en un lugar lleno de seducción. Y eso que había buscado mantener la dignidad. Si hubiera empapelado las paredes con fotografías eróticas no habría conseguido un efecto tan sensual.

Por si la tortura no fuera ya suficiente, puso la radio, que estaba montada en la pared, y encontró una emisora de jazz. El sonido pesado y seductor del saxofón llenó el espacio con sus notas.

–¿Finn? –preguntó ella desde el dormitorio.

Al escuchar aquella voz profunda y ronca, él sintió que la tensión se acrecentaba. Cerró los ojos un instante, pero no encontró la fortaleza que esperaba. Decidió refrenar su imaginación. Se dirigió a la cama, sacó de ella a Juliet sin apenas mirarla. No quería ver la camiseta que le había puesto la noche anterior, que en aquellos momentos parecía suplicar que las manos de un hombre la levantaran tan solo un poco para dejar al descubierto todos los secretos que ocultaba.

Lanzó un gruñido y se volvió de espaldas.

–Métete en la bañera. Entera. Dime cuando estés completamente

cubierta por la espuma.

–Lista.

Finn miró de reojo y, efectivamente, vio que ella estaba sumergida en el agua hasta el cuello y que tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera y los ojos cerrados.

La peor pesadilla y la fantasía más erótica se unieron en una.

–Fiebre, fiebre, fiebre…

Tardó de recordar el modo más rápido de bajarla. Lanzó una maldición. Debería haberle preparado un baño templado… tal vez frío y con cubitos de hielo. ¿O esa era la cura para una erección desbocada? A él desde luego le vendría bien.

Juliet abrió los ojos.

–Sé que tengo fiebre. Me siento fatal.

–No estaba habla… No importa. Deja que te lave el cabello. Tú puedes hacer el resto.

Se puso en la mano suficiente champú para lavar la cabeza de cuatro mujeres y le enjabonó el cabello tan rápido como le fue posible.

–Ya está. Ahora, enjuágate.

Con lo que parecía ser un esfuerzo considerable, ella metió la cabeza debajo del agua y volvió a emerger con los ojos cerrados. Finn le dio una toalla y estaba a punto de ponerse de pie y marcharse cuando ella le tocó una rodilla con la mano.

–No te vayas. Frótame la espalda.

El cabello mojado le cubría la zona en cuestión.

–Pensaba que habíamos quedado que eso lo harías tú.

–No. Tú me diste la orden de que no podía salir fuera del agua. No puedo levantar los brazos tanto.

Juliet volvió a ofrecerle la espalda. Se suponía que aquello era un proceso de limpieza, no los juegos previos al encuentro sexual. Finn tragó saliva y enjabonó la esponja. Tal vez si no la tocaba, no pasaría nada.

La esponja se deslizó por la espalda de Juliet, haciendo que ella exhalara un gruñido. El deseo se apoderó un poco más de Finn, a pesar de que él no lo deseaba. Tenía el cuerpo en estado de máxima alerta. Le habría gustado dejar la esponja y acariciar aquella maravillosa espalda con los dedos. Una cadena de plata le rodeaba el cuello a Juliet. Él no podía dejar de mirar el punto en el que se reunía con la piel. Aquel colgante era nuevo. ¿Cómo sería la combinación del frío metal con la carne caliente?

Lo tocaría un poco. Había pasado tanto tiempo… Podría sentir de nuevo la piel de Juliet.

Sin embargo, no lo hizo. Y no por la fiebre.

Si se reconciliaban, Finn no quería que ocurriera de ese modo, llevando a cabo los deseos de su padre. No quería que Juliet pensara que estaba con ella por la política que rodeaba a las dos familias.

Aquellas circunstancias no se podían transformar en un vínculo que creara una relación duradera. En su opinión, la única posibilidad verdadera que tenían era escaparse primero y luego ver cómo iban las cosas cuando estuvieran de nuevo en Delamer.

Siguió frotándole la espalda. Ella gimió de nuevo. ¿Tenía que hacer ese

ruido, como si le estuviera acariciando uno de los senos?

Ella gimió de nuevo y dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

–Tengo la piel muy sensible, probablemente de la fiebre. ¿Te puedes dar prisa?

–¿Te estoy haciendo daño? –preguntó él horrorizado.

Mientras él estaba teniendo ensoñaciones eróticas, Juliet estaba sufriendo. No se lo podía creer.

–No. No demasiado. Es que… me molesta.

–¿Quieres que pare?

Finn esperaba de corazón que la respuesta fuera afirmativa. Sin embargo, por otro lado… Echaba de menos el placer de estar acariciando simplemente a una mujer. Juliet era capaz de dárselo. No había ni una sola rubia en el planeta con la que lo pudiera conseguir.

–No pasa nada –dijo ella mirándole por encima del hombro–. Puedes seguir.

Claro que podía. Sin problemas.

El sudor le caía a él por la espalda. ¿Por qué se estaba haciendo aquello? El dolor sufrido a lo largo del año anterior aún estaba latente. Debía de ser masoquista.

–Gracias –susurró ella–. Me alegro de que estés aquí.

Una calidez que no tenía nada que ver con el sexo se le extendió por el torso. Sí. Eso era. Quería hacer que ella se sintiera mejor, a pesar de lo que eso pudiera suponerle a él.

Su trasnochado sentido del honor le volvía loco algunas veces.

–Yo también. Si no, te habrías convertido en pasto para tiburones.

Finn se tragó todos los demás comentarios que hubiera podido hacer y rezó para que la fiebre le remitiera y pudieran marcharse de la isla antes de que él no pudiera contenerse más.

Después de un considerable esfuerzo, Juliet se vistió con otro conjunto que encontró en el armario y permitió que Finn la llevara al sofá del salón. Allí, se cubrió con una manta y apoyó la cabeza en el hombro de él. Le gustaba dejar que Finn la cuidara. Pero lo negaría hasta la muerte.

Le dolía todo. El pecho, la cabeza, los brazos y las piernas…No tenía ni ganas de ver la televisión.

–Siento que tengamos que ver esta película tan aburrida.

–No pasa nada. No me gusta que te sientas tan mal.

La tierna sonrisa de Finn se le entrelazó en el vientre y llegó un poco más abajo, caldeándola agradablemente por dentro.

Finn le había despertado algo muy poderoso y profundo, que la afectaba de un modo terrible y maravilloso a la vez.

Juliet odiaba necesitar a nadie, y mucho más a Finn. Él no había estado a su lado cuando más lo necesitaba. ¿Y si se permitía confiar en él y Finn volvía a defraudarla?

Sin embargo, seguía enamorada de él, de eso estaba segura. Y eso lo odiaba también.

–Yo…

Un ataque de tos le impidió seguir. Menos mal. ¿Qué podría haber dicho?

«Me siento en conflicto con lo que me haces sentir. Gracias por rescatarme, pero, ¿te podrías ir al otro lado de la isla hasta que yo decida cómo no estar enamorada de ti?».

Finn le agarró la mano y se la sujetó contra el regazo. Tenía la atención puesta en ella y no en la película. Como en los viejos tiempos. Avivaba una deliciosa llama en lugares realmente deliciosos, lugares que ella prefería que no se vieran afectados cuando unos sentimientos tan confusos y poco bienvenidos le rondaban el corazón.

–No tienes que hablar.

El pulgar le acariciaba los nudillos y aquel contacto la iluminó. Unido al revuelo emocional que sentía, ver una película juntos cada vez le iba pareciendo peor idea. Sin embargo, no podía soportar la idea de estar sola en la cama, deseando que algo o alguien la hiciera sentirse mejor. Alguien como Finn.

Él le había dado un baño, aunque habría preferido no hacerlo. No le culpaba. Ella no se había portado muy bien en la playa y, después, Finn la había tenido que rescatar. Ella también estaría enojada.

–Me siento fatal, pero puedo hablar –dijo a pesar de acompañar sus palabras con un ataque de tos.

Finn la miró con una sonrisa, como si estuviera recordándole que ya se lo había dicho. A Juliet le pesaban demasiado los brazos como para poder levantarlos, y mucho menos darle un golpe. Por lo tanto, se conformó con mirarle con desaprobación.

–¿Por qué no te centras en descansar en vez de tratar de hacerme ver que estoy equivocado? –le sugirió él mientras le apartaba un mechón de cabello del rostro–. Cuando antes te pongas buena, antes podremos centrarnos de nuevo en escapar de aquí.

Parecía tan molesto por tener que cuidar de ella como Juliet porque él tuviera que hacerlo.

–Mira el lado bueno. Estamos en esta hermosa casa. No hay peligro del que preocuparnos. Podemos relajarnos mientras yo me pongo mejor. Será divertido.

–Creo que eso fue lo que te sugerí antes de que te lanzaras de cabeza al agua –comentó él.

–Y estoy de acuerdo contigo.

–Ojalá ese fuera el inicio de una situación duradera –murmuró él–. Dado que esta película es tan aburrida, ¿te parece que juguemos a algo en la Wii?

Esa era la razón de que a Juliet siempre le hubiera encantado quedarse en casa cuando estaban saliendo. Finn siempre tenía buenas ideas. Todo se convertía en algo divertido o en el prólogo del acto sexual. Normalmente las dos cosas.

–Claro –replicó ella. Apartó inmediatamente de la cabeza aquellos pensamientos. Lo último que necesitaba era pensar en lo mucho que echaba de menos ciertas habilidades de Finn–. Mientras no sea demasiado complicado o uno de esos juegos de guerra con mucha sangre y disparos.

Ah, y nada de zombis ni alienígenas.

–Pues eso más o menos elimina… –comentó mientras examinaba los títulos–. Todos. Espera. Tenemos Super Mario Brothers. Ese está bien.

Finn preparó el juego y comenzaron a pasar niveles, riendo mientras batallaban contra los malos. Los coloridos gráficos y la animada música les transmitió una sensación de paz. Todas sus penas desaparecieron cuando se dejaron llevar por el fantástico mundo de los videojuegos.

Se convirtieron en un equipo formidable. Cuando ella se adentraba en el territorio enemigo, él la seguía, apoyándola en su lucha.

Como había hecho en el agua el día anterior.

Si no hubiera sacado el tema de Bernard y luego le hubiera confesado la traición de su padre, tal vez no se habría tirado al mar. Sin embargo, lo que importaba era que él había estado a su lado, a pesar de que ella le dijo que era demasiado tarde.

Juliet no podía dejar de pensar al respecto. En Finn y en todas las cosas maravillosas que comprendían su carácter.

Eso le hacía cuestionar todo.

–Pan comido –dijo ella cuando consiguieron terminar un nivel particularmente difícil.

–Me sorprende que te esté gustando esto –comentó Finn mientras apretaba el icono para ir al siguiente mundo–. Dado que el objeto del juego es rescatar a la princesa Peach.

–¿Ese es el objetivo? –preguntó ella frunciendo el ceño–. Pensaba que era pasar al siguiente nivel.

–Los niveles tienen que terminar. En el último, Mario rescata a la princesa de la jaula.

–Entonces has jugado a esto antes.

La desilusión se apoderó de ella. De algún modo, se había imaginado que jugaban tan bien porque eran un equipo. Pero su éxito era producto de la familiaridad de Finn con el juego.

–He jugado algunas veces con Portia –dijo él apartando la mirada, como si se sintiera culpable de no haberle contado aquella información antes–. Es su favorito y no me pide que juegue con ella con frecuencia. Solo cuando Alexander no está… Es solo un juego –añadió él mientras le golpeaba el hombro con el suyo.

–No. Es machista y está lleno de estereotipos. ¿Cómo es que no secuestran a Mario?

Finn la miró con incredulidad.

–Porque Mario y Luigi son los protagonistas del juego. Si quieres jugar a algo en el que la mujer sea la estrella, prueba Tomb Raider.

–¿Y por qué no puede hacer la opción de cambiar al que se secuestra en el juego? –preguntó–. Sería estupendo cambiar los personajes y meter a Mario en una jaula.

Cuantas más mujeres creyeran en sí mismas y en su fuerza, mucho mejor. A Portia le gustaban los bailes, tomar el té con la reina y verse rescatada por su príncipe azul. A Juliet no. Ese pensamiento le puso un nudo en el estómago.

Tal vez a Juliet no le gustara que la rescatara el príncipe, pero él había

tenido que hacerlo de todos modos. ¿La menospreciaba él por no haber hecho lo que tenía la intención de hacer? Seguramente si no hubiera tenido un resfriado, habría conseguido llegar a Saint Tropez nadando. Esa era su excusa y pensaba aferrarse a ella.

Finn sonrió y dejó el mando. Entonces, se recostó contra el sofá.

–Estoy seguro de que a Nintendo le encantaría conocer tus ideas sobre cómo dejar de perpetuar el estereotipo de princesas que siempre necesitan que se las rescate.

–Tú ni siquiera me tomas a mí en serio, con lo que una empresa japonesa mucho menos. Seguramente no tienen ni una sola mujer en los puestos ejecutivos.

Finn le agarró un mechón de cabello y se lo metió detrás de la oreja. Juliet no pudo contener el temblor que evocó aquel contacto. No quería, pero el estómago se le tensó de anticipación y de miedo. La mezcla de sensualidad, solidez y ternura que había en Finn la asustaba y la excitaba al mismo tiempo. ¿Cómo era eso posible?

–Claro que te tomo en serio. Me encanta lo apasionada que eres… sobre todo, tus firmes opiniones definen tu carácter.

–No te gusta cuando tengo opinión sobre algo. En especial no te gusta cuando…

Juliet se mordió el labio con fuerza.

«En especial no te gusta tiene que ver sobre cómo deberías haberte comportado hace un año.

–Me encanta todo lo que tiene que ver contigo, Juliet –dijo él–. Me encanta que, aunque eres muy fuerte, me permitiste rescatarte. Me encanta que, a pesar una incansable determinación, estés dispuesta a pedirme que te ayude a darte un baño. Por eso somos un buen equipo. Jugamos con las fortalezas del otro y reconocemos nuestros propios límites.

Dios santo. Si Juliet se había preguntado alguna vez porqué se había enamorado de Finn, él había hecho pedazos su curiosidad. ¿De dónde había sacado tanta poesía?

–Tú no tienes límites –gruñó ella para ocultar la emoción que le habían producido las palabras.

–Eso no es cierto. Tú casi me hiciste que me olvidara que los tengo antes, en el cuarto de baño susurró.

Comenzó a acariciarle la mandíbula con el pulgar. A pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, o tal vez por ello, Juliet anhelaba perderse en los sentimientos, dejar sus inhibiciones y temores y perderse en los brazos de Finn, en su cuerpo, en sus embriagadores besos, tan llenos de placer que no importaba nada más.

¿Por qué no podían estar juntos, con todas las dificultades del mundo exterior olvidadas? Solo los dos, alimentando sus hambrientas almas.

¿No era eso lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos? Estaban cautivos. Entonces, ¿por qué no aprovechar el tiempo que tenían juntos para disfrutar las partes buenas de su relación?

Nadie había dicho que tenían que besarse y hacer las paces. Tal vez podrían solo besarse… entre otras actividades. El rey Laurent no dictaba

las reglas. Juliet podría estar con Finn tanto si al padre de él le gustaba como si no.

Sin un futuro del que preocuparse ni familia a la que desilusionar, ella no tenía que preocuparse de confiar en él. Si mantenía su corazón bien protegido, Finn no podría volver a rompérselo. Nada de sentimientos.

Lo único que tenían que hacer era mantenerse alejados del pasado y centrarse en el presente. Pan comido.

# Capítulo Ocho

Más tarde aquel mismo día, Finn se tomó un respiro y dejó de estar pendiente de Juliet para darse una ducha fría. Le ayudó a aliviar un poco el ansia que se había apoderado de la mitad inferior de su cuerpo, pero no del todo. Sospechaba que tan solo una Juliet desnuda y dispuesta podría eliminarlo por completo. Eso o un estado de coma.

Cuando salió de su dormitorio, Juliet no estaba en el sofá, donde la había dejado viendo una película romántica. Unos ruidos provenientes de la cocina despertaron su curiosidad. Se dirigió hacia allí y sorprendió a Juliet tratando de someter una sartén y un poco de carne.

La observó durante un minuto, disfrutando de la visión trasera de una esbelta y descalza Juliet. Sin embargo, ella seguía enferma y él había regresado otra vez a su estado de tensión sexual.

–¿Por qué no estás descansando? –le preguntó él.

Juliet se sobresaltó y dejó caer un cazo sobre uno de los azulejos de mármol italiano y lo partió por la mitad. Portia iba a pedir la cabeza del rey.

–No me sobresaltes de esa manera.

–Lo siento –replicó. Pataleó el suelo unas cuantas veces, fingiendo que acababa de llegar–. Ahora estoy en la cocina, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –replicó ella con una sonrisa antes de volverse de nuevo al fogón–. No estoy descansando, me pediste que te preparara la cena.

–¿Sí? –preguntó él. ¿De verdad? ¿Cómo se había atrevido a pedirle que repitiera lo del pollo?

–Antes, cuando me dijiste que podría mostrarte mi gratitud haciendo la cena.

Era cierto.

–No estás lo suficientemente bien como para levantarte del sofá. Vamos.

Finn le agarró de la mano y tiró de ella hacia el salón sin prestar atención a las eróticas sensaciones de piel contra piel.

–Pero tienes que comer –protestó ella mientras le hacía detenerse en seco.

–Llevo alimentándome solo desde hace doce años –replicó él. Aún seguían de la mano–. Me las arreglaré. ¿Y tú? ¿Tienes hambre? Te puedo calentar un poco de sopa.

–No, gracias. He comido unos biscotes. ¿Me he dejado el fogón encendido?

Juliet se asomó por encima del hombro de él mientras se mordía el labio inferior.

Finn la miró y sintió que su boca palpitaba. Aquellos labios eran deliciosos, tal y como bien sabía por experiencia personal.

–Si te lo has dejado encendido, yo me ocuparé.
–Estoy segura de ello. ¿Hay algo de lo que no puedas ocuparte? –replicó ella con ironía.
A Finn se le ocurría una al menos…
Ella suspiró, levantando los senos sugerentemente. Antes de que él perdiera la cabeza, dio un paso atrás, pero sin soltarle la mano. Juliet las miró y apretó la suya con fuerza. Entonces, dio un paso al frente y cerró el espacio que los separaba.
–Espera. No te vayas. Si no quieres que te prepare nada de cenar, siéntate conmigo en el patio para que podamos ver juntos la puesta de sol.
El deseo en estado puro se apoderó de él.
–Yo… probablemente no deberías salir…
¿Contemplar la puesta de sol? ¿Juntos? Seguramente no se había parado a pensar que sería un escenario muy romántico. Aquella era una complicación que él no necesitaba.
–Sigues estando enferma –añadió.
–En realidad, no me siento tan mal –musitó ella a pesar de que seguía estando un poco pálida y débil. Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando inclinó la cabeza a un lado, sin fuerzas.
Finn lanzó una maldición y la tomó en brazos. Entonces, la llevó al sofá antes de que ella pudiera pronunciar una objeción más.
–Al menos, siéntate antes de que te caigas. Si estás decidida a mostrarme tu gratitud, ponte buena. Es una orden.
–Sí, señor –dijo ella realizando un saludo militar. Entonces, se acurrucó entre los cojines y se tapó con una manta–. ¿Estás contento?
En absoluto. Cada nervio de su cuerpo le vibraba de deseo insatisfecho.
–Encantado. Tenemos mucho tiempo para contemplar las puestas de sol cuando te pongas bien.
Ella parpadeó inocente y sugerente al mismo tiempo. Finn deseaba tanto acurrucarse con ella…
–En ese caso, siéntate conmigo –sugirió ella con una pequeña sonrisa que él no pudo rechazar.
Como necesitaba desesperadamente una distracción, Finn se sentó en el cojín y encendió la televisión. Carrera de Fórmula 1 en Singapur, uno de sus circuitos favoritos. Automáticamente fue a apretar el botón para cambiar de canal, pero se lo impidió la mano de Juliet.
–Está bien –dijo ella. Entonces le quitó el mando de la mano–. Me gustaría verlo contigo.
–Te preguntaría si te encuentras bien, pero ya sé la respuesta. Debes de tener más fiebre de lo que pensaba si estás dispuesta a ver una carrera de Fórmula 1.
–Ya te he dicho que no me encuentro tan mal. Dime una cosa. Siempre me he preguntado cómo sabes qué coche va primero si todos van dando vueltas por el mismo circuito una y otra vez –comentó mientras apoyaba la sien sobre el hombro de Finn para mirar la pantalla.
–Tienes la lista de posiciones en la pantalla.
–Ah, entonces es más fácil de lo que creía que sería. ¿Y por qué algunos de los coches son idénticos y otros son diferentes?

–Hay equipos –respondió él. Había perdido todo el interés por la carrera. Inclinó la nariz hacia el cabello de Juliet e inhaló el fresco aroma de Juliet y del champú que él había utilizado para lavarle el cabello. El recuerdo de su cuerpo desnudo y húmedo bajo todas aquellas burbujas despertó en él una lenta tortura.

Ella lo miró perpleja, aunque parecía interesada.

–Los equipos tienen más de un conductor –aclaró él–. Mismo coche, mismo equipo.

Durante los próximos quince minutos, Juliet le hizo más preguntas y escuchó pacientemente las respuestas. De vez en cuando realizaba algún comentario bastante acertado.

–¿Estás pensando solicitar trabajo como miembro del equipo? –le preguntó él al ver la cantidad de preguntas que ella realizaba–. En Mónaco hay un circuito. Podrías ir y venir en treinta minutos como máximo.

–Ni hablar –respondió ella riendo–. Me daría pavor tocar un coche que vale un millón de dólares.

–Entonces, ¿a qué se deben tantas preguntas?

–Es algo que te gusta. Quería saber más al respecto –dijo encogiéndose de hombros.

Entrelazó los dedos con los de él, como había hecho cientos de veces antes de que terminaran su relación. Unido a las palabras que acababa de pronunciar, el efecto fue potente.

Entonces, entornó la mirada.

–¿Qué te parece si, en vez de prepararte la cena, te quisiera mostrar mi gratitud de otro modo?

La pregunta vino acompañada de un suave movimiento de dedo índice sobre el pectoral. No quedó duda alguna de a qué se refería.

¿Qué estaba haciendo? Primero la Fórmula 1 y luego eso. La fiebre debía de estar cociéndole el cerebro.

–Tienes fiebre –le recordó él–. Ni siquiera debería estar tan cerca de ti.

–Me parece recordar que me has besado en las últimas veinticuatro horas en más de una ocasión, y bastante concienzudamente.

Juliet observó ávidamente la reacción de Finn. Él se esforzó mucho por no dársela, pero estaba seguro de que la inmediata erección que se le formó no le pasó desapercibida. Ninguna tela en el mundo era capaz de ocultarla.

–Afróntalo –murmuró ella. Redujo al mínimo el espacio entre ellos y entonces, tiró la manta para acurrucarse contra el torso de Finn–. Ya te he contagiado todo lo que te tenía que contagiar. ¿Qué malo hay en otro beso? Para demostrarte mi gratitud…

Finn le miró los labios, que estaban muy cerca de los suyos.

–Dijiste que habíamos terminado. En la playa. ¿Acaso el hecho de que estuvieras a punto de morir te supone dificultad a la hora de tomar decisiones?

Aquel no era el plan. El rescate primero. La reconciliación más tarde. Había demasiadas cosas de las que no habían hablado para hacer algo así en aquellos momentos. ¿Cómo podría él decirle a Juliet que su padre quería que se casara con ella? Necesitaba tener la mente muy fría para

tener aquella conversación.

Ella sonrió y se colocó la mano sobre la mejilla.

–En vez de suponerme dificultad, me ha hecho ver las cosas más claras.

–¿Cómo? Yo sigo siendo un príncipe y…

–Calla –susurró ella mientras le sellaba los labios con el pulgar para hacerle guardar silencio–. El príncipe Alain no está aquí. Yo solo veo a Finn.

Finn. Sí. Allí en la Île de Etienne, él se podía olvidar de las complejidades de aquella espada de doble filo y no ser nada más que un hombre. Ya podrían volver a la realidad cuando les rescataran. En aquellos momentos, podía dejarse llevar…

Involuntariamente, las manos de Finn buscaron el rostro de Juliet, decidido a tocarla, desesperado por establecer un vínculo con ella. Sus manos tocaron una piel fresca. Por fin.

–Creo que ya no tienes fiebre.

–¿Esta es la parte en la que yo te digo que ya te lo había dicho? –preguntó ella con una sonrisa. Entonces, comenzó a besarle la garganta.

–Claro. Puedo soportarlo.

–¿Y esto? ¿Puedes soportarlo también?

Juliet tiro de él hasta que sus alientos se cruzaron y le rozó los labios. Tan solo un ligero contacto e, inmediatamente, Finn solo pudo pensar en la hermosa mujer que tenía entre los brazos.

–Sí –murmuró él suavemente–. Puedo soportarlo todo…

Le enredó los dedos en el cabello y profundizó el beso con la intención de saciar el deseo desbocado que tenía por Juliet. Ya se ocuparían de las implicaciones más tarde.

Ella gimió y se inclinó sobre él como si no pudiera acercarse lo suficiente. Le acariciaba el cuello con los dedos y los deslizaba por debajo de la camiseta para extenderlos sobre la cintura.

Finn quería sentir aquellas manos por todo su cuerpo y quería tocarla del mismo modo para poder saciar la sed que tenía de la mujer que tanto había echado de menos.

Le colocó las manos en la garganta y le hizo inclinar la cabeza para poder profundizar el beso. Ella era deliciosa.

La esencia de Juliet se apoderó de sus sentidos. Ella se sentó encima de Finn y comenzó a rozarle el torso con los senos sin dejar de besarle. Las lenguas se enredaron una y otra vez para darse placer mutuamente.

Finn se moría de ganas por hundirse en ella y dejar que toda la pasión que sentía por Juliet explot…

Con esfuerzo considerable, apartó la boca de la de ella.

–Tenemos que tomárnoslo con calma, cielo.

–¿Tomárnoslo con calma? ¿Por qué?

La confusión de ella se mezcló con la frustración de él, añadiendo peso a la ya imposible situación que el padre de Finn había creado.

–Porque…

Le costaba incluso respirar por el fuerte deseo que le dominaba. Se mesó el cabello antes de volver a colocarle la mano sobre el tentador trasero.

–No hay ni un solo preservativo en toda la casa.

Juliet se quedó inmóvil al escuchar a Finn.

–¿No hay preservativos?

Fin de su plan para desnudar a Finn y dejarse llevar por una breve aventura sin ningún tipo de ataduras.

–Ni uno. He mirado. ¿Tú tomas la píldora o algo así?

–No. ¿Por qué iba a hacerlo?

–Bueno, porque has ido a una casamentera a buscar esposo. Merecía la pena preguntar.

En realidad, había ido a una casamentera porque estaba huyendo. La intimidad con un hombre no había ocupado su pensamiento en ningún momento.

–¿Entonces ya está? ¿No podemos hacer nada?

Juliet acompañó la pregunta deslizando el dedo hacía abajo por el torso de Finn. Él contuvo el aliento cuando las uñas de ella rozaron la impresionante erección.

–Si hubiera sabido que esas uñas postizas me iban a hacer eso, te las habría hecho poner hace mucho tiempo –dijo. Le apartó la mano del regazo y se la colocó sobre el corazón–. Tienes que contenerte.

–Podemos tener cuidado –susurró ella meneando las caderas y frotándose sin vergüenza alguna contra él. El deseo se apoderó de ella y se arqueó involuntariamente para rozar de nuevo el torso de él con los sensibles pezones.

Finn gruñó y levantó las caderas para unirse más a ella en sus movimientos.

–Cuando estás desnuda, no puedo tener cuidado, en especial si sigues haciendo eso. Me he pasado el último año a merced de los tabloides. Un embarazo sorpresa sería la guinda del pastel.

–Lo siento. Voy a parar –dijo ella. Comenzó a levantarse, pero Finn la inmovilizó con manos de hierro.

–Te he dicho que te lo tomes con calma, no que pares.

Su mirada azul buscó la de ella y la miró fijamente mientras movía en círculo las caderas apretando la erección contra ella.

–Entonces, si me haces el amor muy lentamente, no me quedo embarazada.

Lo de lentamente iba a dejar de ser una opción. La sonrisa que se reflejó en los labios de él hizo subir un poco más la excitación de ella.

–Me preocupa más la parte de no estar casados y menos la del embarazo.

–¿Qué estás diciendo? ¿Que si estuviéramos casados no sería un problema?

–Si te quedas embarazada, nos tendríamos que casar –susurró él acariciándole el torso, acercando peligrosamente los pulgares a los senos de ella–. No es negociable.

El cerebro de Juliet no era capaz de seguir lo que estaba pasando, y mucho menos con las partes más interesantes de Finn frotándose con las suyas. Ansiaba que él le tocara lo pezones.

–¿Me… me estás proponiendo matrimonio?

–No precisamente –dijo él frunciendo los labios–. Se trata más bien de

una promesa en el futuro.

No era capaz de controlar sus sentimientos ni lo que experimentaba su corazón. Quería que él la amara en el sentido físico. En el emocional. Lo deseaba tanto que a su cuerpo no parecía importarle cómo lo consiguiera.

Aquel fue un momento verdaderamente malo para darse cuenta de no había sido capaz de ocultar bien sus sentimientos. ¿Por qué había pensado que podía?

–¿Por qué no podemos hablar de esto más tarde? –murmuró ella. Se inclinó hacia él hasta que los pulgares de Finn le rozaron los erectos pezones. El placer se apoderó de ella e inundo sus sentidos–. Yo solo quiero estar contigo, sin toda las complicaciones. ¿Es posible?

–Entre nosotros no.

–Porque tú eres el príncipe Alain. Siempre lo mismo –susurró ella.

La mirada de Finn buscó la de ella, llena de deseo y con un brillo significativo.

–Porque sigo enamorado de ti. Eso lo estropea todo. Ojalá hubiera una manera de olvidar lo ocurrido en el pasado y poder vivir tan solo el momento. Lo haría fuera como fuera.

Ella parpadeó para contener las lágrimas.

Finn seguía amándola.

El corazón se le abrió de par en par para recibir aquel sentimiento con alegría. Algo dulce y maravilloso le recorrió todo el cuerpo.

–No debería haber dicho eso –dijo él meneando la cabeza–. Yo…

–No pasa nada –musitó ella. Aún tenía un nudo en la garganta que le impedía pronunciar que ella también seguía enamorada de él.

Entonces, por fin, consiguió encerrar sus sentimientos. No podía decirle que estaba enamorada de él. Así le había dado antes el poder de hacerle daño.

Sin embargo, en aquella ocasión no tenía que hacerlo. Él le había ofrecido la solución perfecta. No tenían que revivir la historia ni mencionarla siquiera. Podían vivir el momento, dejarse llevar por el placer de cada uno y ocuparse más adelante del futuro. Mucho más adelante, en especial la parte sobre los sentimientos.

Lentamente, se levantó la camiseta y observó cómo la expresión de él se oscurecía.

–Olvidémonos de lo que ocurrió hace un año y disfrutemos simplemente juntos. Si hay consecuencias, ya veremos. En estos momentos, aquí y ahora, sé Finn para mí. Aunque solo pueda ser por una noche.

# Capítulo Nueve

Una noche.

Finn observó cómo Juliet se dejaba al descubierto los senos. No llevaba sujetador. El pulso le latía en la sien con un ritmo errático que parecía más bien un código morse que un latido diseñado a mantenerlo con vida.

El deseo que se reflejaba en el rostro de ella le aceleró la sangre y acrecentó al máximo su propio deseo. Juliet tenía unos pechos muy hermosos, de puntas rosadas que él quería lamer hasta que ella gimiera de placer.

–¿Estás segura? –le preguntó.

Si Juliet elegía estar con él, no importaría que el rey los hubiera unido aposta. No importaría que ella se quedara embarazada mientras comprendiera que el matrimonio sería el siguiente paso.

–Estoy segura –dijo ella inmediatamente. Con decisión. Resultaba muy excitante saber que ella lo deseaba tanto.

Sin embargo, comprendió que había cometido un error de gran importancia.

–No estás permitiendo que el hecho de que yo te haya dicho que te amo te nuble la capacidad de decisión, ¿verdad?

–No –respondió ella, con una sonrisa dubitativa en los labios, como si no fuera capaz de decidir si quería sonreír de verdad–. Esto tiene que ver contigo y conmigo y con lo que deseamos.

Finn sabía exactamente lo que quería. Aquella noche tan solo deseaba ser Finn.

–¿De verdad puedes olvidar? –le preguntó.

Ella levantó un dedo.

–No hay pasado. Ni mañana. Esta noche, tan solo estamos tú y yo. Esa es la única regla.

Le pareció una regla estupenda. Si no había mañana, el plan de su padre no era un factor a tener en cuenta. Además, la familia de Juliet jamás se pondría al lado de la corona, fuera lo que fuera lo que ocurriera entre ellos.

Juliet se echó hacia delante y colocó los labios sobre los de él para besarle. Los cielos se abrieron y vertieron luz en su debilitada alma. O tal vez era la fuerza de Juliet la que se la infundía a la suya.

La rodeó con los brazos y se aferró a la mujer que amaba para grabar aquel momento en su memoria y recordarlo más tarde y poder saborearlo. Ella era la única mujer de entre las que habían estado con Finn que él había considerado lo suficientemente capacitada para soportar las presiones y dificultades de estar con un príncipe. Ella jamás se derrumbaría.

Incapaz de contenerse un momento más, la besó con cada gramo de su pasión contenida. Ella gimió y se abrió bajo su asalto. Ansioso por saborearla, Finn entrelazó la lengua con la de ella y la estrechó contra su cuerpo para poder sentir sus magníficos senos contra su torso.

–Necesito esto fuera –musitó ella, y le quitó la camiseta a Finn.

En cuanto la dejó caer al suelo, Juliet le colocó las manos en la cintura y empezó a desabrocharle los pantalones. Con la prisa, estuvo a punto de arrancárselos.

Sí. Por fin desnudos.

Finn la hizo levantarse y se bajó los pantalones. Entonces, observó cómo ella hacía lo mismo antes de estrecharla contra su cuerpo. Por fin estuvieron piel contra piel. Finn gruñó de placer al sentir el cuerpo desnudo de Juliet contra el suyo y volvió a poseer su boca con un beso salvaje.

Ya no había necesidad de tomárselo con calma. Ni tenía intención de hacerlo.

La arrinconó contra la pared y le colocó un muslo entre las piernas para frotar su feminidad. Gozó al encontrarla húmeda y preparada para él. Conocía el cuerpo de Juliet tan bien como conocía el suyo. Sabía cómo tocarla, cómo le gustaba, cuándo detenerse y cuándo moverse con más rapidez.

Todo era familiar en ella, pero eso lo hacía más excitante. No había confusiones.

–Date prisa –gimió ella acrecentando la urgencia de Finn–. Hace ya tanto tiempo… Quiero sentirte.

Los deseos de Juliet eran órdenes. La levantó contra la pared y le separó los muslos para comenzar a torturarla con la punta de su erección. El cuerpo de Juliet ardía contra el de él de tal manera que Finn tuvo que cerrar los ojos para controlar la lujuria que se había adueñado de él. No pudo contenerse más. La hizo bajar un poco y la penetró lentamente, tratando de darle tanto placer como fuera posible antes de explotar dentro de ella.

Sin preservativos, la sensaciones eran abrumadoras. Se apoderaban de él como un potente *tsunami* de placer. Juliet se agarró a él con las piernas y le hundió los talones en el trasero para animarle seguir con idéntico fervor.

–Increíble –susurró ella–. Eres increíble…

–Tú también…

Juliet movió las caderas y lo acogió aún más profundamente. Finn sintió que las rodillas le temblaban de tanto contenerse.

–Juliet –murmuró él.

Ella le agarró la mano que le quedaba libre y se la llevó a la entrepierna. Entonces, entrelazó los dedos con los de él para guiarle. A Finn le encantaba cuando ella llevaba la iniciativa. Cuando se daba placer a sí misma. Era poderoso, hermoso. Apasionado. Y lo volvía loco.

Cuando más frotaba él, más se arqueaba ella echando la cabeza hacia atrás y gritando de placer. Juliet alcanzó el orgasmo con un poderoso temblor que le apretó a él exquisitamente y le obligó a dejarse llevar por

fin.

Los dos cayeron al suelo. Finn la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Los húmedos torsos de ambos trataban de respirar. Finn le apartó el cabello del rostro y respiró profundamente. Por fin, su cuerpo, su mente y su alma estaban en paz.

Aquello era lo que más había echado de menos.

–Tal vez la próxima vez conseguiremos llegar al sofá –musitó ella.

–Tal vez la próxima vez me des la oportunidad de llegar cerca del sofá.

Le besó la sien con delicadeza. Por primera vez en la historia de su relación, ninguno de los dos tenía ningún lugar en el que estar. Podrían estar haciendo el amor todo el día si querían.

Y Finn quería. El pasado no existía y el futuro aún no había llegado. No tenía que pensar en ninguna de las dos cosas.

Llegaron a la cama. A duras penas.

Juliet cayó sobre las almohadas y gimió de placer cuando Finn comenzó a deslizarle la lengua por el muslo muy lentamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. No era así. Aquel paraíso tenía las horas contadas y, además, Juliet deseaba tenerlo en su interior inmediatamente.

–¿Cómo consigues que sea tan agradable? –murmuró ella. Entonces, gimió de placer cuando él comenzó a mordisquearla con la presión exacta para hacerla gozar.

El placer le recorrió el cuerpo rápidamente, pero Finn se detuvo justo a tiempo para evitar que ella alcanzara el orgasmo. Antes de que pudiera protestar, la tumbó boca abajo y la penetró por detrás. Sí… No solo era la postura favorita de Finn, sino que también era la de ella.

Juliet cerró los ojos de placer cuando él le levantó las caderas para poseerla más profundamente. Le había puesto la boca en el hombro y le arañaba la piel con la incipiente barba.

Finn salió de su cuerpo y volvió a hundirse en ella lenta, muy lentamente. Juliet juntó los tobillos para incrementar la fricción, tal y como a los dos les gustaba. Finn gruñó de placer e incrementó el ritmo tal y como ella necesitaba, a la velocidad que él sabía que llevaría a Juliet al orgasmo. Ella apretó una vez y no necesitó más. Las estrellas le estallaron delante de los ojos, cegándola durante un instante.

Finn gruñó y se desmoronó encima de ella. El clímax vibraba dentro de ella deliciosamente.

Juliet había perdido la cuenta del número de veces que él la había dejado completamente saciada. La primera vez, contra la pared del salón, había sido una experiencia increíble, y qué podía decir de las demás. Recordaba que él era buen amante, pero la realidad eclipsaba la memoria. Era increíble e incansable. Cuando se excitaba, no era delicado, pero a ella le gustaba un poco duro. Conseguir que un hombre perdiera ligeramente el control hacía que una mujer se sintiera muy sexy. Además, ella le daba tanto como recibía, y eso solo acrecentaba la pasión de él que, a su vez, alimentaba la de ella.

No era de extrañar que fueran una pareja perfecta. Encajaban como los

corazones del colgante de Elise. Entrelazados por la pasión.

Se separaron por fin. Tenían la respiración entrecortada. Él se colocó el brazo por encima de la cabeza y cerró los ojos, tumbado sobre la cama como la fantasía erótica de una chica mala, desnudo y espléndido. Juliet bebió aquella imagen e, igual de descarada, disfrutó de cada segundo.

Los pectorales de Finn se flexionaban y se relajaban cuando respiraba. Tenía también los abdominales bien marcados, resultado de lo que debían de ser horas de ejercicio.

Al mismo tiempo, la tristeza se apoderó de ella. Finn había desarrollado aquellos músculos a lo largo del año pasado. Mientras estaban separados.

Habían acordado una única regla. Debían olvidar el pasado.

–Vayamos fuera –sugirió ella, decidida a olvidarse de nuevo de todo.

Finn abrió un ojo y la miró con cautela.

–Está oscuro. Debo de haberme oxidado un poco si quieres salir al exterior en vez de quedarte en la cama conmigo.

Juliet se echó a reír.

–Yo no he dicho nada de vestirnos. No tenemos vecinos ni paparazzi cerca. Estamos en el mes de junio y la temperatura es perfecta. ¿Cuándo volveremos a tener las mismas circunstancias?

Finn la miró sorprendido.

–Sexo bajo las estrellas. Me gusta…

Se levantó de la cama y tiró de la colcha. Entonces, los dos salieron del dormitorio. Juliet lo siguió y pensó en lo bonito que era el trasero desnudo de Finn. Suspiró. Sería genial si ella pudiera contar con poder verlo cuando quisiera.

¿De quién había sido la genial idea de estar juntos sin pensar en el futuro? De ella…

Cuadró los hombros y cerró la puerta corredera a sus espaldas.

Un impresionante panorama de estrellas iluminaba la tranquila noche, impresionante en todo su esplendor. El suave murmullo del agua proporcionaba un melódico acompañamiento. Una brillante luna colgaba del cielo hacia el oeste, iluminando el camino a España.

–Vaya… –dijo ella–. Deberías darme puntos extra por haber tenido esta idea.

Finn se tumbó en la colcha y la invitó a que se tumbara a su lado.

–Estaba pensando en todas las maneras en las que podía darte las gracias. Es maravilloso.

Juliet se acomodó a su lado y él la abrazó. Le cubrió suavemente el costado con el brazo y comenzó a acariciarle la curva de la cintura. Sin embargo, no había… fuego. Resultaba cómodo. La tranquilidad se apoderó de ella.

Podría ser así cuando regresaran a Delamer. Estaban ignorando muy bien el pasado. ¿Por qué no podían seguir así?

Las estrellas brillaban. Ojalá pudieran volver atrás. Si los dos se amaban, ¿por qué no podía ser suficiente?

–¿Y si te dijera que me puedes llamar? –le preguntó ella de repente–. Después de que nos marchemos de esta isla.

Podrían probar salir a cenar otra vez, tener una conversación civilizada

y marcharse a casa de él para hacer el amor hasta el amanecer.

–Ya hemos pasado un poco esa etapa, ¿no te parece? A finales de mes, podríamos estar prometidos.

Se lo imaginó de rodillas, ofreciéndole un diamante más grande que una estrella. Los pulmones le ardían por contener el aliento, esperando conseguir así que aquella imagen desapareciera.

Finn no quería casarse con ella, pero lo haría por deber.

Qué romántico. ¿Cómo se había convertido aquella noche tan sencilla en algo tan complicado? No quería que Finn le pidiera matrimonio porque se sintiera obligado. Tampoco quería que aquel idilio se terminara nunca.

Se sentó y se volvió para mirarlo.

–¿Y si no me quedo embarazada? ¿Fin? ¿*Au revoir* y eso de «ya te llamaré»?

–¡Qué cara más dura, Juliet! Tú fuiste la que se me insinuó, que fue como ofrecer vino a un alcohólico y pedirle que no se lo tomara.

–¿Acaso debería disculparme?

Finn lanzó una maldición.

–¿De verdad es esta la conversación que quieres tener?

–No lo sé. Todo es raro y alocado.

Finn suspiró.

–¿No piensas que podamos estar juntos a largo plazo?

–Sí –susurró ella. Estaría mintiendo si le dijera que no.

–Entonces, hagamos que ocurra, con o sin bebé que nos obligue. Si eso es lo que quieres.

Inmediatamente, la idea arraigó. Respiró profundamente y lo pensó. No podía tener las dos cosas. O rompían de nuevo o estaban juntos. Él tenía razón. No había posibilidad de darse tiempo a ver cómo iban las cosas. Su relación era demasiado profunda para eso. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

–No te puedes casar conmigo. A tu familia y a la mía les daría un ataque al corazón.

Efectivamente, su madre tendría un ataque de nervios. Por eso la Île de Etienne era perfecta. Nadie tenía que saber que había disfrutado de una breve aventura con Finn.

Juliet no se podría casar con él nunca. Temía que pudiera ser capaz de utilizarlo para conseguir sus propios fines. Se mordió el labio. Sin embargo, si se quedaba embarazada, ¿estaba dispuesta a mentirle sobre quién era el padre? Eso no sería posible. Y Finn jamás ocultaría que era el padre de su hijo. Ella tampoco querría criar a un niño sola o privar a su hijo de todos los gozos de tener una familia normal.

Sintió ganas de llorar. Lo único que había buscado era una aventura sin complicaciones con un hombre muy guapo que le hacía hervir la sangre. ¿Era aquello mucho pedir?

–Eso no es cierto –replicó él–. Si tú estuvieras embarazada, ni siquiera pestañearían. Además, la opinión que mi padre tiene de ti se ha suavizado.

–¿Cuándo ha ocurrido eso?

–Cuando vio nuestra foto juntos. Estaba en la nota. Se ha dado cuenta de que sigue habiendo algo entre nosotros.

–Por supuesto. Por eso nos dejó aquí tirados, para que no pudiéramos dañar más su imagen si nos volvían a fotografiar juntos.

–Esa no es la razón. Nunca me diste la oportunidad de explicarme. Mi padre hizo que nos trajeran aquí para que pudiéramos pasar tiempo juntos, lejos de todo. Para ver si nuestra relación seguía siendo posible.

–¿Y por qué haría algo así?

–Debió de resultarle evidente que yo no quería un matrimonio concertado. Sin embargo, sigue queriendo que siente la cabeza. No obstante, yo jamás habría soñado que… Bueno, por eso traté de conseguir que huyéramos de aquí. No quería que nos reconciliáramos de esta manera, haciendo justo lo que él quería. Lo sien…

–No dejes que tu padre siga controlando nuestra relación –dijo ella–. Esta noche estamos solo nosotros. Mañana ya nos ocuparemos de todo lo demás, incluso de tu padre, del pasado y del futuro. Déjalo estar por el momento.

Ella trató de hacer lo mismo, pero, por mucho que se esforzó, no consiguió recuperar la paz. No podía dejar de preguntarse qué era lo que iba a hacer que el día siguiente fuera diferente del año anterior.

El destino no podría haber conspirado para ponerlos juntos a Finn y a ella y luego separarlos cruelmente.

Tal vez otras mujeres esperaban que el destino se adueñara de su destino. Juliet Villere no. Y tampoco iba a desperdiciar aquella segunda oportunidad

Al día siguiente, ella sería, de algún modo, la diferencia. Tenían que resolver sus puntos de fricción de una vez por todas y no volver a hablar del pasado. Ella quería recuperar su relación intacta, exactamente como había sido, una relación en la que pudiera estar segura de que Finn la iba a anteponer a todo lo que ocurriera en su vida.

En ese momento, estaría completamente segura de que la amaba de verdad. Y para siempre.

# Capítulo Diez

Cuando Juliet se despertó por la mañana, apenas había abierto los ojos cuando notó a Finn pegado a su cuerpo, con la intención claramente reflejada en la mirada.

–Buenos días –murmuró ella mientras se acurrucaba contra su cálido cuerpo para disfrutar de un instante de pura armonía que no tenía nada que ver con el sexo.

Un instante fue lo único que disfrutó. Finn la tuvo veinte minutos ocupada.

–Buenos días –respondió él por fin.

Saciado y decidido a empezar perezosamente la mañana, encendió la televisión y abrazó a Juliet para ponerse a ver lo que echaran en aquel momento. Tenía el cabello revuelto y el torso desnudo, todo músculos y deliciosa piel. Juliet se podría acostumbrar a despertarse así por las mañanas.

Finn se incorporó con los ojos pegados a la televisión. Juliet miró hacia la pantalla y vio que se trataba de un programa de noticias. Estaban hablando de un barco de guerra de aspecto siniestro, cuya cubierta estaba repleta de mortíferas armas.

Finn subió el volumen para escuchar mejor.

–… frente a la costa de Grecia, a poca distancia del ejército recientemente reunido. Los líderes mundiales se van a reunir en Ginebra esta tarde para hablar de un ataque preventivo sobre las fuerzas del país.

Finn se tensó y la miró. Juliet sintió que el pulso se le aceleraba.

–¿De qué están hablando?

–No lo sé, pero sea lo que sea, no es bueno –respondió cuando el presentador pasó a hablar de una demostración pacífica en Atenas para protestar por la agresión–. Ese barco de guerra está estacionado en el mar Jónico. Desde aquí, podríamos darle con una piedra.

Juliet ansiaba agarrar el mando y lanzarlo al otro lado de la habitación. Agresión militar. Su tema menos favorito. Evidentemente, la presencia de aquel buque de guerra en el Mediterráneo era importante para Finn.

–Busca otro canal que hable al respecto –le sugirió ella–. Tienes que saberlo.

Finn asintió y fue buscando hasta que encontró otro canal de noticias. Se enteraron de que el gobierno de Alhendra, un pequeño y rico país situado entre Albania y Grecia, había lanzado unos misiles contra un barrio civil en Preveza, una hermosa región costera de Grecia. Había habido muchos muertos y la sed de venganza de los poderes mundiales era muy grande. Había sido un acto de guerra sin provocación alguna que las Naciones Unidas no podía ignorar.

Juliet escuchó atentamente de la mano de Finn, tratando que él no notara lo mucho que le temblaba la mano. Se había informado de la muerte de Bernard con imágenes muy similares de un barco de guerra navegando a toda velocidad, cortando las oscuras aguas del mar.

Finn lanzó un gruñido de desesperación.

–No me puedo creer que esto esté ocurriendo y que yo esté aquí atrapado. Delamer podría estar en peligro. Cualquier región costera podría verse envuelta en el fuego cruzado. Nuestros barcos deben estar preparados para colaborar con nuestros aliados en cualquier momento. Al menos, deberíamos enviar a alguien a Ginebra.

Atrapado. Con ella. Finn prefería estar en casa, gozando con la gloria de las fuerzas armadas.

–¿No crees que tu padre ya se habrá ocupado del tema? Este es su momento.

También el de Finn. Era una oportunidad de oro para ensalzar las virtudes de las políticas militares de su padre. Para reírse de todo lo que ella había dicho antes cuando defendía que eran momentos de paz.

–Por supuesto que sí, pero necesita ayuda. Seguramente ya viene alguien a buscarme. Yo debería estar allí.

Juliet se había equivocado. Tenía que aceptar que el sentido del honor de Finn jamás le permitiría no estar junto a su padre. Tenía que encontrar el modo de aceptar que la muerte de Bernard no se vengaría con una reforma.

O debía no estar junto a Finn.

Eso iba a ser bastante difícil si estaba embarazada de él.

Bernard había muerto, pero Juliet seguía con vida. Su hermano no querría que llevara una vida miserable por él. Adoraba a Finn y jamás se enfadaría porque Juliet encontrara su futuro al lado del príncipe. Sus padres se acostumbrarían, o no, pero su familia no era la razón por la que su relación con Finn había fracasado hacía un año.

Había fracasado porque no había compromiso.

–Deberíamos poner más señales por si tu padre piensa dejarnos aquí un poco más –comentó ella con desilusión al comprender cómo había cambiado el día en cuestión de minutos.

Suavemente, Finn la obligó a levantar la cabeza para mirarla a los ojos. Juliet parpadeó para que él no notara la humedad que estaba intentando ocultar. La miró con una intensidad que provocó un temblor en ella.

–Te amo –murmuró él–. Eso no va a cambiar ocurra lo que ocurra.

Tanto si había concebido como si no. Tanto si sus familias intervenían como si no. Tanto si el mundo estaba al borde de la guerra como si no.

–Lo sé.

Ella también lo amaba de ese modo y lo estropeaba todo porque Juliet odiaba el fervor que él sentía por todo lo militar. Odiaba que él pudiera morir como Bernard y abandonarla de nuevo, pero aquella vez para siempre.

Reconocer que no había compromiso no era lo mismo que le pareciera bien. No podía ser, ¿verdad?

Tal vez aquello no era amor verdadero. Si no, no sentiría que uno, o los

dos, tenían que renunciar a todo. O tal vez era prueba de que el amor no era suficiente.

–No. No creo que lo sepas. No creo que puedas comprender lo desgarrado que me siento en estos momentos.

–Lo sé bastante bien –comentó ella con una amarga carcajada.

–Sé que esto es duro para ti. Sé lo que te cuesta guardarte la opinión que tienes de mi padre y de mi trabajo. No renuncies a tus convicciones. Yo no quiero que lo hagas, en especial que cedas a algo en lo que no crees.

El pulso le latía a Juliet con fuerza. Finn jamás había dicho algo así antes. Casi sonaba como si la admirara por haberse enfrentado a su padre.

Tal vez Juliet había confundido las razones que Finn tenía para no alinearse con ella. Tan solo habían discutido, sin hablar nunca racionalmente. Juliet había gritado, acusado… La diplomacia no era su fuerte.

Si terminaban casándose, ella debería practicar a ser diplomática. ¿Qué mejor lugar para empezar que con la historia del pasado?

Si lo conseguían, podrían soportarlo todo. Ella se sentiría por fin a salvo, lo suficientemente segura para confesar que jamás había dejado de estar enamorada de Finn.

Finn no hacía más que esperar oír por fin cómo se acercaban un barco o un helicóptero para sacarlos de allí. Cuanto más se prolongaba el silencio, más nervioso se ponía.

Era impensable que el rey fuera a dejar allí a Finn mientras los barcos de guerra comenzaban a atravesar el Mediterráneo. Al mismo tiempo, deseaba de todo corazón poderse mantener aislados del mundo real para poder sumergirse por completo en aquella nueva Juliet.

La miró. Estaba muy guapa vestida con un sencillo vestido rojo que hacía destacar mucho su cabello castaño. Estaban sentados a la mesa, desayunando como si fueran una pareja normal.

Algo había ocurrido para que estuvieran así. ¿Podría esperar que fuera suficiente?

Así era. Una peligrosa esperanza había comenzado a vivir en su pensamiento. Quería dejar a Juliet sin aliento con una romántica proposición de matrimonio antes de que ella le entregara una prueba de embarazo. Antes de que él tuviera que vestirse de uniforme y unirse a la armada de Delamer en una posible maniobra de combate. Su trabajo diario era rescatar a quien estuviera en peligro, pero era teniente de las fuerzas armadas y debía defender a su país incluso con su vida.

Debía asegurarse de que ella le daba el sí para que mereciera la pena soportar todo lo demás. Estarían juntos, harían el amor y nada más podría afectarles.

Sin embargo, no podía pedirle matrimonio tal y como había imaginado porque no habían hablado del pasado. Preferiría no hacerlo, pero, si se casaban, ella tendría que comprender las obligaciones que le correspondían como princesa. No podría seguir con sus protestas.

Además, ella aún no le había dicho que le amaba.

El momento no era el adecuado. No podía pedirle matrimonio hasta que todo lo demás se hubiera resuelto.

–¿Vas a comerte eso o vas a seguir masacrándolo? –le preguntó Juliet sacándole así de sus pensamientos.

–Las dos cosas –respondió él tras mirarse las manos, que parecían estar pulverizando lo que una vez había sido una rebanada de pan.

Tenían que hablar. Finn ya lo había pospuesto demasiado tiempo. Además de hacerlo sobre el pasado, Juliet tenía que saber que su familia había renovado sus ataques contra el rey. Él preferiría que ella lo supiera por él. Aquella era la única manera de que funcionara la reconciliación.

–Estás tan tenso –comentó ella–. ¿Has terminado ya de desayunar?

–Sí –respondió él. Si los dos habían terminado, sería el momento adecuado para iniciar aquella necesaria conversación. Cuanto antes, mejor.

–Bien.

Juliet se puso de pie tan de repente que la silla cayó al suelo. Entonces, apartó los platos de la mesa y se sentó a horcajadas encima del regazo de Finn, encajándose con él. Él experimentó una erección inmediatamente al sentir la entrepierna de Juliet, que irradiaba calor a través de las braguitas.

Tal vez podrían hablar más tarde…

Aliviado de encontrarse en la situación, le palmeó suavemente el trasero y se lo arañó con los dedos. Entonces, metió la mano por debajo de la sedosa tela para acariciarle la entrepierna.

La respiración de ella se aceleró y el deseo se le reflejó en el rostro. Eso excitó profundamente a Finn. Ella comenzó a mover sensualmente las caderas y echó la cabeza hacia atrás para cabalgar con fuerza encima de él. Desesperado por sentirla, Finn apartó la suave tela que la cubría y le introdujo dos dedos en su cálida y húmeda feminidad.

Estaba tan caliente…

Quería sentirla por dentro. Tuvo que contenerse para evitar su propio orgasmo. Ella no dejaba de moverse encima de él, cada vez más rápido, gimiendo de placer. Se arqueaba sobre la mesa y separaba las piernas todo lo que podía.

–Eso es… –murmuró él.

Juliet tenía los ojos cerrados de éxtasis y su interior palpitaba contra los dedos de Finn. Alcanzó el clímax con un grito que le atravesó a él por la entrepierna, resultando doloroso y erótico al mismo tiempo.

Se derrumbó sobre el torso de él. La cabeza le cayó sobre el hombro de Finn mientras se frotaba con fuerza contra la inflamada erección de él. Juliet lo volvía loco.

–Desnúdate –le ordenó ella sin moverse ni ofrecerle ayuda.

–A ti te resulta fácil decirlo –susurró. A pesar de todo, la levantó con una mano y se desnudó. Sin gracia alguna, por supuesto, pero, ¿a quién le importaba?

Después, dado que ella no se movía, le levantó el vestido, le apartó las braguitas y la hizo bajar sobre él con un rápido movimiento. Comenzó a mover las caderas y fue llevándole cada vez más profundamente dentro de

su cuerpo hasta que alcanzaron un orgasmo de proporciones épicas que se podía expresar plenamente tan solo con el «te quiero» que se le escapó a él de los labios desde lo más profundo de su alma.

Ella no se lo dijo a él también.

Finn se dijo que no importaba. Eran solo palabras. Decirlas o no decirlas no hacía que el hecho fuera menos verdadero. Ella lo amaba. De eso estaba seguro.

Cuando encontró la energía suficiente, se puso de pie y la levantó en brazos para llevarla a la cama. Allí, volvieron a viajar hasta la estratosfera, pero, en aquella ocasión, fue algo más amargo. Finn se negó a examinar por qué.

Más tarde, mientras estaban aún tumbados en la cama, él comenzó a acariciarle el cabello.

–Ya no estoy tan tenso…

–Misión cumplida –replicó ella mientras levantaba el rostro para mirarlo con una radiante sonrisa.

–Sabes que todo esto está a punto de terminar, ¿verdad?

–¿Qué parte?

–Lo de estar recluidos en esta isla.

–Sí. Deberíamos estar haciendo algo para que nos localizaran, ¿no te parece? –comentó ella mientras le daba un beso en los labios–. Me has distraído.

–Ha sido más bien al revés. Estaba a punto de sacar un tema completamente diferente.

–Sé que tenemos que hablar –dijo ella mientras se sentaba en la cama–. Creo que estoy preparada.

–Pues parece más bien que vas a subir los escalones que te llevan al patíbulo.

–Hemos estado posponiendo este tema por una razón. Es doloroso. No hemos hablado de Bernard ni de la protesta. Si vamos a estar juntos, tenemos que hacerlo. Simplemente no quiero. No se me da muy bien expresarme sin gritar.

La tensión había regresado multiplicada por diez.

–¿Y sobre qué hay que gritar? Acordamos olvidarnos del pasado y mirar hacia delante.

–¿Olvidarnos durante cuánto tiempo? ¿Hasta que te traigan a casa en una bolsa? –le preguntó ella mientras se cubría el rostro con una almohada. No logró ahogar el sollozo que lanzó tal y como había esperado.

–Eh… Eso no es gritar. Me prometiste que me ibas a gritar. Deja esa almohada y deja que te vea.

En realidad, prefería que ella gritara. Eso lo comprendía.

Al escuchar sus palabras, Juliet se echó a reír. Esa carcajada le tranquilizó más de lo que había esperado. Iban a superarlo. Eran más fuertes que hacía un año.

Juliet suspiró y soltó la almohada.

–Yo crecí invisible. Demasiados niños en la casa, supongo. Tú fuiste la primera persona que me vio. Que me amó por lo que era, no por lo que

podía hacer por ti. Cuando Bernard murió, te negaste a escucharme, te negaste a ver que yo podría tener ideas válidas sobre cambios. Me dolió. Me sentí abandonada y perdida. No sé cómo superarlo. Cuando veo buques de guerra en la televisión, recuerdo todo lo ocurrido. Quiero estar contigo, pero necesito que tú también me elijas. Si no, no puedo.

Todo era muy racional. Un buen objetivo. De repente, él no estuvo tan seguro de que pudiera conseguirlo. Ciertamente, prefería los gritos.

–¿Qué te parece a ti, Juliet? ¿Cómo puedo ayudarte a sentir que te estoy eligiendo a ti? –le preguntó él.

–Necesito saber que honras nuestra relación por encima de todas las demás. Que estás de mi lado, en especial cuando se trata de un tema que destruyó a mi familia.

Le tomó el rostro entre las manos.

–Quiero que comprendas algo muy importante. Si yo fuera un hombre corriente, me arrastraría por encima de cristales rotos durante cien kilómetros para hacerte mía para siempre. Sin embargo, no es así. No quiero ser así porque ser el príncipe Alain Phineas de Montagne, duque de Marechal, de la casa de Couronne, es un privilegio. Y a mí se me ha honrado con él.

–¿Qué estás diciendo? –susurró ella–. ¿*Au revoir* y ya te llamaré?

–No –dijo él bajando las manos. Esto significa que estoy al otro lado de una enorme extensión de tierra. Necesito que nos reunamos en el centro si lo nuestro va a funcionar fuera de la Île de Etienne.

Ya estaba. Lo había dicho todo lo claramente que podía.

–Compromiso –asintió ella–. Si eso es lo que hace falta, puedo hacerlo.

–Veo que por fin lo comprendes –comentó él aliviado–. Que ves lo importante que el ejército es para mí. Forma parte de mi vida. Es parte de mi identidad.

–Pensaba que tu título era tu identidad –replicó ella confusa–. Que honrabas tu linaje. No veo cómo, de repente, el ejército alza su fea cabeza en esta conversación. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Juliet no lo entendía.

–Tienen todo que ver. El papel de Alexander está claramente definido. Va a ser rey. ¿Qué voy a ser yo? No hay nada especial en mí. Siempre seré el príncipe Alain. No hay nada que yo pueda hacer para contribuir excepto proporcionar defensa para el país en el que reina mi padre.

Eso y casarse bien. El pensamiento añadió una pesada losa a los hombros de Finn.

–Cariño mío –musitó ella. Los labios le temblaban–. Eres el hombre más especial que he conocido nunca. Alexander nació para ese papel, pero es tan limitado… Tú tienes la oportunidad de hacer del tuyo lo que quieras ser. Puede conocérsete como el príncipe que marca la diferencia en la vida de su pueblo introduciendo una reforma en el servicio militar obligatorio.

–El ejército es mi vida, Juliet –le espetó él–. Y la reforma no está sobre la mesa.

¿Por qué estaban teniendo de nuevo aquella conversación? ¿Para demostrar que la historia siempre se repetía?

–Entiendo –dijo ella–. Estás a favor del compromiso siempre que la que

se comprometa a algo sea yo.

–Estoy a favor de que los dos mostremos afecto y respeto honrando la postura del otro. Si me amas, no puedes amar tan solo una parte de mí. Tienes que amarme entera, incluso la parte con la que no estás de acuerdo.

–Lo mismo digo –repuso ella. Entonces, respiró profundamente–. ¿Te has parado a pensar alguna vez que yo también estoy honrando a mi sangre? Bernard era mi hermano y su recuerdo se merece mis más fuertes convicciones. Tú me dijiste que no debería renunciar a ellas. ¿Te vas a echar atrás en eso ahora?

Por supuesto que lo había pensado. Finn también tenía un hermano.

–No. Lo decía en serio. La integridad es muy importante para mí. No te amaría si no tuvieras esas convicciones.

–También lo es para mí. El hecho de que tú te apegues tanto a las tuyas es en parte la razón por la que estoy aquí hablando contigo en vez de haberme largado.

Ya eran dos. Sin embargo, cuanto más hablaban, mejor sonaba la opción de largarse. Si no podían resolver los problemas allí sin presiones externas, ¿cómo iban a poder hacerlo en Delamer?

Tenían que derribar aquel muro allí y en aquel momento.

–La familia es tan importante como la integridad –afirmó él–. Para los dos. Honrar la postura del otro incluye ayudar a nuestras familias a comprenderlo. Supongo que comprenderás que si estamos juntos tu familia no podrá seguir oponiéndose a mi padre.

Desde el exterior de la casa, se escuchó el sonido inconfundible del rotor de un helicóptero.

Juliet se volvió hacia el sonido como si le hubieran lanzado un cable para salvarle la vida.

No. Todavía no.

Desear que no los rescataran no funcionó mejor que lo había hecho desear quedarse allí. Finn se había quedado sin tiempo.

# Capítulo Once

El zumbido de un helicóptero había impedido que Finn terminara la frase, pero Juliet había oído lo suficiente para alegrarse y entristecerse al mismo tiempo de que, por fin, el rey hubiera enviado a buscarlos.

Una parte de ella deseaba montarse en aquel helicóptero. Lentamente, se volvió a mirar a Finn.

–¿Mi familia no se puede oponer a tu padre o soy yo la que no puede?

–Ninguno de los dos. No puedo tener más escándalos. Ni protestas.

–¿O qué? ¿Tu padre no nos permitirá estar juntos? No estamos en la oscura Edad Media.

¿Cuánto tiempo les quedaba hasta que alguien llegara a buscarlos? Ni siquiera estaban vestidos.

–Mi padre no es… –comentó Finn mientras golpeaba la cama con frustración–. Esto tiene que ver contigo, conmigo y con nuestro futuro. Si nos casamos, tú serás princesa de un país que requiere que un muchacho de dieciocho años sirva tres años en las fuerzas armadas.

–Sí –replicó ella mientras terminaba de ponerse el vestido. Lo miró por encima del hombro–, pero eso no significa que tenga que estar de acuerdo.

–No, pero no puedes manifestar libremente tu desacuerdo. De eso se trata.

–Bien. En ese caso, no te cases conmigo –dijo ella con un gran dolor de corazón–. Podemos estar juntos sin que te cases conmigo. Así resolvemos todos los problemas de una vez. Incluso hará que tu padre se alegre.

–A mí no me alegrará. Además, el hecho de estar en esta isla era una oportunidad para reavivar nuestra relación, ¿recuerdas? Mi padre quiere que nos casemos.

–¿Cómo has dicho?

Finn se acercó al borde de la cama y comenzó a vestirse sin mirarla.

–Ya te dije a qué venía todo esto.

–Lo del matrimonio no. Lo recordaría –dijo ella. Algo le parecía raro.

–Porque era irrelevante. Una noche, sin pasado y sin futuro. Esa era tu regla. Ahora estamos en el día siguiente y estamos hablando.

–Sí, porque ayer yo pensaba que lo único que teníamos que solucionar era el pasado. Tu padre quiere que nos casemos. ¿Qué es lo que no sé?

Finn cerró los ojos durante un instante.

–Digamos que eres mi matrimonio de conveniencia –Juliet sintió que el pulso se le aceleraba–. Tu familia ha renovado los ataques contra mi padre –le explicó Finn con expresión oscura–. Si somos pareja, su postura se neutraliza porque parece que tú estás al lado de la corona.

Juliet no se podía creer lo que acababa de escuchar. Todo aquello era una estratagema para conseguir que su familia diera un paso atrás. Las

náuseas se apoderaron de ella.
–Y tú te has dejado llevar.
–No. Yo jamás utilizaría nuestra relación para influir en tu familia. Sin embargo, si estuviéramos casados, tú te darías cuenta del problema que supone seguir protestando contra las leyes de Delamer.
Aquel había sido el objetivo desde el principio. Conseguir que la familia Villere se callara.
–Me he acostado contigo. He tenido relaciones íntimas contigo. Creía que querías estar conmigo, pero todo era una mentira. ¿Cómo has podido hacer eso?
–Te di una elección. Yo traté de tomarme las cosas con calma a pesar de que te deseaba por esta razón precisamente. Para que supieras que la elección la tomaste tú y no yo.
«Si te quedas embarazada, nos tendríamos que casar»
Juliet sintió que la ira se apoderaba de ella y le hacía ver rojo. Lanzó la palabra menos femenina que se le ocurrió para verbalizar la frustración y decepción que sentía.
El hecho de que no hubiera preservativos en la casa estaba planeado. Y ella había caído en la trampa. Aquel plan no era solo del padre de Finn. Él lo había hecho propio y lo había convertido en algo diabólico.
–¡Yo tomé esa decisión sin saber todos los hechos! –gritó ella para no escuchar el ruido que hacía su corazón al romperse.
–Sabías todo lo importante –dijo él–. Como que te amo.
Eso era la más pura ficción.
–¿Y esta es tu definición del amor? ¿Mentirme y utilizarme?
El piloto del helicóptero estaba aporreando la puerta principal.
–Yo no te mentí. Jamás te consideré un matrimonio de conveniencia. En realidad, ni siquiera estaba seguro de que pudiéramos solucionar las cosas, y mucho menos así. Sin embargo, todo se precipitó. Quise que supieras el renovado fervor de tu familia por mí. No quise que te enteraras por…
–¿Finn?
Una voz resonó en el salón.
–Alexander –terminó Finn.
Alexander de Montagne, príncipe heredero de Delamer, apareció en la puerta del dormitorio con una expresión seria en el rostro.
–¿Qué le ha ocurrido a mis muebles de jardín?
–¿Esta es tu casa? –le preguntó Juliet.
Creía haber perdido la capacidad de escandalizarse, pero, aparentemente, el engaño iba mucho más allá de lo que había imaginado. Finn lo había sabido desde el principio. No era de extrañar que la casa estuviera completamente equipada.
Finn se dirigió a su hermano.
–¿Puedes darnos un minuto, por favor?
–Solo un minuto –replicó Alexander con voz severa. Entonces, dio un paso atrás y desapareció.
–Juliet, por lo que más quieras –le dijo Finn–. Podría haber hecho esto de un modo muy diferente.
Se acercó a ella.

–¿Y por qué no lo hiciste, entonces? –le espetó ella–. ¿Por qué no me lo dijiste?
–Yo… Sinceramente, no creí que te lo tomaras así.
–¿A qué te refieres? ¿Al hecho de que si me quedaba embarazada te casarías conmigo y me utilizarías para obligar a los Villere a mantener la boca cerrada?
Finn bajó la cabeza.
–Ese no era el plan. El plan era huir de esta isla. Entonces, cuando llegáramos a casa, yo iba a llamarte para ver si podíamos volver a empezar.
–Voy a montarme en ese helicóptero con Alexander porque tengo que hacerlo –repuso ella–. Cuando lleguemos a Delamer, voy a bajarme y no quiero volver a verte.
–No digas eso –susurró él–. Esta reconciliación era real. No dejes que las circunstancias te lo arrebaten. Podemos hacerlo funcionar.
Juliet soltó una carcajada.
–No ha habido reconciliación. Tal vez íbamos de camino a conseguirla, pero no te engañes. Aún teníamos muchas cosas que solucionar y esta última ha borrado todos los progresos. Sigues sin poder ver que no solo no te pusiste de mi lado, sino que te pusiste del de tu padre. No hay nada que puedas decir o hacer en un millón de años que pueda solucionar lo ocurrido, que pueda hacerlo funcionar. Nada.
–Existe aún la posibilidad del embarazo.
–Tal vez, pero ese embarazo no implicará ni una boda ni un final feliz. Aléjate de mí. Lo digo en serio.
Finn nunca lo sabría. Si Juliet se había quedado embarazada, jamás le pediría nada para mantener a su hijo. Durante el resto de su vida tendría que ver los ojos de Finn en el rostro de su pequeño. Aquel sería su castigo por haber vuelto a confiar en él.
–No puedes hablar en serio. Tienes las llaves de mi corazón y no es un cliché. Tienes la capacidad de abrirlo desde el exterior y entrar sin mi permiso. Solo te pido que utilices ese poder sabiamente.
Finn quería decir que Juliet podía hacerle daño y, efectivamente, ella tenía la intención de hacer que le doliera tanto como le dolía a ella.

Finn observó a Juliet de reojo mientras ella se acomodaba en el asiento del helicóptero sin hablarle a él ni a Alexander.
En cuanto Alexander aterrizó junto al palacio, Juliet saltó del helicóptero y se marchó sin mirar atrás.
–Doy por sentado que no hay ido bien –le dijo Alexander.
–Cállate. La idea del secuestro fue una estupidez desde el principio.
Finn no sabía si ir detrás de Juliet y arrojarse a sus pies o mantener el poco orgullo que le quedaba y permitirla que se marchara.
Decidió que no había nada que pudiera hacer más que dejarla marchar. Juliet no estaba enamorada de él. Probablemente no lo había estado nunca. Después de todo, si lo hubiera amado no habría participado en la protesta. Si lo amara, se lo habría dicho al menos en una ocasión, en

especial después de que él se lo hubiera confesado a ella.

–Ya se lo dije a padre –comentó Alexander.

–¿Por qué no viniste a buscarme antes si sabías que no iba a funcionar?

Alexander le dio una palmada en el hombro mientras subían los escalones de palacio.

–Le dije que era una estupidez, no que no fuera a funcionar. En realidad, pensé que lo conseguirías.

–Estaba destinado al fracaso desde el principio porque Juliet es demasiado testaruda.

–Debiste de mirarte en un espejo.

–¿Qué se supone que significa eso? ¿Acaso crees que soy testarudo?

–Como un pez que se niega a salir del agua –replicó Alexander.

–Gracias por el sermón, hermano. Me has ayudado mucho –se mofó.

Incluso su hermano estaba en su contra. Deseaba poder huir, esconderse en algún sitio para lamerse las heridas, pero el príncipe Alain no tenía el lujo de poder hacerlo.

–¿Está padre en palacio? –le pregunto a su hermano–. Necesito que me informe sobre la situación en Alhendra.

–Sí –respondió Alexander–. Está en su despacho.

Finn se dirigió rápidamente a ver a su padre acompañado de su hermano. Al entrar en el despacho, el rey levantó la cabeza.

–Has escogido un momento excelente, Alexander. Finn, me alegro de verte, hijo mío.

El rey se puso de pie y se apoyó contra el escritorio, tal y como era su costumbre cuando tenía que enfrentarse a noticias difíciles.

–Hay una gran tensión con nuestros amigos de Grecia, Italia y Turquía. Vamos a tener que enviar nuestros cuatro buques de guerra, lo que no va a ser bien recibido por la población de Delamer. Confío en que tengas buenas noticias para nosotros en ese sentido.

Finn negó con la cabeza.

–A Juliet no le pareció bien la idea de casarse conmigo.

El rey adoptó una expresión severa. Finn no había sido capaz de cumplir sus expectativas.

–Una pena.

–Sí, señor.

El rey lo miró como si de nuevo volviera a tener diecisiete años y lo hubiera llamado al despacho para preguntarle por qué no había bailado con la hija del rey de España o por qué no había sacado tan buenas notas en el examen de bachillerato como Alexander.

–Entonces, ¿se puede decir que la relación es irrecuperable?

–Sí, señor. En este momento, estoy seguro de que ha terminado para siempre.

El dolor que sintió en el pecho lo cegó. Tuvo que parpadear varias veces para impedir que le cayeran las lágrimas.

¿Cómo se suponía que iba a poder superar aquello? Juliet tenía la mala costumbre de romperle el corazón y él la de permitírselo. Sin embargo, en aquella ocasión, la culpa no era solo de ella.

–En ese caso –dijo el rey–, tenemos que encontrar otro modo de que nos

seas útil.

–Estaré encantado de hacer lo que se requiera de mí –repuso Finn. Lo único que Finn quería era serle útil a su padre.

–Estaré encantado de hacer lo que se requiera de mí.

–Perfecto. Te ordeno que vayas a presentarte al puente de mando del *Aurélien*. Si no puedes inspirar a una chica para que se case contigo, tal vez puedas conseguir que un país se eche atrás.

–Claro que puedo –repuso Finn con gratitud.

–Ojalá yo pudiera estar allí también –dijo Alexander con cierta nostalgia.

–La primera línea no es tu lugar –respondió Finn tan delicadamente como pudo.

«Alexander nació para ese papel, pero es tan limitado…». Recordaba claramente las palabras de Juliet. «Tú tienes la oportunidad de hacer del tuyo lo que quieras ser».

Con cierto aire de intranquilidad, comenzó a apoyar el peso en cada uno de los pies alternativamente. Se había pasado gran parte de su vida sintiéndose inferior al príncipe heredero. Tal vez contemplaba el orden de nacimiento con una lente demasiado limitada.

¿Había conseguido Juliet ampliar tanto su visión a pesar de pasar juntos tan pocos días?

Inmediatamente, regresó a la Île de Etienne, cuando estuvieron tumbados sobre una manta con el cielo por techo y hablaban sobre conseguir que lo suyo fuera más duradero. La echaba tanto de menos que sintió que, durante un instante, se le doblaban las rodillas.

–Sí, a tu hermano se le necesita en casa –replicó el rey con una sonrisa. Finn lo miró sin comprender.

–Portia está embarazada –explicó Alexander.

Aquella afirmación dejó sin palabras a Finn. Los celos rivalizaban con la alegría que evocaba el anuncio de su hermano. Iba a ser tío, pero en ese momento le habría gustado ser el que anunciara una futura paternidad, el que tuviera el brillo de alegría en la mirada. Juliet podría estar embarazada y Finn había estropeado toda posibilidad de tener una relación con la madre de su hijo. Si había concebido, ¿se lo diría?

–Enhorabuena –dijo sin mucho entusiasmo.

–Gracias. Ella está teniendo… complicaciones. El médico le ha ordenado reposo absoluto porque existe la posibilidad de que pueda perder al bebé –comentó Alexander con gran preocupación por su esposa.

Mientras estaba retozando en su casa y bebiéndose su vino, a Finn jamás se le ocurrió que su hermano pudiera estar pasando por dificultades.

–Bueno, por supuesto que no puedes partir en ese barco con nosotros. Cuida de Portia y de tu hijo. Eso es lo más importante que tienes que hacer –afirmó Finn–. Yo me ocuparé de la defensa.

Si esa defensa requería que dejara su vida por su pueblo, lo haría si rechistar. Después de todo, Juliet era una de las personas a las que estaría defendiendo y, además, Portia estaba embarazada del futuro heredero al trono de Delamer.

De lo único de lo que se arrepentía era de tener que hacerlo cuando su

relación con Juliet estaba tan fracturada.

# Capítulo Doce

Estaba en casa. Juliet abrazó a su madre. El olor que esta tenía a pan recién hecho y a canela fue suficiente para hacerla entrar en calor.

–Estábamos preocupados –dijo su madre mientras le atusaba el cabello como cuando era pequeña–. Te hemos llamado tantas veces al móvil… Por fin, conseguimos localizar a Elise Arundel y ella nos dijo que te habías marchado de vacaciones con el príncipe. No esperábamos que fuera él tu pareja.

–Yo tampoco lo esperaba –musitó Juliet–. Siento que hayas estado preocupada, pero estoy bien.

Mentira. Se sentía completamente estragada por dentro.

Su madre la miró de arriba abajo por encima de las gafas de cerca.

–¿Dónde has estado? Elise nos dijo que no deberíamos preocuparnos, pero parecía que habías desaparecido de la faz de la Tierra. ¿Ha ocurrido algo con el príncipe Alain?

Juliet se sentía tan agotada que, a pesar de que tenía la oportunidad de despellejarlo vivo delante de sus padres, no podía abrir la boca. Solo quería estar con su familia, donde nadie tenía motivos ocultos y todo el mundo la amaba. Quería olvidar.

–Es una larga historia. No ha ocurrido nada con Finn ni nada va a ocurrir. Te contaré el resto en otra ocasión.

Collette, la hermana pequeña de Juliet y la única de los hermanos que aún vivía en la casa, la miraba apretándose las manos.

–Entonces, ¿vas a volver a los Estados Unidos o te vas a quedar aquí? –le preguntó.

–Me quedo aquí por el momento. No sé qué es lo que voy a hacer.

–Oh –dijo Collette con el rostro contrariado–. Tenía permiso para ir a visitarte a los Estados Unidos. Esperaba que fueras a regresar.

–Estamos encantados de que estés en casa y puedes quedarte todo el tiempo que quieras –le dijo su padre mientras le dedicaba una mirada de reproche a Collette. Entonces, le dio un abrazo a su hija mayor–. Ahora que el rey ha anunciado que va a enviar fuerzas para participar en la coalición internacional contra Alhendra, tenemos que movernos con rapidez. Estamos organizando una protesta y tú eres nuestra mejor estratega. Es una pena que no te haya salido bien con el príncipe. Podríamos haberlo utilizado para apoyar nuestra causa.

Juliet sintió que se le doblaban las rodillas y se sentó en el sofá. Llevaba cinco minutos en su casa y sus padres ya querían iniciar una protesta… Comprendió que sus padres no eran mejor que Finn.

–Estoy bastante cansada.

¿Es que todo el mundo solo la quería por lo que podía hacer por ellos?

–Por supuesto que lo estás, cariño. Ya basta por el momento, Eduard –le dijo su madre. Entonces, llevó a Juliet a la cocina para prepararle una humeante taza de café.

Durante el resto del día, nadie mencionó Alhendra ni las protestas contra el rey. Juliet fue tranquilizándose poco a poco, pero no podía dejar de pensar en Finn. Aún tenía el aroma de él en la piel. Tan solo hacía unas horas, habían estado tan íntimamente abrazados que era increíble que el aroma de la excitación de él no hubiera impregnado todo su cuerpo.

Decidió subir al cuarto de baño y darse una ducha. Se frotó a conciencia, pero el aroma a hombre no desaparecía. Se secó y se metió en la cama, con el edredón hasta el cuello. Fue entonces cuando empezó a llorar. A llorar por un cretino en quien jamás debería haber confiado.

Sin embargo, tan solo podía recordar el alivio sentido cuando él la sacó del agua. La preocupación que se reflejaba en su rostro mientras ella estuvo con fiebre. El brillo que tenía en los ojos cuando le confesó que seguía enamorado de ella.

Todo mentiras y manipulación.

A la mañana siguiente, tan solo había conseguido dormir unas pocas horas, pero había desarrollado una tremenda necesidad de hacer algo, lo que fuera, para sacarse al príncipe Alain de su corazón de una vez por todas. Si le hacía daño, mucho mejor.

Arrinconó a su padre en la cocina.

–Hablemos de esa protesta…

A lo largo de los siguientes días, Juliet arengaba a todos con tal fervor que le pusieron el nombre de la generala Juliet. Daba órdenes a todo el mundo para, en primer lugar, organizar una sonada protesta y, en segundo, conseguir la cabeza del rey en una bandeja. Figuradamente, por supuesto.

Si el rey Laurent ordenaba a los buques de guerra que regresaran a casa y mostraba compromiso para mantenerse al margen de los conflictos internacionales, eso también le valdría a Juliet. Entones, tendrían la oportunidad de suavizar el resto de las leyes militares. Por fin.

El hogar de los Villere bullía de actividad desde el alba hasta medianoche para conseguir ese fin. Juliet se entregaba de todo corazón a la causa porque así no tenía tiempo de pensar. No quería contar los días hasta que una prueba de embarazo le diera resultados fiables y determinara así el desarrollo de su futuro.

Por las noches, compartía la cama con una prima, su hermana o una sobrina, en ocasiones más de una, pero lo agradecía. Si no estaba a solas, no podía llorar.

Una tarde, Juliet estaba discutiendo por teléfono con un magistrado sobre un permiso para manifestarse cuando Gertrude le tiró de la falda y le entregó un paquete envuelto en papel marrón.

Juliet rezó para que fueran los panfletos que llevaba días esperando. Aún tenía el teléfono contra la oreja, por lo que se lo sujetó con el hombro para poder cortar el embalaje con las tijeras de cocina.

–Conozco que el plazo habitual es de cinco días, señor Le Clerq –le decía al magistrado–. Le pido una excepción.

Abrió la caja y el teléfono se le cayó al suelo. El paquete contenía unos zapatos. Sus zapatos. Las sandalias de cocodrilo que se había puesto para salir a cenar con Finn cuando aún albergaba una cierta esperanza. Las mismas que creía que había perdido cuando se despertó descalza en la Île de Etienne.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó su tía Vivian desde el otro lado de la cocina.

Juliet le hizo un gesto con la mano. No era capaz de hablar. ¿Cómo era posible que se los hubieran devuelto? Miró el remitente.

Era Finn. Sintió que se le hacía un nudo en el corazón.

Ojalá pudiera devolverle todo lo demás que le había arrebatado.

Con las manos temblorosas, cerró la caja y la metió en la parte trasera de la alacena, donde nadie pudiera encontrarla. Después, puso encima una bolsa de patatas.

Incapaz de contestar a su tía, se marchó hacia el salón, donde el tío Jean Louis estaba dormitando delante de la televisión.

Tan solo necesitaba un par de minutos para recuperarse y lograr controlar las lágrimas. A nadie le serviría de nada saber que estaba disgustada o que un hombre la había afectado tan negativamente. Un poco de televisión la tranquilizaría inmediatamente.

El canal de televisión que había puesto su tío estaba hablando sobre la cantidad de barcos de guerra que se habían reunido en el Mediterráneo, frente a las costas de Grecia. Sabía que Finn estaba en uno de ellos. Eso significaba que se había tomado al pie de la letra la petición que ella le había hecho de mantenerse alejado.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Primero una lágrima. Luego otra. De repente, ya no pudo contenerse más.

Estaba a punto de marcharse de allí cuando la tía Vivian asomó la cabeza con el teléfono en la mano.

–¿No estabas hablando con alguien? ¡Oh, *cherie*! ¿Qué te pasa?

Juliet respondió negando con la cabeza y le indicó a su tía que regresara a la cocina. No era capaz de hablar.

Sin embargo, Vivian la ignoró. Se sentó a su lado y le dio un gran abrazo.

–No es tan grave como parece, ¿verdad?

Juliet apoyó la cabeza sobre el regazo de su tía y asintió. Seguía enamorada de Finn y, aparentemente, nada de lo que él hiciera, por malo que fuera, era capaz de cambiarlo.

–Ese joven es un imbécil –comentó Vivian.

Juliet giró la cabeza y miró a su tía. ¿Le había contado su madre todo lo ocurrido?

–¿Cómo has sabido que estaba llorando por Finn?

Ella sonrió e indicó la televisión.

–Es muy guapo, pero no debe de ser muy listo si ha renunciado a ti.

El rostro de Finn apareció efectivamente en la pantalla para responder las preguntas de un reportero. Vestido de uniforme con todas sus medallas

de honor estaba arrebatador. Juliet no podía apartar la mirada de la pantalla.

Examinó ávidamente su rostro para encontrar pistas, por pequeñas que fueran, de su estado de ánimo. ¿La echaba de menos? ¿Se arrepentía? Esperaba que estuviera despierto por las noches y que sufriera, tal y como le ocurría a ella.

Le pareció que, cuando sonreía, tenía arrugas alrededor de la boca y los ojos que le hacían parecer más mayor. Parecía agotado.

¿Cuándo desaparecería la necesidad de tranquilizarlo y de asegurarse de que se encontraba bien?

–La primera ronda de negociaciones ha ido bien –le decía al micrófono.

¿Negociaciones?

Finn siguió hablando.

–Me congratulo de ser uno de los miembros del contingente invitado a Alhendra. Esperamos conseguir un alto al fuego pacífico y alcanzar la resolución de esta situación.

¿Finn era un miembro del comité que estaba negociando con Alhendra? Juliet no se lo podía creer, pero así lo afirmaba el titular que acompañaba la imagen de Finn. No solo era miembro del comité, sino que había jugado un papel fundamental a la hora de buscar la solución del conflicto sin disparar ni una sola bala.

–¿Qué fue la clave para las negociaciones? –le preguntó el reportero.

–Llegar a un término medio –respondió Finn. Juliet sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Lo mismo que le había pedido a ella, para luego negarse a mover ni un milímetro su posición.

Sin embargo, lo había realizado con éxito con un país entero. ¿Cómo?

No pudo dejar de pensar en aquella pregunta a lo largo de toda la noche. La protesta era por la mañana, y la iban a hacer ilegalmente, dado que ella no había conseguido lograr el permiso para conseguirla a tiempo.

Seguramente, volverían a arrestarla. Al menos en aquella ocasión no tenía nada que ver con Finn, con lo que le ahorraba a él ese bochorno.

¿Y por qué iba a importarle? Finn se merecía todo lo que ella pudiera echarle encima y mucho más…

Por primera vez, pensó en cómo se debía haber sentido él. Debió de haberlo considerado una traición y separación de bandos. Ella había elegido a su familia en vez de a él. Más o menos de lo que le había acusado a él de hacer en la Île de Etienne.

Los ojos le escocían por contener las lágrimas. Finn le había hecho mucho daño, pero eso no significaba que no la amara.

Buscó a tiendas el cajón de la mesilla de noche y lo abrió para sacar un libro. Entonces, encendió la luz. Cada página contenía una flor prensada de todos los ramos que Finn le había regalado. Aquellas flores habían estado vivas en una ocasión, y ya deberían haber desaparecido. Era el ciclo de la vida. Sin embargo, ella las había guardado cuidadosamente para conseguir que se convirtieran en algo que durara mucho tiempo.

¿Había algo parecido que pudiera hacer para romper el ciclo en el que parecían destinados a viajar Finn y ella? Lo único que sabía era que sin él estaba muy triste, y quería que dejara de ser así.

Se aferró al libro y estuvo así hasta el amanecer. Cuando el sol salió y entró a través de las cortinas, sintió una suave calidez en el cuerpo por primera vez desde que llegó allí. Estaba en paz con lo que tenía que hacer.

Debían cancelar la protesta.

Ella había empezado el ciclo y dependía de ella terminarlo. Su relación con Finn podría no recuperarse nunca de las estupideces que los dos habían hecho, pero ya se ocuparían de eso más tarde.

Tenía que detener la protesta.

Todos estaban en la cocina, preparados para la protesta y deseando ver rodar cabezas.

–¡Que descaro! –decía su padre mientras señalaba los titulares de los periódicos–. El palacio va a albergar un baile esta noche para celebrar el peso que Delamer ha tenido en la negociación con Alhendra.

–Vamos a retrasar la protesta hasta la tarde –anunció su madre–. Bloquearemos la carretera para que no puedan pasar los invitados. Será muy eficaz. Todos los invitados tendrán que esperar y, mientras tanto, se verán obligados a leer nuestras pancartas y a escuchar nuestras voces unidas contra el rey.

–Pero el conflicto ha terminado. Lo dijeron ayer en las noticias. ¿Por qué seguir con la protesta?

–Va en contra de todo lo que creemos –replicó su padre–. Darle gloria a la guerra y a la agresión con una fiesta para honrar a todos los que marcharon a ella para perpetuarla es casi peor que obligar a los jóvenes a hacer el servicio militar.

–El rey requiere el servicio militar porque Delamer es un país muy pequeño –afirmó ella. Su padre la miró como si hubiera perdido la cabeza cuando, en realidad, Juliet acababa de encontrarla–. Sin él, las fuerzas armadas serían ridículas.

Había escuchado cómo Finn lo decía una docena de veces, pero sin escucharle de verdad. Se tocó el colgante de corazones que Elise le había dado. Había emparejado a Finn y a ella porque eran exactamente iguales. Apasionados. Testarudos. Había acusado a Finn de permanecer inmóvil en su posición, pero, ¿cuántos pasos había dado ella para desbloquear la suya?

Los corazones del colgante se aferraban el uno al otro, sosteniéndose mutuamente. El amor verdadero no era a lo que uno renunciaba, sino a lo que se ganaba cuando se aferraba al otro. Ese era el mensaje de Elise.

–La mitad del país tiene el mar como frontera –prosiguió ella–. El servicio militar obligatorio ayuda a tener una fuerte presencia naval. Tal vez no sea el mejor modo de abastecer de personal al ejército, pero en vez de protestar, deberíamos ofrecer alternativas.

–¡Juliet! –exclamó su madre–. Tu hermano murió por esa filosofía.

–La muerte de Bernard fue un accidente. Tenemos que seguir con nuestras vidas, perdonarnos y dejar de culpar al rey. No fue culpa de nadie. Eso es precisamente un accidente.

El peso que llevaba un año sosteniendo le desapareció de los hombros. La muerte de Bernard no había sido culpa suya, pero ella la había aceptado inconscientemente por haber presentado a su hermano a Finn.

Se cuadró de hombros.
–La protesta es ilegal. No deberíamos hacerla solo por esa razón. Tal vez una protesta no sea el mejor modo de ocuparse de esto. Por una vez, probemos con la diplomacia.
–Lo que debería ser ilegal es el modo en el que el rey gobierna, y no una protesta civilizada. Tuviste la oportunidad de utilizar la diplomacia con el príncipe. Por eso lo vamos a hacer así –le espetó su padre.
–Si seguís adelante, lo haréis sin mí.
Con eso, Juliet se dio la vuelta y se marchó. Llamó a Elise por Skype, a pesar de ser aún de madrugada en Dallas.
–Juliet, ¿va todo bien? –le preguntó Elise al ver el aspecto descuidado de Juliet.
–Siento haberte despertado.
–No lo has hecho.
Elise no estaba sola. Eso era peor aún.
–Pues en ese caso, lo siento mucho más.
La casamentera se echó a reír.
–No. Estaba trabajando en un presupuesto. Ojalá tuviera una razón mejor para estar despierta a estas horas.
En el mes que Juliet vivió con Elise, ella no había salido con ningún hombre. Sin embargo, resultaba evidente que quería conocer a alguien. ¿Por qué no metía Elise su propia información en el ordenador y se encontraba una pareja?
–Bien, dado que estás despierta, necesito tu ayuda –dijo Juliet mientras se mordía el labio.
Le contó a Elise toda la historia, incluso la parte de sus propios errores. No resultaba tan fácil perdonarse, pero había dado el primer paso. Debía dar más y solo había un lugar adecuado y lo suficientemente público para poder hacerlo.
–¿Qué puedo hacer? –le preguntó Elise.
–Utiliza tu varita mágica y dame el aspecto de una mujer merecedora de un príncipe. Voy a ir al baile.

# Capítulo Trece

A Finn le dolía la cabeza. La limusina no se había movido en diez minutos, pero no importaba. Cuanto más rápido fuera, menos tardaría en llegar a palacio y, sinceramente, no estaba seguro de cuántos halagos y palmadas en la espalda podría soportar.

El conflicto con Alhendra había terminado, pero la tensión que él sentía desde hacía días no había desaparecido.

La devastación que contempló lo acompañó a lo largo de las negociaciones y le dio energía y determinación. Los líderes de Alhendra no salían de la sala sin acceder a entregar sus armas. Sin embargo, tampoco permitiría que sus barcos ni los de ningún otro país dispararan sobre Alhendra como venganza.

Compromiso.

Y funcionó.

No obstante, la victoria era agridulce, porque Juliet no estaba a su lado.

Se asomó por la ventana de la limusina y observó la larga línea de tráfico.

–¿Qué es lo que pasa, James? –le preguntó al conductor.

–Hay varias personas en la carretera –respondió el chófer–. Parece que están bloqueando el tráfico.

–Iré andando desde aquí. Gracias.

Se bajó del coche. Gómez y LaSalle lo siguieron. Sus guardaespaldas no lo dejaban nunca solo. Cuando se fueron acercando a las puertas de palacio, fueron distinguiendo mejor los gritos de los que estaban bloqueando el tráfico.

«Paz y no guerra. No más barcos de guerra».

Los que se manifestaban llevaban pancartas. Se trataba de una protesta. Una gélida sensación se apoderó de Finn. Otra vez no.

Casi en contra de su voluntad, fue examinando los rostros de los manifestantes. No tardó en ver a Collette Villere, la hermana de Juliet. Sintió una profunda desilusión, pero, ¿qué había esperado? Por supuesto que se trataba de Juliet y su familia.

No tardó en comprobar que Juliet no estaba entre los manifestantes. Una ridícula esperanza se apoderó de él.

No. No la veía por ningún lado.

Sin comprender, avanzó hasta el palacio y subió los escalones. Dos lacayos le abrieron las pesadas puertas y le franquearon la entrada al imponente vestíbulo. Finn bajó los escalones que conducían a la planta baja y esperó a que otro lacayo anunciara su presencia.

Todos los presentes comenzaron a aplaudir al verlo. Finn sonrió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era su pueblo quien le aplaudía. Resultaba

agradable ver que apreciaban sus esfuerzos.

Fue saludando a todos los presentes. Lo más increíble era que nadie parecía querer hablar de Alhendra, sino de la identidad de los que se manifestaban en el exterior.

Por suerte, nadie mencionó el nombre de Juliet.

Alexander se marchó para ir a casa a cuidar de Portia y el rey se puso a hablar de caballos con su hermano. Finn agradeció quedarse solo unos instantes. Desgraciadamente, la reina se acercó a él. Finn le besó ambas mejillas.

–Estás impresionante, madre. Es una fiesta estupenda.

–Me alegra que estés en casa sano y salvo. He mandado a algunos empleados a que se ocupen de ese… ese asunto. Espero que no nos molesten mucho más –dijo la reina con expresión sombría.

¿Cuándo terminaría aquello?

El conde de Ghent se acercó a hablar con la reina y Finn aprovechó la situación para ir en busca de una copa de champán. Le costó encontrar a un camarero, había más de ciento cincuenta personas riendo y celebrando.

Acababa de llevarse la copa a los labios cuando un murmullo se extendió por todos los presentes.

Allí estaba, de pie en lo alto de las escaleras. Al verla, Finn estuvo a punto de dejar caer la copa que tenía entre los dedos. Estaba resplandeciente con un reluciente vestido ligero y vaporoso, que parecía haber sido tejido con la seda de cientos de arañas plateadas. Era un vestido digno de una princesa. Llevaba el cabello recogido y estaba tan hermosa que Finn se quedó sin respiración.

¿Qué estaba haciendo allí?

«Está embarazada».

Aquello fue lo primero que pensó y la alegría se apoderó de él. No. Era demasiado pronto para saberlo. Solo podía haber una razón por la que había acudido a la fiesta.

Se le hizo un nudo en el estómago y se dirigió hacia ella con la intención de echarla personalmente del baile. ¿Cómo se había atrevido? Si pensaba que iba a llevar sus arengas contra el ejército a la fiesta de su madre, tenía más descaro y menos inteligencia de lo que Finn había pensado siempre. Juliet no iba a avergonzar ni a disgustar a su madre.

Los invitados se fueron separando para franquearle el paso. Estaba a unos cien metros de Juliet cuando sus miradas se cruzaron y vio algo delicado y brillante en los ojos de ella.

–¡Para! –le ordenó ella en voz alta. Su voz resonó por el salón de baile–. Espera ahí.

Juliet se recogió la falda con una mano y bajó la escalera con una gracia que él nunca había visto en ella. Se movía como una aparición. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había quedado dormido y estaba soñando aquella escena?

Juliet fue acercándose poco a poco a él sin dejar de mirarlo.

–¿Qué es lo que quieres? –le espetó.

–Que te quedes ahí quieto mientras yo recorro este espacio para encontrar el término medio.

Finn cerró los ojos y tragó saliva, pero no consiguió aliviar el nudo en la garganta. Cuando abrió los ojos, vio que ella seguía avanzando hacia él.

Había acudido al baile para volverlo a intentar, no para avergonzarlo delante de todos los presentes. Ella no estaba participando en la protesta. Se había puesto de su lado. Era una disculpa en toda regla.

Entonces, ella se detuvo justo a mitad de camino. Lo miró fijamente. El mensaje estaba claro. Quería que Finn se reuniera con ella a la mitad.

Él se puso de rodillas y fue arrastrándose hacia la mujer que amaba.

Los murmullos de los presentes se disiparon cuando él llegó junto a Juliet y se incorporó sobre una rodilla para tomarle una mano. La miró a los ojos y vació el contenido de su alma.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella con un nudo de emoción en la garganta.

–Tú has hecho tu parte y yo he hecho la mía.

El corazón a Juliet le dio un vuelco en el pecho.

–Tú eres quien eres por tu sangre y yo, egoístamente, he tratado de interponerme, de ponerte a prueba para ver si yo era más importante que tu linaje, exigiendo prueba de tu devoción pidiéndote que te convirtieras en alguien normal. No quiero eso. Levántate. Quiero al príncipe Alain en toda su gloria.

Todos los presentes contuvieron la respiración. Un par de mujeres comenzaron a aplaudir. Una de ellas era la reina.

Finn se puso de pie sin soltarle la mano. Entonces, con expresión solemne, se dirigió a todos los presentes.

–El espectáculo ha terminado, amigos. Disfruten de la fiesta y de la increíble hospitalidad de mi madre.

Los invitados volvieron a centrarse en sus conversaciones, animados por la reina. Juliet tenía mucho que aprender de la madre de Finn.

–Baila conmigo –le dijo él.

–¿Es ahora cuando tengo que admitir que se me ha roto la hebilla del zapato? –preguntó ella a punto de soltar una carcajada–. No puedo andar…

Sacó el pie por debajo de la delicada tela del vestido para mostrarle las sandalias de cocodrilo.

–¿Es esa la razón de que te hayas detenido? Ibas a recorrer toda la distancia que nos separaba, ¿verdad?

–Sí. Era lo que te merecías. Siento lo ocurrido el año pasado y siento la protesta. Me equivoqué y no debería haberlo hecho. Te amo e hice muy poco para demostrártelo.

–Yo también cometí errores –susurró mientras se llevaba la mano de Juliet a los labios para besársela–. Tal vez mi sangre sea azul, pero el órgano que la bombea te pertenece a ti. Ni a mi padre ni a Delamer. Yo también te amo, más de lo que amo a nada o a nadie en el mundo. Siento no haber honrado mi relación contigo por encima de esas dos cosas.

–No quiero que tengas que elegirme por delante de ellas nunca más. Ese ha sido nuestro problema desde el principio. Demasiada presión para elegir entre absolutos. Escojamos el término medio.

–Probemos con el perdón, ¿te parece? Te ruego que me perdones por

todo el dolor que te he causado.

Qué fácil. La respuesta había estado allí desde el principio. Perdón. Esa era la clave.

Finn sonrió.

–Ya te he perdonado. Ahora, ¿me perdonas tú a mí?

–Hecho. ¿Crees que esta vez vamos a conseguirlo?

–Por supuesto que sí. No podría volver a perderte de nuevo. Vas a casarte conmigo. No hace falta que te quedes embarazada, aunque me gustaría que ocurriera en el futuro.

Princesa Juliet. Ella sintió un escalofrío por la espalda.

–¿Se trata de una proposición de matrimonio?

–Más bien la promesa de una que se producirá cuando no me encuentre tan deslumbrado por tu maravillosa belleza –dijo–. Serás princesa de por vida, una componente de pleno derecho de la casa de Couronne. La princesa Juliet de Montagne, duquesa de Marechal, además de un montón más de títulos. ¿Podrás hacerlo?

Ella le apretó con fuerza la mano.

–La pregunta es si puedes hacerlo tú. Yo no soy tan diplomática como tú. Tengo opiniones sobre muchos temas y no me voy a contener a la hora de hacértelas saber. Tu pueblo podría no perdonarte nunca por casarte conmigo.

–Me perdonarán porque verán lo que yo veo. Serás la princesa del pueblo, la que cree apasionadamente en lo mejor para ellos. Estoy a tu lado. Cuando el sol salga mañana, todo el mundo lo sabrá.

–Igual que yo estoy al tuyo…

Finn la estrechó entre sus brazos y susurró:

–Vayámonos de aquí.

Juliet sonrió.

–Es el mejor decreto real que he escuchado nunca.

Echó a andar detrás de él cuando se le rompió la sandalia del todo. Antes que su príncipe azul pudiera escapar, se quitó el otro y los dejó los dos sobre el suelo del salón de baile. Estaba segura de que donde Finn iba a llevarla, directamente al paraíso, los zapatos eran opcionales.

# Epílogo

Finn abrió la puerta del patio con una cadera y salió con una botella de champán en una mano y las copas en la otra. La Île de Etienne se extendía a su alrededor en todo su esplendor. Juliet estaba sentada sobre una de las hamacas que habían elegido para reemplazar a las que sacrificaron en el fuego.

–Pensaba que tenías que hablar por teléfono –dijo ella después de abrir los ojos–. Esto parece una celebración.

–Y lo es –afirmó mientras llenaba las dos copas–. Alexander me acaba de enviar un mensaje. Todo está en orden. Île de Etienne nos pertenece.

–Bueno, técnicamente te pertenece a ti –comentó ella mientras Finn tomaba asiento en otra hamaca–. Las desfasadas leyes de tu padre no nos permiten tener una propiedad juntos a menos que estemos casados.

–Pues hablando de eso… –observó él–. Tal vez quieras mirar en esa dirección.

Juliet lo hizo y lo que vio la dejó sin aliento. Escrito sobre el impresionante cielo azul estaban las palabras CÁSATE CONMIGO JULIET en humo blanco. La versión de Finn de una proposición escandalosamente romántica.

Ella lo miró con los ojos llenos de afecto.

–¿Crees que le importaría escribir también mi respuesta para que lo supiera todo Delamer?

Finn sonrió.

–Si tú quieres… Vamos a estar en el ojo público toda nuestra vida. Será mejor que les demos lo que esperan.

–¿Se paga por letra? –preguntó ella mientras fingían pensar–. Ciertamente un «no» sería mucho más barato.

–Pues no he considerado cuánto me ha costado este.

Extendió la mano y le ofreció su corazón engarzado en oro. El anillo era una sencilla alianza engastada de zafiros, pero era una de las joyas de la corona de Delamer, que databa del siglo XVII.

–Ay, Finn –susurró ella con los ojos llenos de lágrimas–. Eso no es que sea caro. Es que no tiene precio.

–Ni que lo digas. Tuve que prometerle a mi madre que le darías un nieto antes de que pase un año para que me dejara llevármelo –bromeó. Entonces, le ofreció la otra mano, que ella agarró sin dudarlo–. Tú eres mi paz en la tormenta y te necesito. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella parpadeó para contener las lágrimas.

–¿Estás seguro? No voy a dejar de tratar de convencer a tu padre para que apruebe leyes en las que los chicos puedan elegir entre el servicio militar obligatorio y el servicio social que les sirva para la carrera que

vayan a terminar estudiando.

Finn soltó una carcajada sin poder contenerse. Su vida iba a estar llena de discusiones y de mucho sexo de reconciliación.

–No quiero que deje de ser así. ¿Qué te parece esto? Dieciocho meses de servicio y dieciocho meses de servicio social si lo prefieren en vez del servicio continuado de tres años.

–Me parece estupendo –admitió ella con una sonrisa–. Me gusta.

–Llevo mucho tiempo tratando de decirle el bien equipo que formamos. Ahora, ¿te vas a casar conmigo o me voy a morir aquí esperando a que te decidas?

–Me casaré contigo –afirmó ella apretándole la mano–, pero solo si me prometes que tendré las llaves de tu corazón para siempre.

–Me temo que en eso no tengo mucho que decir –admitió Finn–. Las tienes desde el momento en el que te vi ahí enfrente –añadió señalando hacia Delamer, que se extendía al otro lado del Mediterráneo.

Allí, él era príncipe. En la Île de Etienne, con Juliet, era tan solo un hombre enamorado de una mujer. Lo mejor de ambos mundos.

–Bien. Eso significa que puedo entrar cuando quiera y amarte exactamente como te mereces.

Finn le colocó el anillo en el dedo y la besó para sellar el inicio de su final feliz.

No te pierdas *Emparejada con su rival,* de Kat Cantrel, el próximo libro de la serie Felices para siempre, S.A.

Aquí tienes un adelanto…

En el mundo de los medios de comunicación, así como en la vida, la presentación primaba sobre todo lo demás. Por ello, Dax Wakefield jamás subestimaba el valor de causar una buena impresión.

La cuidadosa atención a los detalles era la razón del éxito de su imperio, un éxito que superaba a lo que él había podido nunca imaginar. Entonces, ¿por qué KDLS, la que había sido la joya de su corona, estaba teniendo unos índices de audiencia tan malos?

Dax se detuvo frente al mostrador de recepción del vestíbulo de la cadena de noticias que había ido a sacar a flote.

–Hola, Rebecca. ¿Cómo va Brian con las matemáticas este semestre?

La sonrisa de la recepcionista se hizo aún más amplia. Tras ahuecarse automáticamente el cabello, echó los hombros hacia atrás para asegurarse de que de Dax se percataba de su imponente figura.

Y claro que Dax se percató. Un hombre al que le gustaba tanto el cuerpo de una mujer como a él siempre se fijaba.

–Buenos días, señor Wakefield –gorjeó Rebecca–. En el último boletín de calificaciones ha sacado un aprobado. Ha mejorado mucho. ¿Cómo es posible que se acuerde de eso? Hace ya más de seis meses que le comenté lo de las notas de mi hijo.

A Dax le gustaba recordar al menos un detalle personal de cada uno de sus empleados para tener algo de lo que hablar con ellos. Un hombre de éxito no era solo el que tenía más dinero, sino el que dirigía mejor sus negocios, y nadie podía hacerlo solo. Si los empleados estaban contentos con su jefe, le eran fieles y se esforzaban al máximo por llevar a cabo sus cometidos.

Normalmente, Dax tenía pocas preguntas para Robert Smith, el director de la cadena, sobre los últimos índices de audiencia. Alguien estaba realizando mal su trabajo.

Dax se golpeó suavemente la sien y sonrió.

–Mi madre me anima a usar esto para el bien en vez de para el mal. ¿Está Robert?

La recepcionista asintió y apretó el botón que abría la puerta de seguridad.

–Están grabando. Estoy segura de que estará cerca del plató.

–Saluda a Brian de mi parte –le dijo Dax mientras atravesaba la puerta para adentrarse en el mayor espectáculo de la Tierra: las noticias de la mañana.

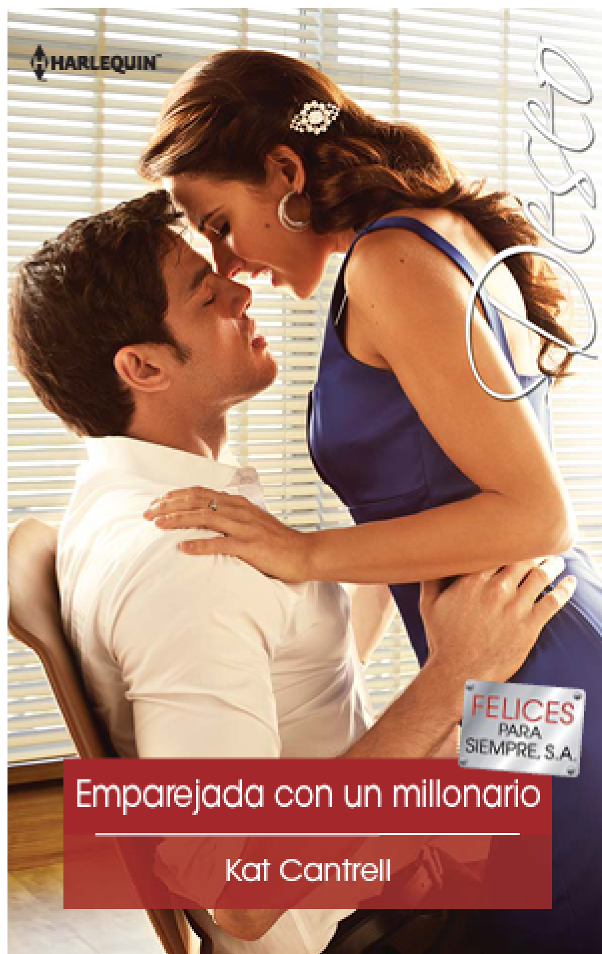
Los cámaras y los técnicos de iluminación iban de un lado a otro, los productores caminaban con mucha.

En medio de todo aquel bullicio estaba sentada la estrella de KDLS,

Monica McCreary.

Estaba charlando frente a las cámaras con una mujer menuda de cabello oscuro que, a pesar de su corta estatura, tenía unas piernas espectaculares. Sacaba mucho partido a lo que tenía y Dax apreciaba el esfuerzo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




www.harlequinibericaebooks.com